MEMORIAS
DE
CIENFUEGOS
Alberto
Vázquez-Figueroa

El extraordinario pelirrojo que con mil peripecias recorriera el Nuevo Mundo desde que cruzara el «Océano Tenebroso» embarcado en una de las naves de Cristóbal Colón se ha convertido en el personaje del Viejo Continente que más conocimiento acumula sobre derroteros y sobre un nuevo continente aún desconocido pero del que ya sabe que juega un papel crucial para el futuro de las naciones que se lo disputan.

El «Tratado de Tordesillas», firmado en 1494 entre los Reyes Católicos y Juan II de Portugal, y que pasará a la posteridad como uno de los más sensatos de la Historia, fijó las reglas de juego entre españoles y portugueses para el reparto de las rutas y derroteros de navegación del nuevo continente, la información más deseada y secreta de la época, con consecuencias inimaginables y definitivas para el curso de los acontecimientos posteriores y de la Historia.

Interrogado por el marqués de Peñagrande, enviado especial de Carlos V, el universal gomero nos transportará con sus memorias a los hitos imprescindibles del descubrimiento de América, su cultura, gente, alimentación, prodigios y peligros en un viaje sin igual y que sin duda representa la obra cumbre de la brillante carrera literaria de Alberto Vázquez-Figueroa.

Alberto Vázquez-Figueroa

Memorias de Cienfuegos

Cienfuegos - 8

ePub r1.0
Titivillus 21-04-2023

Título original: *Memorias de Cienfuegos*
Alberto Vázquez-Figueroa, 2021
Prólogo: Marta Prieto Asirón
Portada: Silvia Vázquez-Figueroa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

epublibre

Prólogo

Han pasado cuarenta años desde que naciera Cienfuegos. Fueron tales la fuerza y el éxito literario del personaje que el primer título se extendió hasta convertirse en una serie de siete libros que Alberto Vázquez-Figueroa estuvo escribiendo y publicando durante una década en los años 80 impulsado por la fascinación que sentía por el choque de dos civilizaciones diametralmente opuestas que supuso el descubrimiento de América.

Cienfuegos —nacido en la remota isla de La Gomera, analfabeto y cabrero, para más señas— ha sido seguramente la criatura más exuberante, disparatada y auténtica que la desbordante imaginación del novelista canario haya creado en su extensa producción literaria. Un personaje extremo que a lo largo de la saga fue creciendo hasta transformarse en un auténtico héroe de leyenda.

Junto a él, Vázquez-Figueroa se embarca en la bodega de una de las naves de Cristóbal Colón camino del Nuevo Mundo (aunque ya sabemos que ellos iban a otro sitio), y con él recorre las inexploradas tierras americanas convirtiéndonos en testigos de primera mano de las que pudieron ser las hazañas y desventuras de los audaces españoles que en el siglo XV osaron atravesar el Océano Tenebroso y adentrarse en exóticas tierras vírgenes rebosantes de mil y un peligros.

Nunca antes la historia del Descubrimiento se había contado de forma tan amena y sorprendente, lo que explica el rotundo éxito de una saga de libros que ya son todo un clásico y que han leído millones de personas en todo el mundo.

El lector, igual que Ingrid Grass, la vizcondesa de Teguise, se enamora irremediablemente, en apariencia de forma inexplicable, del cateto pelirrojo, pero los encantos del que no tiene más posesión que su inagotable perspicacia son tantos que sobrepasan con mucho las limitaciones de sus orígenes humildes y rústicos. Cienfuegos se

va haciendo grande en proporción al tamaño de los desafíos y penalidades que tiene que atravesar, demostrando que la inteligencia no depende de los títulos universitarios, y que la grandeza del ser humano estriba en la grandeza de su alma, siendo la de Cienfuegos la más noble y libre que nadie pueda tener.

Alberto Vázquez-Figueroa da rienda suelta a su talento y deja hacer a un personaje cuya capacidad e inventiva para superar peligros y dificultades asombra, y cuyo desmedido afán de libertad despierta los anhelos y sueños más profundos del lector atrapado en una vida rutinaria y predecible. Muchas veces Iche se encontró a su marido riéndose a carcajadas en su despacho en la parte alta de su casa de Lanzarote mientras trabajaba. El escritor le contaba que la culpa la tenía Cienfuegos —que campaba ya a sus anchas por las líneas de sus novelas— con sus ocurrencias y su sentido del humor, de una lógica tan aplastante como la de un niño, casi surrealista.

Con estas premisas no sorprende que Alberto Vázquez-Figueroa recibiera durante años innumerables peticiones para continuar la serie que se cerró tras el séptimo libro publicado, «pues alguna vez tenía que acabar».

Pero ahora, tres décadas después de la publicación del último libro de la saga y desde el prisma único que da la madurez (del autor y del personaje), ese deseo de muchos lectores se ha hecho realidad y Cienfuegos vuelve con sus memorias en un ejercicio literario magistral que recoge los momentos más interesantes de la historia del descubrimiento de América, con un estilo brillante que destila socarronería y sabiduría a partes iguales.

Sin duda este es un broche de oro a una saga que ha hecho historia en la literatura y que se puede leer de forma independiente, y que asombrará a muchos por su rigor histórico a pesar de ser una insuperable novela de aventuras que solo Alberto Vázquez-Figueroa podía escribir.

LA EDITORA

Capítulo I

—Permitidme que me presente; me llamo Bernardo Olivar, Marqués de Peñagrande, y os pido disculpas por el retraso. Con semejante diluvio los caminos han quedado intransitables. ¿Cómo os encontráis?

—Muy bien porque imagino que pocos seres humanos de tan humilde cuna y tan escasa fortuna hayan acabado residiendo en un palacio tan fabuloso.

—¿Y cómo os tratan?

—Como al mismísimo emperador, aunque empiezo a preguntarme si en realidad soy huésped o prisionero.

—Sois huésped porque a los ojos de Su Majestad ninguno de estos cuadros, tapices, fuentes o estatuas, e incluso me atrevería a decir que el conjunto de todos ellos, valen lo que Vos. Únicamente son objetos que tal vez formen parte de la historia, mientras que Vos sois la historia misma.

—¿Por eso se me vigila a todas horas?

—No es vigilancia; es protección.

—¿Protección de qué? Ya no tengo enemigos; todos murieron, y si por casualidad alguno respirara apenas le quedarían fuerzas para levantar la espada.

—Vuestros enemigos no son de temer, puesto que habéis demostrado sobradamente saber cómo eliminarlos; lo que a Su Majestad le preocupan son «sus» enemigos, que por desgracia proliferan.

—Me esfuerzo por entenderos, pero en verdad me resulta difícil aceptar que un simple cabrero preocupe a su Alteza.

—Le preocupa, y mucho, mi estimado amigo. ¡Mucho! ¿Acaso tenéis una idea de lo que darían portugueses, ingleses, holandeses o franceses por saber lo que Vos sabéis sobre el Nuevo Mundo? ¿Quién conoce mejor sus ríos, montañas, selvas, costas, vientos, y

sobre todo los «derroteros» que sirven para llegar de un lado a otro?

—¡Visto así…!

—¿Y qué otro modo hay de verlo? ¿Conocéis a alguien que haya pasado más de veinte años, ¡casi treinta!, recorriendo ese Nuevo Mundo de punta a punta?

—A nadie ciertamente.

—Pues ahí está la respuesta. Sois el único que tiene gran parte de ese continente en la cabeza y Su Majestad en persona me ha ordenado que recoja la información que atesoráis, y que resultará mucho más importante que todo lo que encierra este palacio, por muy Alcázar de Sevilla que sea. Sus muros seguirán aquí durante siglos, pero por desgracia vuestra memoria no.

—¿Acaso pensáis abrirme la cabeza para ver lo que guardo en ella?

—Difícil resultaría puesto que, por cuanto sé de Vos, la tenéis muy dura, pero pienso exprimiros hasta obtener la última gota de vuestra sabiduría.

—Nunca nadie me había considerado sabio. Peleón y porfiado, sí, pero nunca sabio.

—Sabio es todo aquel que sabe lo que los demás ignoran, y en lo que respecta a cuanto se encuentra en la otra orilla del océano no hay quien se os compare. En estos momentos sois el hombre más valioso del imperio. ¿Aceptaríais colaborar?

—Si el emperador manda, obedezco.

Pese a que resultaba evidente que aquella era la respuesta que esperaba, don Bernardo Olivar sonrió satisfecho, hizo repicar una campanilla y al poco se abrió la puerta e hizo acto de presencia un hombre alto, flaco y de rostro tan cerúleo que parecía no haber visto el sol en media vida.

El Marqués de Peñagrande lo saludó con un leve gesto de cabeza al tiempo que señalaba:

—Fray Gaspar de Vinuesa dejará cumplida constancia, palabra por palabra, de cuanto tengáis a bien contarme.

El desgarbado larguirucho tomó asiento y tras extraer de una resobada cartera un grueso fajo de hojas, un tintero y una docena de afiladas plumas, carraspeó respetuosamente, con lo que al parecer pretendía dejar de manifiesto que estaba dispuesto.

Don Bernardo Olivar alzó los ojos y se santiguó como rogando

ayuda a los cielos:

—Que el Señor tenga a bien iluminarnos. ¿Cómo os llamáis?

—Cienfuegos.

—¿Nombre completo?

—Cienfuegos. Nunca he tenido otro porque nunca fui bautizado, y nunca he sabido si se debe al color de mi pelo o a un simple apodo de razón desconocida.

—¿Lugar de nacimiento?

—Isla de La Gomera.

—¿Fecha?

—Supongo que sobre mil cuatrocientos setenta y seis, pero no puedo asegurarlo.

—¿Nombre de vuestros padres?

—Por lo que me contaron, mi padre debió ser un marino noruego de paso por la isla, y a mi madre siempre la llamé simplemente «madre».

—Pero algún nombre tendría.

—Lo supongo, pero era una «cabrera de barranco», hija y nieta de «cabreros de barranco», que tenemos fama de ser los únicos que nos entendemos por silbidos, y aunque soy capaz de emitir el tono por el que la llamaban, no sabría cómo explicarlo con palabras.

—¿Y a qué se debe esa rara costumbre de entenderse por silbidos en lugar de palabras?

—A que sabido es que los silbidos se transmiten mucho más lejos que la voz humana y la isla es extremadamente montañosa, con altos riscos y barrancos profundos.

—¡Curioso, vive Dios…!

—Quien no se adapta a la naturaleza no sobrevive.

—Cierto. Háble me de su madre.

—Falleció siendo yo un muchacho y debió morir del llamado «cólico miserere» porque se retorcía de dolor tocándose el estómago. La enterré detrás de la cabaña y a partir de ese día siempre estuve solo. Mi madre nunca supo leer ni escribir, y por lo tanto yo tampoco, aunque de nada me hubiera servido, ya que la mayoría de las palabras me resultaban desconocidas. Lo que sí os aseguro es que no había nadie que conociera mejor la isla o fuera capaz de lanzarse mejor por los acantilados y los riscos. Supongo que por aquel entonces tenía algo de cabra, algo de mono y algo de

cernícalo.

Fray Gaspar de Vinuesa alzó la mano como pidiendo tiempo para terminar la frase con su perfecta caligrafía y en cuanto la hubo bajado de nuevo Cienfuegos añadió:

—Me bastaban un poco de leche, algo de queso y lo que cazaba a pedradas, y al no conocer más que aquella vida en la que no tenía que depender de un lugar que pudiera considerar casa, vagabundeaba tras el ganado sin rendir cuentas más que al capataz, que subía dos veces al año a comprobar que los animales continuaban aumentando, aunque a nadie le importaban gran cosa ya que el amo se interesaba más por el tráfico de esclavos.

—¿Tráfico de esclavos…? ¿Esclavos africanos?

—Esclavos tinerfeños.

—¿Qué pretende decir con eso de esclavos tinerfeños?

—Lo que he dicho; el amo organizaba expediciones a Tenerife, que era la única isla que aún no había sido conquistada, y a los pocos días regresaba con un cargamento de hombres, mujeres y niños.

—No existe constancia oficial de dicho tráfico.

—Pues yo lo vi, y si Su Excelencia empieza a dudar de lo que digo no quiero ni imaginar lo que pensará cuando le hable de cuanto me ocurrió posteriormente.

—Mis disculpas.

—No tiene por qué darlas, pero si se ve obligado a hacerlo cada vez que le cuente algo que le parezca inverosímil corremos el peligro de morir de viejos a mitad de camino, así que sigamos con lo nuestro.

—Como gustéis.

—La única vez que bajé al pueblo un cura intentó bautizarme y una gorda bigotuda me aseguró haber sido amiga de mi madre, y por lo tanto no podía permitir que el hijo de un ser del que conservaba tan gratos recuerdos durmiera en la calle. Me metió en un barreño frotándome y enjabonándome hasta dejarme reluciente, y al poco aconteció una cosa inconcebible, ya que a pesar de que nunca había oído hablar de cristianos antropófagos, creyendo siempre que era una costumbre limitada a los salvajes, intentó devorarme, y además lo hizo comenzando por mis partes más íntimas.

—¡Dios Bendito!

—Aterrorizado di un salto a riesgo de dejarle un trozo de prepucio entre sus dientes y lanzándome por la ventana caí en una cochiquera donde a punto estuve de que un puerco acabara quedándose lo que no había conseguido comerse la gorda.

El escribano alzó de nuevo la mano, pero en esta ocasión no fue para pedir que le diera tiempo, sino para evitar que la mano le temblara por la risa.

Al marqués se le advertía ciertamente desconcertado:

—Esa mujer debería estar en la cárcel por corruptora de menores.

—En aquel tiempo, y tan ignorante como era, tan solo pensé que la pobre tenía hambre, pero lo cierto es que escapé del pueblo desnudo, apestando a estiércol y jurándome no volver a bajar, puesto que la costa se me antojaba un lugar tenebroso cuyas reglas de conducta renunciaba a comprender. Durante algún tiempo mis únicos contactos fueron por silbidos, o con el capataz, que un día me anunció que el viejo amo había muerto y que a su hijo, que había desembarcado en la isla unos días antes, también le interesaban más los esclavos que las cabras. Se solían pagar doce cabras por esclavo.

—¿Quién era ese nuevo amo?

—El capitán León de Luna, Vizconde de Teguise, que llegó con su esposa, que era una joven alemana amante de la naturaleza. Solía abandonar muy de mañana el viejo caserón, unas veces a pie y otras a caballo, y se adentraba en los valles o se perdía en los bosques, por lo que lo inevitable ocurrió un caluroso mediodía en el que por casualidad coincidimos a orillas de una laguna.

—¿Lo inevitable…? ¿Estáis insinuando que os atrevisteis a violar a una vizcondesa?

—No fue violación; fue mutuo acuerdo.

—Pero seguía siendo una vizcondesa… ¡Y casada!

—Yo no sabía que era vizcondesa, ni que estuviera casada. Apenas la entendía porque casi siempre hablaba alemán y ni siquiera sabía silbar.

—¡Bendito sea Dios! ¿Tenéis idea de lo que significa haber mantenido relaciones carnales con la esposa de un vizconde?

—¿Cómo que si la tengo? ¡Naturalmente que la tengo! Todo

cuanto me ha sucedido posteriormente ha venido motivado por ello, pero os aseguro que pese a las incontables penalidades y desventuras que he sufrido no me he arrepentido ni un solo instante.

—Cometieron adulterio…

—¿Y quién no lo ha cometido alguna vez? ¿Acaso Vos no?

—No se trata de mi historia sino de la vuestra —fue la evasiva respuesta de quien sin duda se sentía incómodo por la pregunta.

—A Ingrid la habían obligado a casarse con un hombre que le doblaba la edad, bebía hasta caer redondo, se comportaba como un cerdo y disfrutaba cazando esclavas de las que abusar. Y no es que me esté justificando; no lo necesito, ya que dudo que a los marinos, cartógrafos, exploradores y adelantados que tengan que jugarse la vida adentrándose en los mares, selvas y montañas del Nuevo Mundo les interesen más mis pecados que mis conocimientos.

—Lo acepto. Prosigamos.

—Cuando el capitán regresó de una de sus expediciones, un alma caritativa le puso al corriente de lo que acontecía, por lo que aprestó sus armas, llamó a sus perros y subió a los riscos decidido a no regresar sin mi cabeza.

—Cualquier hombre decente hubiera hecho lo mismo.

—Era muy valiente, de eso no hay duda, y sus mastines unas auténticas bestias, pero allá arriba no le servían de nada. Maté dos a pedradas, el otro se despeñó solito y al vizconde tuvieron que ir a buscarlo tres días más tarde porque no era hijo ni nieto de «cabreros de barranco», y aunque le sobraban cojones, tenía vértigo.

El desgarbado alzó la mano:

—No se puede escribir «cojones» en un documento oficial.

—Escríbalo, y si un censor se atreve a cambiarlo que lo cambie a su riesgo, porque mis órdenes, de boca del mismísimo emperador, son transcribir lo que nuestro invitado diga, palabra por palabra.

—¡De acuerdo! «Cojones y tenía vértigo». Podéis continuar.

—Con frecuencia me he arrepentido de haber llevado a un hombre que únicamente pretendía lavar su honor a una situación tan humillante; intento imaginar lo que debió sentir cuando comprendió que le abandonaba allí y corría a acostarme con su esposa, y por lo tanto entiendo que dedicara el resto de su vida a intentar vengarse. Pero en aquellos momentos yo era muy joven.

—La juventud suele ser una disculpa en exceso socorrida.

—Pero tiene un defecto: tan solo se puede recurrir a ella mientras aún se es joven. Y dura poco; tan poco, que a partir de ese día me vi obligado a madurar a toda prisa. Con mi honda y mi pértiga me consideraba el rey de los acantilados saltando de roca en roca y dejando atrás en diez minutos a quienes intentaran atraparme, pero a los tres días los valles, las quebradas, los riscos y los bosques se plagaron de silbidos anunciando que se pagaban diez doblones por mi cabeza.

—¿Diez doblones?

—¡Y de oro! Admito que hoy en día puede que los valga, aunque tan solo sea por los recuerdos que guardo en ella, pero por aquel tiempo se me antojó un despilfarro. No obstante, y como se trataba de mi única cabeza, decidí acceder a la petición que me había hecho Ingrid: escapar de la isla, viajar hasta Sevilla y esperarla a la salida de la misa de las ocho a las puertas de la catedral.

—¿Cuándo?

—Los domingos. Nos prometimos que acudiríamos a la catedral todos los domingos durante el resto de nuestras vidas, puesto que estábamos decididos a vivirlas juntos. Yo debía irme de la isla esa misma noche y ella me seguiría en cuanto tuviera oportunidad, por lo que bajé a la playa, nadé hasta uno de los barcos que estaban fondeados en la bahía y me escondí en una bodega, de la que por la mañana me sacaron a patadas y me pusieron a fregar cubiertas.

—¿No os castigaron por ser polizón?

—Bastante castigo eran las patadas, los coscorrones, el mareo y el vomitar hasta el alma. Era gente muy bruta a la que apenas entendía, y creo que tardaron en darse cuenta de que no pertenecía a su tripulación, ya que se trataba de una flotilla en la que por lo visto cambiaban de barco a los grumetes según la necesitaran en una nave o en otra. A los dos días supe que, a pesar de que Ingrid me había asegurado que todos los barcos que zarpaban de La Gomera acababan en Sevilla, aquellos navegaban en dirección contraria.

—¿Qué significa exactamente «en dirección contraria»?

—Que, por lo que siempre me habían dicho, Sevilla quedaba en el punto en que sale el sol, pero nosotros nos dirigíamos hacia donde se pone; es decir, hacia «El Océano Tenebroso» en el que

nadie había osado adentrarse. Tardé otros dos días en saber que el almirante de la flota aseguraba que la Tierra no era plana sino redonda, por lo que navegando hacia el oeste acabaríamos en el este.

—¿Navegando hacia el oeste acabarían en el este? Quiero suponer que para un muchacho de vuestra edad resultaría confuso.

—¿Confuso dice? ¡Absurdo! No entendía nada de nada, me molían a coces y estaba convencido de haberme subido a un barco de mulas capitaneado por un loco.

—Si le sirve de consuelo le confesaré que por aquel tiempo eran muchos los que pensaban que Cristóbal Colón estaba loco.

Capítulo II

—Cuando sol comenzaba a hundirse en el mar recordé cuántas veces había intentado distinguir el contorno de la isla de San Barandán que, según los lugareños, aparece algunos atardeceres en el horizonte pero que en mi caso siempre resultó empeño inútil, pese a que los más ancianos del lugar juran haberla visto infinidad de veces. A mi modo de ver tan solo se trata de una leyenda puesto que, dado el rumbo que llevábamos, de haber existido tendríamos que haber topado con ella.

—He oído hablar de esa misteriosa isla y puede que se trate de un espejismo. Los marinos aseguran que, al igual que en el desierto, en los mares en calma suelen darse ese tipo de fenómenos.

—Doy fe de ello puesto que en ocasiones me ha parecido ver incluso personas y animales, pero en aquellos momentos tampoco me preocupaba San Barandán puesto que apenas tenía tratos más que con los grumetes, y todos estaban convencidos de que pronto caeríamos al insondable precipicio en el que acababa la Tierra.

—¡Absurdo!

Cienfuegos observó de medio lado a Fray Anselmo, un joven y regordete dominico que se había sumado al grupo con el aparente fin de que existieran dos copias del manuscrito sin una sola palabra de diferencia que algún día pudiera dar pie a malentendidos.

Al igual que Fray Gaspar de Vinuesa, hacía gala de una escritura clara y pulcra, aunque en lo que respecta a la higiene personal su pulcritud no estaba a la altura de su letra. Tenía caspa y olía a puchero.

—Se os antoja absurdo porque habéis crecido sabiendo que la Tierra es redonda, pero os recuerdo que los miembros de vuestra congregación estaban entre los que con mayor fanatismo defendían que acaba en ese abismo que aterrorizaba no solo a los grumetes, sino a incontables miembros de la tripulación. Por las noches

algunos lloraban mientras otros maldecían el día en que habían aceptado enrolarse en tan insensata aventura. La mayoría eran andaluces, y sabido es con cuanta intensidad son capaces de maldecir los andaluces.

—Y los gallegos.

—Cierto, pero en aquella malhadada aventura gallegos y catalanes había pocos, y en cuanto oscureció se hizo un silencio roto tan solo por el crujir del navío, el rumor del agua al lamer las bordas, el restallar de los foques y los lamentos de gente que lloraba.

—¿Lloraba, ha dicho?

—Y a moco tendido. Y si yo no lloré fue porque nadie me había enseñado.

—A llorar se aprende en el momento de nacer —le hizo notar don Bernardo Olivar.

—Y con razón, porque pasar del cálido vientre de tu madre a un mundo tan cruel manda cojones.

Ahora fue el recién llegado Fray Anselmo el que alzó la mano:

—No se puede escribir «cojones» en un documento oficial.

—Ya hemos aclarado ese punto —puntualizó el marqués—. O sea que adelante con los cojones, y si nos capan será por haber cumplido fielmente los mandatos de Su Majestad.

—Me conforta vuestro sentido del humor —le hizo notar Cienfuegos—. Y bien que lo hubiera necesitado en aquellos difíciles momentos, puesto que lejos de mi entorno el brusco cambio me golpeaba con tanta violencia que me resultaba inaceptable que no se tratara de un absurdo sueño, viéndome en la necesidad de asimilar conceptos y situaciones de los que con anterioridad ni siquiera tuve jamás noticia alguna.

—Resulta comprensible.

—Si apenas tenía una clara noción de la utilidad de la mayoría de los objetos, y desconocía el suficiente número de palabras como para comunicarme con el resto de la tripulación, me sentía incapaz de captar el auténtico significado de los gestos que conformaban su habitual manera de expresarse. A la luz del día parecían comportarse de modo más o menos razonable, pero en cuanto las tinieblas se apoderaban de la nave, un miedo irrefrenable los transformaba en niños.

—El diablo reina en la noche.

—Eso suena a blasfemia, Fray Anselmo, pero por ser la primera no os lo tendré en cuenta… —lo reconvino el Marqués de Peñagrande—. Continuad, por favor.

—Me acurruqué en el suelo y permanecí así, como alelado, hasta que hizo acto de presencia un hombre que se abría paso por entre los fardos, los toneles o los cuerpos, como si no existiesen o tuviesen órdenes expresas de apartarse. Vestía de oscuro, olía a sotana y había algo en él que imponía respeto y repelía al propio tiempo. Ascendió los tres escalones del castillo de proa, llegó a mi lado, se detuvo a tan corta distancia que me hubiera bastado alargar la mano para rozar sus botas, y buscó apoyo en un obenque para permanecer muy erguido con la vista clavada en la distancia.

—¿Cómo podíais saber que olía a sotana si hasta ese momento no habíais tenido contacto con ningún religioso?

—Porque un cabrero que vive de su entorno debe tener olfato de podenco, vista de cernícalo y memoria de rata. Aquel hombre olía como el cura que intentó bautizarme, y aquel tufo a ropa pesada me obligó a pensar que era un hombre autoritario, encerrado en sí mismo y muy diferente al resto de la tripulación.

—¿Acaso os consideráis tocado por el don de la intuición?

—La intuición es el último clavo al que puede aferrarse el ignorante que carece de poder, familia o amigos, y vive en un entorno en el que la muerte lo acecha a cada paso. Y no es un don; tan solo un recurso que por desgracia no se aprende a base de palabras sino de golpes.

—Doy fe de ello… Continuad.

—El hombre de negro se mantuvo muy quieto durante un período de tiempo que se me antojó desmesurado, musitando en voz baja, tal vez rezando o conjurando a los demonios de las aguas en un intento de calmarlos y evitar que devoraran la nave, como al parecer todos temíamos. Luego alzó lentamente la mano, acarició con un gesto que podría considerarse de amor profundo el foque, y pareció tratar de cerciorarse de que tomaba todo el viento que soplaba sin permitir que se le escapara tan siquiera una brizna y en ese justo momento se escuchó un sollozo y alguien gritó: «¡Este barco se hunde!». No había pasado un segundo cuando desde popa otro le respondió: «¿Y por qué te preocupas tanto…? ¿Acaso es

tuyo?». Juraría que incluso el Almirante se echó a reír.

—Sería la única vez que lo hizo. Tenía fama de amargado.

—De avinagrado, sería la palabra correcta. Al despuntar el alba me patearon las piernas con aquella costumbre al parecer inseparable de los hombres de a bordo y me obligaron a dejar reluciente «La Marigalante».

—¿Quién era «La Marigalante»?

—¿Y quién iba a ser…? ¡La nave!

—En ningún lugar figura una cuarta nave con ese nombre —puntualizó don Bernardo Olivar.

—Es que no había ninguna cuarta nave. Era la primera, la capitana.

—Se llamaba «Santa María» —le hizo notar, casi reprendiéndole, Fray Gaspar de Vinuesa.

—¡Y un cuerno!

—Tampoco creo que se pueda hablar de cuernos en un documento de esta naturaleza.

—Pues os aseguro que si en lo que tengo que contar no figura la palabra cuerno van a quedar lagunas del tamaño de las de Ruidera. Se llamaba «La Marigalante», pero a Sus Majestades les pareció inapropiado que una expedición a la búsqueda del Cipango estuviera comandada por una nave con tal nombre. ¿Os imagináis…? «La Pinta», «La Niña» y «La Marigalante». Parecería una flotilla de putones destinada a expandir la gonorrea.

—¡Señor…!

—¡Perdón! A veces me paso.

—¡Y tanto!

—¿Puedo escribir gonorrea?

—¡Por Dios, don Gaspar! Dadme un respiro.

Si el Marqués de Peñagrande sospechó desde un primer momento que el encargo que había recibido de labios del emperador no iba a resultar tarea sencilla, jamás llegó a imaginar que pudiera complicarse tanto, dado que el que estaba considerado en aquellos momentos «el hombre más importante del reino» estaba resultando ser el más irritante del imperio.

—Escribid gonorrea, y que el buen Señor se apiade de nosotros. Y vos continuad, pese a quien pese.

—Quien se apiadó de mí, me enseñó a contar y las primeras

letras fue don Juan De la Cosa.

—¿El cartógrafo?

—Exactamente; el primer cartógrafo del Nuevo Mundo, el descubridor, con Alonso de Ojeda, del río Orinoco y Venezuela, el autor del mapa que cuelga en esa pared, y uno de mis buenos amigos a los que devoraron los caníbales.

Don Bernardo Olivar alzó los brazos entre horrorizado y escandalizado mientras exclamaba:

—¡Alto, alto, alto…! En ningún documento figura que al insigne Juan De la Cosa se lo comieran los caníbales.

—Si lo admitieran la mitad de los que pretenden colonizar nuevas tierras se negaría a ir. Una cosa es saber que pueden matarte y otra muy distinta saber que puedes acabar convertido en chuletón.

—¡Por los clavos de Cristo!

—Así es, mal que me pese. Juro por Dios que he visto cómo devoraban a uno de mis compañeros mientras aún agonizaba. Y también vi lo poco que dejaron de don Juan, al que el Señor tenga en su gloria.

Fray Gaspar de Vinuesa experimentó lo que podría considerarse un ataque de ansiedad, dejó la pluma a un lado, abrió el ventanal, aspiró profundo, pero casi de inmediato se encontraba listo para continuar con su tarea.

—Cuando gustéis.

—Los más versados en el tema de cuantos iban a bordo, que no eran muchos, aceptaban la medición de la circunferencia de la Tierra que había hecho Eratóstenes, pero otros consideraban más correctas las de Claudio Ptolomeo, que la reducía en un tercio. Colón prefería aferrarse a esta última versión porque de lo contrario se suponía que tendríamos que continuar navegando durante casi un año.

—Lo que ni la tripulación ni los barcos soportarían…

—Una mañana distinguimos un inmenso tronco que flotaba a estribor, y cuando nos aproximamos nos asustamos al comprobar que se trataba de los restos del palo mayor de una nave portuguesa cuyo tonelaje debió superar en mucho al de «La Marigalante».

—¿Sabéis su nombre?

—No, pero esa noche volvieron a escucharse los sollozos de

quienes continuaban convencidos de que el fin de la travesía estaba próximo y habían llegado al punto en que todo barco que se aventurase por el Océano Tenebroso sería arrastrado a los abismos por las inmensas bestias que lo poblaban. Fue la primera vez que escuché «La Canción del Náufrago».

—¿Qué canción es esa?

«Marinero no le temas al mar, teme a la roca.
Marinero no le temas al mar, teme a la roca.
El mar mece tu cuerpo, la roca lo destroza.
El mar mece tu cuerpo, la roca lo destroza.
Mujer, recuérdame en tu corazón y no en la boca.
Mujer, recuérdame en tu corazón y no en la boca.
Que quiero descansar en el fondo y no en la costa.
Que quiero descansar en el fondo y no en la costa».

—Muy apropiada al momento, sin duda.

—A la mañana siguiente tuve conocimiento de que tanto los pilotos de las tres naves como algunos de los timoneles habían comprobado que las brújulas nordesteaban casi una cuarta.

—¿Y eso qué significa?

—Que en lugar de señalar directamente al norte, como siempre ha ocurrido, declinaban unos quince grados, lo cual tan solo puede deberse a que la Estrella Polar hubiera cambiado de lugar, cosa impensable, o que todas las brújulas se hubieran averiado a un tiempo.

—Una posibilidad también harto improbable.

—En efecto, pero como yo aún no sabía cómo funcionaba una brújula, y en cierto modo se me antojaba demoníaca brujería que un pedazo de metal apuntase siempre en la misma dirección, decidí desentenderme del tema.

—Resulta comprensible.

—Yo seguía a lo mío, fregar cubiertas e intentar llenarme la tripa, pero esa noche nadie pareció capaz de descansar a bordo debido a que el eterno coro de asustadizos consideró un síntoma de terrible agüero el que la Estrella Polar, que había demostrado a través de los siglos una inquebrantable fidelidad a los hombres de mar, decidiera abandonarlos a su suerte en pleno corazón del océano. «¡Volvamos! —suplicaban—. La Polar nos está dando el

definitivo aviso de que Dios no desea que sigamos adelante».

—¿Y vos qué pensabais sobre ello…?

—Yo por aquel tiempo no solía pensar más que en Ingrid, y por lo que me contaron ese día el Almirante reunió a sus pilotos y capitanes para comunicarles que en su opinión el inquietante hecho nada tenía que ver con designios divinos, sino tan solo con algún desconocido fenómeno astronómico, o con que tal vez la Tierra no fuera absolutamente redonda sino en forma de pera, lo cual explicaría el que al pasar de una determinada latitud, la posición de la estrella sufriera una ligera variación.

—¡Inadmisible teoría…! —no pudo por menos que exclamar Fray Gaspar de Vinuesa—. En forma de pera… ¿A quién se le ocurre?

—Al mismo que había dicho que era en forma de manzana y que pese a las burlas resultó que tenía razón —le hizo notar Cienfuegos —. Lo que sí recuerdo es que con ese motivo Vicente Yáñez Pinzón, que estaba considerado el más experimentado de los pilotos, aconsejó alterar el rumbo al sudoeste, porque en aquella época del año los vientos soplan insistentemente en esa dirección, y al tomarnos de popa nos permitirían avanzar más aprisa y con menos quebranto para unos cascos ya de por sí muy castigados.

—Sabiendo lo que ahora sabemos era una decisión bastante acertada.

—Pero por aquel entonces no lo sabíamos, y como el Almirante aseguraba que China estaba frente a nosotros y en diez días avistaríamos sus costas, cualquier desvío de la ruta se le antojaba una pérdida de tiempo. Ello no impidió que entre una parte de la marinería cundiera el descontento, ya que los más cualificados habían advertido que el hecho de abandonar la ruta natural de los vientos dominantes les iba adentrando en una región de grandes calmas. Y para un buen marino el peor peligro es quedarse sin viento… ¿Puedo fumar?

—¿Fumar…?

—Eso he dicho.

—¿Y para qué?

—Para nada. Puro placer.

—¿Y qué placer se puede obtener de aspirar humo y quemarse los pulmones?

—Resulta difícil de explicar, pero podéis probarlo.

—¡Dios me libre! Eso debe ser muy perjudicial para la salud…

—No lo creo. Obliga a toser, con lo cual se expulsan los malos humores y se limpian los pulmones.

—¡Absurdo!

—Pues los indígenas de Cuba fuman a todas horas y tienen un aspecto excelente; no como sus señorías que, con perdón, están más verdes que un apio. Sobre todo vos, Fray Gaspar, al que os vendrían muy bien unos paseos matutinos a orillas del Guadalquivir.

Mientras hablaba había extraído un grueso cigarro, dedicando tiempo y mimo a prepararlo, encenderlo y lanzar una primera bocanada, que pareció saberle a gloria.

—A veces creo que si aquel día no hubiera aceptado compartir el tabaco con los cubanos y permitir que se rieran cuando tosía, me habrían cortado el cuello por melindres. Y también creo que el hecho de saber adaptarme a las costumbres de los lugareños, fueran quienes quiera que fueran, es lo que me ha permitido llegar a viejo.

—Yo jamás lo hubiera conseguido.

—Será porque teníais una sólida educación y unas costumbres muy arraigadas, mientras que yo no era más que un mostrenco para el que todo lo nuevo era bienvenido. —Buscó un recipiente en que depositar la ceniza aprovechando para dar un par de vueltas a la amplia estancia antes de inquirir—: ¿Por dónde íbamos?

—El peor peligro es quedarse sin viento… —repitió de inmediato Fray Gaspar.

—«Malos vientos destrozan naves; malas calmas destrozan hombres». Es una frase atribuida al viejo Vázquez de La Frontera, que en el transcurso de un viaje patrocinado por Enrique el Navegante se adentró en una inmensa barrera vegetal que convertía el agua en una especie de masa impenetrable.

—¿El llamado «Mar de los Sargazos»?

—¡Exactamente! —Cienfuegos señaló un punto en el mapa—. ¡Este de aquí, que el diablo confunda como confundió al Almirante! Si hubiera aceptado el consejo de Vázquez de La Frontera dejándose llevar por los vientos habría encontrado la que ahora llamamos «Ruta de los Alisios», que constituye el auténtico Camino Real hacia las costas del Nuevo Mundo.

—¿Podemos considerar esa «Ruta de los Alisios» el primer

derrotero del Nuevo Mundo?

—Desde luego. Para algunos, Vázquez de la Frontera no había sido nunca más que un viejo charlatán que apenas había superado en cincuenta leguas La Gomera, pero otros eran de la opinión de que tenía razón cuando aconsejaba «¡Al sudoeste! ¡Siempre al sudoeste! ¡Dejaos llevar por el viento! ¡El viento nunca engaña!».

—Pues vino a resultar que tenía razón —señalo don Bernardo Olivar—. Pero lo que importa es que acabéis ese dichoso tabaco que nos está haciendo llorar y continuemos con nuestra historia —casi al instante se corrigió a sí mismo—. He querido decir, «vuestra historia».

—A la cuarta noche de haber nordesteado la brújula, algunos marinos expertos percibieron que la andadura de la nave disminuía pese a que el viento no parecía haber perdido fuerza.

—¿Vos lo notasteis?

—¿Yo? Yo era un tarugo que nada entendía de la andadura de un barco. Al poco se escuchó a don Juan De la Cosa lamentarse de que el timón no obedecía con la presteza acostumbrada, y podría creerse que una gigantesca mano se entretuviera en aferrarnos desde el fondo, o que súbitamente el mar se hubiera espesado hasta convertirse en un puré difícilmente navegable. Y, en efecto, la primera claridad del día nos sorprendió observando un mar que parecía haberse convertido en una infinita pradera de hierba de color azul verdoso.

—¿Qué dijo el Almirante?

—Que el Cipango y Catay seguían estando al oeste y aquello no podía ser más que la vegetación que crecía sobre un bajío, por lo que ordenó largar una sonda, que lógicamente nunca alcanzaría un fondo que se encontraba a miles de brazas. No obstante, muchos a bordo se mantenían pendientes del más mínimo detalle que revelase que se hallaban a punto de estrellarse contra un arrecife.

—¿Y eso…?

—La tripulación se dividía en dos grupos: los auténticos marinos, para los que el viaje significaba un paso en la conquista de nuevas rutas comerciales, y los desesperados, para los que embarcarse tan solo había sido una especie de huida hacia delante…

—Y un gomero despistado…

—Y un gomero despistado, en efecto. Estábamos allí, apresados por un viscoso mejunje que al aferrarse a los timones amenazaba con bloquearlos, por lo que de noche las embarcaciones pequeñas acudían a buscar cobijo junto a la nao capitana, se arriaba el trapo hasta dejarlo al mínimo y los vigías permanecían atentos a la aparición de las rompientes porque nadie aceptaba que la maleza tuviera su origen en sí misma y a flor de agua.

—Creo que yo tampoco lo hubiera aceptado —señaló Fray Gaspar—. Parece una historia de brujería.

—La desidia se apoderó de la tripulación, surgían disputas por los más nimios motivos, el contramaestre se vio en la obligación de echar mano de toda su autoridad y don Juan De la Cosa de su extraordinaria diplomacia.

—¿El Almirante continuaba en sus trece…?

—Y en sus catorce y en sus quince, hasta la tarde en que un alcatraz se posó en un obenque para cagarse justo sobre la rosa de los vientos. De dónde había salido y por qué eligió semejante lugar para hacer sus necesidades cuando tenía a su disposición millas de mar abierto no pudimos averiguarlo, y quizá fuera pura casualidad o una deliberada exhibición de puntería. Se alejó hacia el sudoeste y Juan De la Cosa y Pero Alonso Niño vieron en ello una señal inequívoca de que había sido enviado para indicarles el camino a su nido en una costa cercana, pero el Almirante ordenó que el rumbo continuara inalterable, abriéndonos camino como buenamente podíamos a través de aquel potaje de berros.

—No cabe duda de que era terco.

—Más que una mula. Apuntaba en el diario de a bordo la estimación de la distancia recorrida, pero en otro cuaderno anotaba las leguas, restándoles siempre una pequeña parte, pues de ese modo pretendía hacernos creer que nos habíamos alejado menos de lo que era en realidad, al tiempo que guardaba el secreto de en qué punto se encontraba tierra firme cuando pusiéramos el pie en ella.

—Retorcido amén de terco.

—Más que una bayeta de cocina, pero ni los hermanos Pinzón, ni De la Cosa, ni Pero Alonso Niño se dejaban engañar, pese a que en apariencia dieran por buenas sus acotaciones. «La Pinta», que era la más veloz, se adelantaba en las horas diurnas, zigzagueaba, iba y venía tratando de avistar un rastro de tierra, pero pese a que no

encontró tierra, una mañana su vigía de cofa gritó: «¡Aguas libres a proa!».

—Debió ser un gran alivio.

—Desde luego, puesto que algunos comenzaban a musitar que una muerte rápida y noble era más digna que aquella condena a vagar eternamente por un infinito mar de hierbas nauseabundas. Cuando al fin se cerraron sobre las estelas los últimos sargazos y el rumor de las olas cantó contra los cascos, comenzamos a bailar y saltar como locos. Ahora sí que la tierra parecía estar cerca; se palpaba ya en el aire y los hombres se quemaban los ojos de mirar al oeste. Existía la promesa de la reina de un jubón de seda y una renta vitalicia de diez mil maravedíes para quien divisara la costa en primer lugar, y un centenar de infelices que jamás habíamos poseído más que un pantalón remendado nos mordíamos los labios soñando conquistar semejante fortuna.

—¿También Vos?

—¿Os imaginas lo que hubiera sido presentarme ante Ingrid con un jubón de seda y una renta vitalicia? Tenía los ojos como platos porque cientos de aves surcaban el cielo y un pajarraco de curvado pico que mostraba a las claras que no se alimentaba de peces sino de frutos se posó en el bauprés. Los que habían recorrido las costas de Guinea no dudaron en señalar que sus congéneres de África jamás solían alejarse de la costa.

—Yo también hubiera estado nervioso… —se sinceró Fray Gaspar—. ¡Una renta vitalicia…!

—Al amanecer del día siguiente nos despertó un cañonazo de «La Niña», que marchaba en vanguardia, notificando que el vigía había divisado tierra, pero aunque se agradeció a los cielos tal portento con una sonora salve que la mayoría rezó de hinojos, pasaron las horas y la promesa se diluyó en una oscura nube que al final demostró que en su seno no ocultaba más que un agua que empapó las cubiertas. De la Cosa lamentó no llevar a bordo un sacerdote, y muchos veían en esa carencia la mano del Almirante, que había preferido no compartir con la Iglesia el honor de arribar por primera vez a las costas de Oriente, o que temía que tratase de arrogarse la tarea de imponer el cristianismo a los paganos del Cipango.

—Esa era, y sigue siendo, nuestra principal obligación.

—Pero por lo que algunos cuentan Colón era un converso y no debía verlo así. Al oscurecer del jueves escuchamos pájaros, y poco antes de la medianoche acudí al alcázar de popa a señalarle a Luis de Torres que olía a tierra por la cuarta de babor queriendo saber si el Almirante me entregaría el jubón de seda y los diez mil maravedíes. Me observó unos instantes, descolgó una bolsa que jamás abandonaba y la hizo tintinear. «Si hueles tierra, cóbrate con el sonido, rapaz —me replicó burlón—. El mandato especifica que el premio será para quien divise en primer lugar las costas de Oriente. No hace mención a los olores».

—Y la razón le asistía.

—Visto después de tantos años así es, pero yo aún seguía siendo un iluso. Cerca de las dos de la mañana resonó la voz de un vigía de «La Pinta», al que todos llamaban Rodrigo de Triana: «¡Tierra! —gritó hasta desgañitarse—. ¡Tierra por la cuarta de babor!».

—¡Gran momento debió ser aquel!

—Gran momento, en efecto, pero su Excelencia don Cristóbal Colón, que a partir de esos momentos recibía el fabuloso título de Almirante de la Mar Océana y Virrey de las Indias, atajó de inmediato la alegría de Rodrigo. «Hace más de tres horas que divisé una luz en ese punto —dijo—. Y me reservo por tanto el derecho a la recompensa».

—Me niego a creerlo.

—Pues os juro que es verdad. Tras pleitear inútilmente por sus derechos, Rodrigo de Triana emigró a Argel abjurando de su religión para abrazar el islamismo y dedicar el resto de su vida a luchar contra quienes habían cometido una notoria injusticia que había indignado igualmente al resto de la tripulación. Ver una luz es como oler tierra, y el Almirante podía cobrarse por tanto con el brillo de una moneda. Me duele en el alma, si es que la tengo, descubrir que las leyes, incluso las que imparten personalmente los reyes, no tienen idéntico valor para todos.

—¿Qué sentisteis en el momento de pisar el Nuevo Mundo?

—En primer lugar, alivio; no por pisar un supuesto Nuevo Mundo, que poca noción tenía de ello en ese instante, sino por el simple hecho de pisar tierra firme, fuera las que fuera, debido a que pensaba, y creo que aún lo sigo pensando, que los barcos son unos trastos diabólicos; celdas bamboleantes y malolientes sobre las que

siempre cuelga una espada de Damocles en forma de rayo o de tormenta.

—Admito que tampoco me merecen confianza y que en cuanto abandonan el río se me revuelven las tripas.

—Lo segundo que experimenté fue sorpresa ante la belleza de una isla que podría considerarse un paraíso, y la tercera asombro al ver aparecer hombres y mujeres totalmente desnudos pero cuyo color de piel o cuyos rasgos nada tenían en común con los chinos que íbamos buscando. Un grumete me comentó que el Almirante había montado en cólera.

—¿Montado en cólera? —se sorprendió Fray Anselmo—. ¿Y por qué? Había alcanzado su primer objetivo.

—Para los hombres como don Cristóbal no existe un primer objetivo, padre; existe «el objetivo», y el suyo era desembarcar en un puerto rodeado de grandes edificios de los que surgirían mandarines con hermosas togas de seda, no en una larga playa rodeada de cocoteros de los que descendían salvajes en pelotas. ¡Un auténtico fracaso!

—Pero fue el día que marcaría un antes y un después en nuestra historia.

—¿Conoce el cuento de los dos vascos que van a buscar setas?

—No.

—De pronto uno empieza a dar saltos porque se ha encontrado una pepita de oro, pero el otro le riñe recordándole que no han ido a buscar oro sino setas. El Almirante era como ese vasco; quería un viejo chino arrugado, no una hermosa nativa de grandes pechos y piel tersa que le estaba haciendo comprender una vez más que sus cálculos estaban errados.

—¿Y el resto de los hombres qué sentían?

—La mayoría, al igual que yo, alivio, puesto que había sido una singladura harto agitada con los nervios a flor de piel, y en segundo lugar una perentoria necesidad de dar salida a sus impulsos más primarios, puesto que aquellas atractivas muchachas les hacían señas para que las siguieran a la foresta.

—¿Acaso no temían que pudiera tratarse de una trampa?

—¿Acaso cuando una hermosa muchacha te sonríe en cualquier lugar del mundo no te estás arriesgando a caer en una trampa? —fue la rápida respuesta—. En ese aspecto el Nuevo Mundo es tan

viejo como el Viejo, y no hubo capitán, gaviero o grumete que no cayera en la tentación de perderse de vista en la espesura.

—¿Incluso Vos, pese a vuestro desorbitado amor por la alemana?

—Incluso yo, porque admito que en aquellos momentos estaba convencido de que jamás volvería a verla. El único que no se encontraba a gusto era el Almirante puesto que, aunque interrogamos de todas las formas posibles a los nativos dibujando palacios, pagodas y hombres y mujeres vestidos con lujosos ropajes, ni uno de ellos dio muestras de haber visto nada semejante.

—¡Tremenda frustración!

—En este caso el grado de frustración dependía del grado en la escala de mandos. Cuanto más se descendía del castillo de popa al sollado de proa menos te importaban las riquezas de la China y el Cipango y más los placeres de Guanahani. Por desgracia el Almirante no estaba por la labor y ordenó levar anclas con el fin de llevarnos dando tumbos de isla en isla hasta que recalamos en Cuba, donde aprendí a fumar.

—Para nuestra desgracia… —se lamentó el marqués.

—Y mi alegría. Cuba se me antojo el Edén, aún sigo creyéndolo, y la mejor prueba está en que cuando decidí apartarme de todo me retiré a una de sus islas. Os aconsejo que vayáis a conocerla.

—Ya me gustaría, ya, pero estoy de acuerdo en que los barcos son trastos diabólicos y por demás malolientes. Continuad.

—Cuba tampoco resultó del agrado del Almirante puesto que la fisonomía de los nativos seguía siendo la misma, por lo que continuamos hasta toparnos con otra isla, a la que denominó La Española, en la que decidió embarrancar la nao capitana.

—¿Cómo que decidió embarrancar la nao capitana? ¿Qué disparate y diabólica calumnia es esa?

—Ningún disparate ni diabólica calumnia. Es una verdad que sufrí en carne propia y les costó la vida a muchos compañeros. Cuando el Almirante comprendió que si regresaba sin chinos y sin oro su costosa expedición financiada por los reyes y por banqueros judíos sería considerada un rotundo fracaso, decidió sacrificar «La Marigalante» con buena parte de su tripulación.

—¡Esa afirmación es una infamia!

—Una infamia, sí, pero no la afirmación, sino el hecho en sí

mismo. Una noche enfiló la proa contra un bajío de arena cercano a la costa de tal modo que la tripulación pudiera ponerse a salvo. Al día siguiente mandó construir un fuerte con los restos de la nave, y con la disculpa de que no cabíamos todos en los barcos restantes nos dejó allí a treinta y nueve con la promesa de volver a buscarnos.

—Y volvió.

—Sí, pero de los treinta y nueve tan solo dos habíamos conseguido sobrevivir, y algunos de ellos habían sido devorados por los caníbales. Si eso no puede ser considerado una infamia no creo que debamos continuar con esta farsa.

—Que se sepa la verdad nunca podrá ser considerado «una farsa».

—Pues dejad claro que las primeras víctimas del descubrimiento no fueron caníbales ni crueles enemigos de la Corona, sino fieles súbditos que nunca sospecharon que los abandonarían como a perros sarnosos.

—Duras palabras son esas.

—Las apropiadas.

Eran sin dudas las apropiadas, aunque el gomero reconocía que al menos la mitad de cuantos se quedaron en el mal llamado «Fuerte De La Natividad» lo hicieron considerando que en aquel lado del océano tenían más posibilidades de prosperar que en sus lugares de origen.

Otros temían volver por miedo a la justicia, y entre ellos se encontraba el maestro armero, Maese Benito, un tipo pintoresco y bondadoso, aunque algo maniático, del que se decía que había asesinado a su mujer en el transcurso de una discusión religiosa, aunque otras versiones aseguraban que en realidad su esposa, una atractiva muchacha judía, había preferido compartir el exilio con los de su raza a convertirse al cristianismo.

Cienfuegos sospechaba que al menos cinco de los miembros de la tripulación que habían decidido desembarcar en La Española eran en realidad judíos que fingían haber abrazado una fe que no sentían y que abrigaban la esperanza de que a este lado del océano las imposiciones de los reyes y de la Iglesia no fuesen tan estrictas.

Luis de Torres le había hablado a menudo del dantesco y bochornoso espectáculo que constituyeran en su día las caravanas

de judíos, que por culpa de una ley injusta se habían visto obligados a abandonar sus hogares y la patria de sus antepasados en una masiva emigración hacia las costas del Norte de África, expulsados por el fanatismo de unos reyes que abrigaban el absurdo convencimiento de que únicamente quien creyera ciegamente en Cristo podía engrandecer a su patria.

Nadie se atrevió a advertir a los tozudos soberanos de que con aquel cruel y estúpido acto de barbarie condenaban a su país a un negro e interminable período de estancamiento, ya que los judíos habían detentado por tradición la mayoría de los oficios directamente relacionados con la ciencia y la cultura.

Obsesionados por los efectos de una larguísima contienda para liberar a la Península del dominio musulmán, los cristianos se habían concentrado preferentemente en la práctica de las artes de la guerra, relegando a un lado las humanísticas, y ahora, cuando ya el último bastión árabe había caído, en lugar de volver los ojos hacia quienes podían transformar una sociedad eminentemente luchadora en otra pacífica y evolucionada, los expulsaban.

Mal aconsejados, y cegados sin duda por su reconocida soberbia, doña Isabel y don Fernando no habían sabido calcular los demoledores efectos de tan insensata orden, menospreciando a todas luces la firmeza de las creencias de todo un pueblo, hasta el punto de que, cuando al fin comprendieron la magnitud del daño que estaban causando, no demostraron el coraje suficiente como para enmendar su gigantesco error.

La estructura de toda una sociedad se vino por tanto súbitamente abajo, puesto que de pronto desapareció un altísimo porcentaje de sus arquitectos, médicos, científicos y artesanos más cualificados, a la par que un gran número de familias se destruían al impedirse que seres de distintas creencias pudieran compartir el mismo techo.

Si había sido ese el caso de Maese Benito de Toledo, o si por el contrario se trataba de un simple crimen pasional, el canario jamás conseguiría averiguarlo, pero lo cierto fue que con el transcurso del tiempo aprendió a tomarle afecto al gordinflón toledano, por más que nunca llegara a ocupar el puesto del converso Luis de Torres.

El Nuevo Mundo comenzó muy pronto a causar estragos entre los recién llegados.

Aquel paraíso, a buen seguro el más hermoso y plácido lugar que ningún español hubiera contemplado, ocultaba sin embargo infinidad de peligros, y más allá de las azules y cristalinas aguas, los hermosos arrecifes de coral, la cortina de altivas palmeras de rumorosas copas y la espesa, verde y luminosa vegetación salpicada de orquídeas, monos y cacatúas, pululaban desconocidos enemigos que venían a demostrar a los nativos que en realidad los semidioses eran tan vulnerables o más que ellos mismos.

El primero en caer fue Sebastián Salvatierra, ya que una mañana hizo su aparición corriendo al tiempo que gritaba que una serpiente le había mordido, se aferró desesperadamente al palo mayor maldiciendo como un poseso, vomitó por tres veces, y se derrumbó entre terribles convulsiones cambiando de color hasta quedar de un tono entre grisáceo y morado.

La terrible impresión dejó a todos sin aliento, dado que a pesar de las múltiples calamidades sufridas durante el viaje ninguno de los hombres que zarparan de España había muerto y aquel constituía un terrible precedente y el augurio de nuevas e incontables desgracias.

Como para concederles la razón a los más pesimistas, una semana más tarde, el ibicenco Gavilán, un vigía con fama de vista de lince pero más aún de vagancia de oso, tuvo la mala ocurrencia de quedarse dormido bajo una especie de manzanillo de pequeños frutos verdes con rayas negras, sin percatarse de que sus rugosas hojas iban destilando un jugo blanco y pegajoso que le cubrió el pecho de rojizas ronchas que muy pronto comenzaron a llagarse y supurar haciéndole fallecer presa de altísimas fiebres que le obligaban a delirar llamando a gritos a un tal Miguel, que nadie logró nunca averiguar quién era.

Luego le tocó el turno al granadino Vargas, al que tuvieron que cortarle un pie porque le habían invadido y se le habían infectado las niguas, que eran unos asquerosos gusanos que tenían la fea costumbre de anidar bajo la piel.

Capítulo III

—Me llamo Soledad De La Cueva Espinosa, aunque podéis creerme si os aseguro que tanto mi nombre como mis apellidos son incorrectos, y de ello pueden dar fe algunos ilustres nobles de la corte.

—Me esfuerzo por entenderos.

—Lo entenderéis en cuanto comprobéis que no soy en absoluto solitaria, sino bastante dada a la compañía masculina, y que mi cueva nunca ha sido espinosa, sino más bien dulce y suave, razón por la cual he sido elegida para que vuestra estancia en Sevilla no se convierta en un suplicio. Por lo que me han contado lleváis dos semanas hablando sin parar y al parecer pretenden que podáis utilizar la lengua en algo menos farragoso que contar viejas historias que tan solo interesan a cartógrafos y navegantes.

—¿O sea que sois…?

—Una meretriz que ha merecido tan alta distinción a base de satisfacer los caprichos de muy distinguidos caballeros… —apuntó un pequeño mohín de desagrado al añadir—: Y alguna que otra dama. Podemos, comer, cenar, pasear, jugar a las cartas, hacer el amor… cuanto os venga en gana, ¡todo!, excepto comentar nada que tenga que ver con esos dichosos mapas y «derroteros» que están considerados alto secreto.

—Es que hay muchas vidas en juego.

—Lo supongo, y como no me gusta jugar con las vidas ajenas… —Soledad De La Cueva Espinosa guiñó picarescamente un ojo al añadir—: y menos con la propia, ya que la tengo en gran aprecio, os aclararé que en mi boca pueden entrar muchas cosas, pero jamás saldrá de ella una palabra que ponga en peligro a nuestros compatriotas.

El gomero se tomó su tiempo a la hora de responder, recorrió con la vista la apetitosa mesa repleta de viandas, se sirvió medio

faisán acompañado de compota de castañas, olisqueó y saboreó un excelente vino riojano y por último puntualizó:

—Jamás he mantenido ningún tipo de relación íntima con meretrices, ni he yacido con ninguna mujer que no desease hacerlo conmigo, por lo que considero que a estas alturas no sería aconsejable cambiar de costumbres. En cuanto al resto me parece correcto puesto que contar mis andanzas puede llegar a convertirse en una pesadilla, y Fray Anselmo hiede a mofeta.

—¿Qué es una mofeta?

—Un repugnante animal del Nuevo Mundo que cuando se siente en peligro alza la cola y lanza un chorro de un líquido tan ácido que puede dejarte ciego. Y tan maloliente que hasta las fieras huyen.

—Pues no debe ser exclusivo del Nuevo Mundo pues aparte de Fray Anselmo conozco a otro noble ilustrísimo, el conde de Ansor, que apesta a muerto. —La descarada damisela sonrió ampliamente mientras se servía un poco de cada una de las bandejas que la rodeaban—: Y llegados a este punto considero que deberíamos de dejar a un lado tratamientos y pestilencias, que vienen a ser lo mismo, cenar a gusto, y ya que de momento no te apetece retozar, nos enfrasquemos en una buena partida de cartas. ¿Sabes jugar al «doblete»?

—¿Al «doblete»? Le gané veinte maravedíes a Alonso de Ojeda.

—¿Al auténtico Alonso de Ojeda? ¿El «Centauro de Jáquimo»?

—¿Acaso existe otro? Admito que es el mejor espadachín y uno de los hombres más valientes que he conocido, pero como jugador es un desastre tan solo superado por Núñez de Balboa cuando estaba borracho… —hizo una corta pausa con el fin de precisar—. Y solía estarlo cinco días a la semana.

—¿También conocisteis al descubridor del Océano Pacífico?

—¿Y cómo no iba a conocerlo? Por aquel tiempo Santo Domingo era la única ciudad del continente y en ella tenían la obligación de recalar por primera vez todos los barcos que llegaban de Europa, o se arriesgaban a ser acusados de contrabando o piratería.

—Pero la mayoría no serían ni contrabandistas ni piratas.

—Probablemente, pero don Cristóbal lo controlaba todo desde su palacio, que se alza justo sobre el puerto, de tal modo que ni la más mísera chalupa entraba o salía de sus dominios sin que él lo supiera.

—¿«Sus dominios»…? Tengo entendido que pertenecían a la Corona.

—El gran problema del Almirante estribaba en que al ser nombrado virrey nunca tuvo muy clara la línea divisoria entre lo que le pertenecía y lo que pertenecía a la Corona o al resto de la humanidad. La soberbia le jugaba malas pasadas, por lo que se buscó demasiados enemigos.

—Todos los grandes hombres suelen tener demasiados enemigos.

—Cierto, porque la envidia siempre ha sido el principal pecado de nuestros conciudadanos, que en ocasiones prefieren robar la honra a robar la bolsa.

—No es mi caso; un señoritingo pisaverde me robó la honra mientras yo le robaba la bolsa. Y a fe que salió perdiendo puesto que mi honra le proporcionó unos minutos de placer, mientras que su bolsa me permitió vivir un año como una marquesa.

—Feo vicio ese de robar.

—Peor el de violar… ¿O no?

—Cierto sin duda.

—En ese caso dejemos a un lado cualquier tipo de disertación moral y centrémonos en disfrutar de cuanto el emperador ha tenido a bien proporcionarnos a cambio de tus recuerdos. Por los míos nadie ofrecería ni una cabra.

—Supongo que guardarás muchos secretos de alcoba.

—En Sevilla, en estos tiempos, con tanto noble, tanto fraile, tanto escribano y tanta puta, bajas al río y por un maravedí te venden diez secretos de alcoba. En ese puerto atracan día sí y día no naves abarrotadas de oro, perlas, diamantes o esmeraldas, y a su olor han acudido aves de rapiña de todos los rincones del planeta.

—No sabía que el oro, las perlas, los diamantes o las esmeraldas olieran.

—Más que la mierda, querido; más que la mierda. Y perdona el lenguaje.

Quien hacía gala de llamarse Soledad De La Cueva Espinosa, como si considerase que su nombre había marcado de forma indeleble su futuro, se sirvió una loncha de jamón y mientras la mordisqueaba añadió:

—Si, como aseguran, y por eso nos encontramos ahora aquí, tú eres quien mejor conoce ese inmenso continente que ayudaste a

descubrir, de igual modo debes ser el que mejor conozca la magnitud de sus riquezas. Estamos exprimiendo como un limón al Nuevo Mundo y Sevilla es el vaso en el que se recoge el jugo.

—También le estamos dando mucho a cambio.

—¿Como qué…?

Su interlocutor tardó en responder, se entretuvo llenándose una copa que paladeó despacio, y en lugar de una extensa lista de actividades, se limitó a señalar:

—Ya apenas se comen los unos a los otros.

La meretriz, que había llegado a meretriz de altos vuelos no solo por sus demostradas habilidades en la cama sino por poseer una mente ágil, meditó largamente la respuesta, le arrebató la copa y apuró lo que quedaba antes de inquirir:

—¿Crees que es suficiente?

—Nunca nada en este terreno es suficiente, pero en sí es mucho. Cuando un ser humano se come a otro es porque considera que en nada se distingue de un cerdo o una gallina. No obstante, si lo rechaza como fuente de alimento es porque considera que tiene algo de lo que carecen el cerdo o la gallina; es decir, un alma semejante a la suya.

—Jamás se me habría ocurrido verlo de ese modo.

—Pues así es, y lo primero que deben aprender quienes viajen al otro lado del océano es saber diferenciar al primer golpe de vista a un amistoso araúco de un caribe caníbal.

—¿Acaso son razas diferentes?

—No podría decirlo puesto que hasta los tres o cuatro años su apariencia es similar, pero a partir de ese momento los caribes se ligan las pantorrillas, que se les van deformando hasta conseguir que sean zambos y tengan un aspecto ciertamente grotesco.

—¿Y a qué viene semejante barbaridad, que además de antiestética debe ser bastante dolorosa?

—A que, según ellos, todo aquel que no tenga las pantorrillas deformes puede ser devorado. Es una especie de marca distintiva o salvoconducto para no acabar en la hoguera.

—¿Y no resultaría más práctico cortarse el pelo al cero o pintarse de rojo?

—Cualquiera puede cortarse el pelo o pintarse de rojo, pero tan solo un auténtico caribe que ha sufrido terribles dolores durante

años puede mostrar unas pantorrillas deformes. Lo único que se puede hacer con esos hombres, mujeres, ancianos o niños es cortarles la cabeza sin hacer preguntas.

—¿No sería más lógico, y más cristiano, enseñarles a comportarse como auténticos seres humanos?

—Parece ser que los que se acostumbran a comer carne humana la prefieren a cualquier otra.

—No estoy de acuerdo.

—Porque jamás los has conocido, pero a mí me estuvieron engordando como a capón navideño, y aún recuerdo como acudían a echarme de comer y se relamían al mirarme. Es una pésima sensación, te lo aseguro.

—A veces me han mirado de ese modo, pero tan solo querían comerme una parte específica y no traían ni tenedor ni cuchillo… ¡Perdona! Ha sido una broma de mal gusto.

—Lo ha sido, en efecto; o sea que olvidemos un tema tan macabro y hablemos de algo agradable… ¿Tienes hijos?

—Uno que sueña con ser marino como su padre, al que el Señor tenga en su gloria. Se pasa el día subiéndose a las jarcias, y me temo que en cualquier momento se embarcará como grumete.

—Pues intenta disuadirle porque la mar es una mala amante; cuando no te vapulea hasta descoyuntarte te atrapa para no volver a soltarte.

—Lo sé muy bien porque mi pobre Rafael prefería una minúscula hamaca en un sollado oscuro, abarrotado y maloliente, a una ancha cama oliendo a rosas. ¿Puedes explicármelo?

—Sería el último en hacerlo, puesto que aborrezco los sollados abarrotados, oscuros y malolientes.

—Pero eres marino…

—¿Marino yo…? —pareció horrorizarse el gomero—. ¡Dios me libre! Probablemente soy el infeliz que mayor número de leguas haya recorrido por océanos nunca vistos, pero te garantizo que siempre lo hice contra mi voluntad, y cambiaría con gusto el más sofisticado navío por una mísera carreta.

—¿Y cómo es que estás aquí, disfrutando de todo esto?

—Estoy por las cosas que me ocurrieron, no por las que quise que me ocurrieran.

—¡Así se va a escribir la historia…! —se lamentó la prostituta.

—Resulta preferible la verdad contada por testigos involuntarios que por quienes están implicados en el problema, que casi siempre suelen tergiversarla. Juro sobre la cabeza de mis hijos que odio haber visto muchas de las cosas que he visto, pero que ni una sola mentira saldrá nunca de mi boca.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Los suficientes como para obligarme a ceñirme a la más estricta realidad.

—¿Pero cuántos…?

—¡Difícil pregunta, querida! Me la planteo casi a diario y daría una mano por saberlo y saber cuál ha sido su destino, pero son demasiados años y demasiados lugares, de los que a veces tan solo guardo un leve recuerdo. Amé y sigo amando a dos mujeres, una del viejo continente, Ingrid, y otra del nuevo, Araya. Ambas me dieron hijos a los que conozco, pero del resto nada sé, ni creo que llegue a saberlo nunca.

—Luego admites que has sido un gran pecador.

—¿«Pecador»…? ¡En absoluto! Pecador es el que mata, roba, viola, tortura, maltrata o esclaviza, y de todo eso lo único que he hecho es matar cuando no me quedaba más remedio puesto que era mi vida la que estaba en juego.

Don Bernardo Olivar, Marqués de Peñagrande, hizo un gesto hacia el amplio número de legajos perfectamente encuadernados que aparecían ordenados en una estantería que ocupaba gran parte de la pared del fondo.

—¡Bien…! —comenzó diciendo—. Por lo que veo, durante estas tres últimas semanas nos habéis contado cuanto os ocurrió desde que pusisteis el pie en la primera isla hasta el año de gracia de mil quinientos doce, lo cual quiere decir, si los números no mienten, que llevabais casi veinte años en el Nuevo Mundo. ¿Me equivoco?

—Más de media vida, en efecto.

—Y tenemos cumplido testimonio, palabra por palabra, tal como se nos ha exigido, de vuestras andanzas por el océano, el mar Caribe, sus islas y sus costas, a lo cual debemos añadir algunos relatos de testigos de absoluta confianza.

—Que espero que se hayan conservado con el mismo interés con el que se pretende conservar los míos.

—Así ha sido y a buen recaudo están, pero a partir de esa fecha

todo lo que se refiera a Vos continúa en blanco.

—¿Acaso pretendíais adelantaros a los acontecimientos? En efecto, durante ese último año había recorrido las tierras del norte del continente, poblada por tribus primitivas y…

—¿Primitivas, decís…? ¿Más primitivas que los caníbales que devoraron a don Juan De la Cosa?

—Aquellos eran salvajes, que es muy distinto. A las tribus del norte únicamente les interesan las manadas de bisontes que recorren sus praderas, ya que les proporcionan carne con que alimentarse o pieles con las que abrigarse. Sus tierras son tan ricas que a mi vuelta aconsejé a la Corona que se estableciera allí a los nuevos colonos, pero nunca me escucharon. Prefieren continuar mandándolos a las selvas del sur, donde mueren como chinches.

—¿O sea que, según Vos, la Corona sigue una política equivocada? ¿Deberíamos cristianizar a los nativos del norte antes que a los del sur?

—Tan merecedores de recibir el bautismo son los unos como los otros. ¿O no…? ¿Qué opináis, Fray Anselmo?

—Que son iguales a los ojos del Señor.

—¿Entonces por qué empeñarse en cristianizar por la fuerza a los más rebeldes, convertirlos en siervos y entregárselos a terratenientes para que los traten como a esclavos?

—A fe que me gustaría conocer la respuesta.

—La única respuesta está en esa maldita «Ley de Encomiendas» que permite que un hombre libre sea explotado hasta morir a condición de que cada tarde se le haga rezar un Padrenuestro y tres Avemarías… —Cienfuegos hizo una pequeña pausa antes de alzar la mano y señalar directamente a Fray Gaspar de Vinuesa—. Y procure que estas palabras queden claramente anotadas con el fin de que el emperador tenga conocimiento de lo que ocurre. Si pretende que le descubra los tesoros que agrandan sus reinos debe permitir que le muestre las miserias que lo empequeñecen.

—¡Cuidad vuestra lengua!

—¿Y qué podéis hacer? ¿Cortármela? Os cortarían la cabeza.

—¡Basta, por Dios! —intervino el marqués—. No nos han otorgado el papel de jueces sino de notarios. Serán instancias superiores las que decidan si cuanto aquí se ha dicho es merecedor o no de censura.

—Pero…

—Escuchad, Fray Gaspar… —le interrumpió el gomero en un tono ligeramente amenazante—, estamos de acuerdo en que si yo no digo la verdad se perderán miles de vidas, y esa es una carga que llevaréis sobre vuestra conciencia. Pero si digo la verdad tiene que ser ¡mi verdad!, no la que pretende imponer vuestra congregación o la del Santo Oficio.

—Suena a amenaza.

—La verdad tan solo puede sonarles a amenaza a los culpables, o sea que ciñámonos a los hechos y limitaos a transcribir. ¿Estáis listo?

—Lo estoy.

—¡Pues adelante!

—En el año de gracia de mil quinientos doce, y tras haber atravesado gran parte del norte del continente, me encontré a orillas de un océano que según mis cálculos bañaba su costa oeste.

—¿Quiere eso decir que llegasteis al Mar del Sur antes que Núñez de Balboa?

—No quiero decir nada, ni atribuirme méritos ajenos, puesto que «descubridor» es quien descubre algo y lo hace público, mientras que yo no tenía a quién contarle que ante mí se extendía una interminable extensión de agua que me hacía pensar que el Almirante no tenía ni la más puñetera idea a la hora de calcular cómo llegar a la China. Se había comido un continente y un nuevo océano, lo que venía a significar que la Tierra era ciertamente redonda pero mucho más grande de lo que había asegurado.

—Al menos un tercio… —puntualizó don Bernardo.

—¿Estáis seguro?

—Es lo que afirman los astrónomos, aunque no pondría la mano en el fuego ni es mi función decidirlo. ¿Qué hicisteis al encontraros frente a ese nuevo mar?

—Un barco.

—¡Perdón…! ¿Cómo habéis dicho?

—He dicho un barco. ¿Qué otra cosa se puede hacer cuando te ves obligado a navegar? ¿Una carreta?

—¿Qué clase de barco?

—Uno que flotaba. Admito que al principio apenas era algo más que una balsa, pero lo que me sobraba era tiempo y madera. Por las

noches salía a la mar y permitía que la corriente, que era constante, me empujara hacia el sur, pero al amanecer buscaba refugio en la costa, y si no había indicios de presencia humana permanecía un par de días cazando, pescando, cogiendo huevos y mejorando la embarcación. Tened en cuenta que aprendí el oficio del mejor carpintero de ribera de la escuadra de Colón.

—¿Cuántos oficios tenéis?

—Los imprescindibles para conservar la vida allí donde cada día pretenden arrebatártela. Nunca fui maestro de nada, pero sí buen alumno de cuanto me sirviera para mantener la cabeza sobre los hombros.

—A estas alturas justo es reconocer que sois un superviviente nato… —El gesto del marqués cambió a otro de asco al advertir que estaba dispuesto a encender un nuevo cigarro—. Sobre todo teniendo en cuenta que no conseguís libraros de ese maldito vicio. ¿Teníais alguna idea de dónde os encontrabais en aquellos momentos?

—Confiando en las estrellas, que se supone que nunca mienten pero que con frecuencia adquieren la fea costumbre de ocultarse, calculé que a la altura de Santo Domingo, pero al otro lado de un continente del que no me sentía capaz de calcular su anchura.

—¿Y eso?

—Un aprendiz de marino como yo puede tener una idea aproximada de la latitud, pero no puede determinar la longitud si no dispone de los conocimientos y los instrumentos apropiados.

—Entiendo. ¿Cómo era la costa?

—Había ido cambiando de bosques de enormes sequoias a una región desértica sin casi presencia animal o humana que dio paso luego a tupidas selvas. Eso sí, en el mar proliferaban las ballenas, que se pasaban el tiempo saltando y girando sobre sí mismas con el fin de golpear el agua con unas aletas, que eran tres o cuatro veces de mi tamaño y peso.

—¿Y por qué hacían eso?

—Tal vez fuera una especie de cortejo de apareamiento, una forma de librarse de los parásitos, o simple diversión. Lo cierto es que tenía que andarme con cuidado porque si me alcanzaban me partían en dos la nave, aunque me preocupaban más las orcas que se aproximaban con la malvada intención de convertirme en su

almuerzo, ya que por aquellas aguas proliferan las focas, que por lo visto constituyen su manjar predilecto.

—¿Y qué hacíais en ese caso?

—Cagar.

—¡Perdón!

—Perdón os pido por lo inapropiado del lenguaje, pero tal era la realidad. Me ocultaba en lo más profundo de la embarcación y lanzaba mis excrementos al agua puesto que las orcas tienen un olfato tan agudo que les permitía determinar que no me alimentaba únicamente de pescado, lo cual las confundía.

El marqués tosió y agitó las manos en un vano intento por alejar el humo, pero al fin fue él quien se alejó hasta el fondo de la estancia, desde donde comentó:

—Imagino que tales suposiciones no tienen la más mínima base científica.

—En cierto modo la tienen.

—¿Os importaría aclarármelas?

—Si un animal que lleva cientos de generaciones reaccionando a unos determinados estímulos se encuentra de improviso con una sólida nave que nunca ha visto y que desprende olores hediondos, y os aseguro que lo eran porque lo que es cagar cago a conciencia, lo más lógico…

—Me niego a transcribir esta última parte.

—Obviarla y acabemos de una vez con las dichosas orcas.

—Tal vez conocer ese truco salve algún día la vida de un buen cristiano, pero estoy de acuerdo en cambiar de tema. Si no recuerdo mal habíamos llegado a una costa selvática.

—Así es —leyó Fray Anselmo—. «Una región desértica sin casi presencia animal o humana, que dio paso luego a tupidas selvas…».

—Aquel era ya un territorio más apropiado a la hora de internarme a explorar, puesto que había adquirido de mi buen amigo «Papepac» una notable experiencia en el arte de volverme casi invisible en la foresta.

—¿Y eso cómo se consigue?

Cienfuegos dudó un instante, desconcertado por una pregunta de difícil respuesta, y tras aproximarse a una ventana y expulsar fuera el humo, señaló:

—Si tuviéramos una selva a mano podría haceros una

demostración, pero como lo único que tenemos son jardines, dudo que fuera capaz de ocultarme entre parterres de rosas.

—Sois un hombre alto y corpulento.

—Pero era un joven delgado y ágil al que la naturaleza había tenido a bien proporcionarle uno de los dones más apreciados a la hora de tener que sobrevivir en la selva.

—¿Y es…?

—Que no me atacan los mosquitos. Nunca me molestan porque al parecer no les gusta mi sangre o temen envenenarse.

—Debe ser eso último, y suerte tenéis puesto que yo en cuanto me acerco al río me martirizan.

—Recuerdo que cuando le preguntaron al Almirante acerca de las incontables calamidades que había sufrido a todo lo largo de una vida tan intensa, aseguró que sin duda la peor habían sido los continuos ataques de unos mosquitos que no le permitían descansar ni de día ni de noche. Conozco la que él mismo denominó «Costa de los Mosquitos», y os aseguro que allí son ciertamente feroces.

—Hay quien asegura que los años que pasó navegando por esa zona y el naufragio que posteriormente lo retuvo en Jamaica fueron la causa de que comenzara a perder el juicio.

—No creo que mis opiniones respecto a la salud mental del Almirante sean de utilidad a la hora de conocer mejor el continente, o sea que volvamos a los hechos. Fui haciendo pequeñas incursiones y poco a poco llegué a la conclusión de que aquellas tierras estaban pobladas por dos tipos de gentes absolutamente diferentes: la primera era una estirpe de señores que poseían una notable cultura y construían grandiosas ciudades, y la segunda pequeños grupos de salvajes que se ocultaban en lo más profundo de la foresta… —El gomero hizo una pausa puesto que se diría que incluso a él le costaba admitir lo que iba a añadir—: El gran problema estribaba en que los papeles estaban cambiados.

—¿Qué pretendéis decir?

—Que los primeros cazaban a los segundos con el fin de someterlos a los más horrendos sacrificios que se pueda imaginar; les arrancaban el corazón de un solo tajo y se lo mostraban mientras aún palpitaba, o les cortaban la cabeza y la lanzaban por las escalinatas de enormes pirámides hasta que los peldaños quedaban tintos en sangre.

Se hizo un silencio, los amanuenses dejaron de escribir quedando con las plumas en alto y durante unos segundos fue como si la incredulidad hubiera paralizado los ánimos.

Al fin Fray Anselmo balbuceó, horrorizado:

—¡No puede ser verdad!

—Lo es.

—¿Vos lo visteis?

—Con mis propios ojos. Las cabezas caían rodando y la muchedumbre se apretujaba abajo para recogerlas a modo de trofeo. Algunos incluso portaban redes con el fin de atraparlas con más facilidad y las mujeres se empapaban los cabellos y los pechos con la sangre, lo que al parecer las excitaba sexualmente.

—¡Ni una palabra sobre eso! —sentenció don Bernardo Olivar—. ¡Ni una palabra!

—¡De acuerdo! —admitió su interlocutor al tiempo que clavaba lo que quedaba del cigarro en la tierra de una maceta—. ¡Ni una palabra! Devolvedme a mi casa, que ya añoro en exceso, y explicadle a Su Majestad que me negué a seguir hablando porque os escandaliza lo que cuento. Tal vez de ese modo conseguiréis que algún día cabezas de cristianos rueden por esos mismos escalones.

—Me estáis chantajeando.

—No os chantajeo, puesto que al fin y al cabo nada de esto va con Vos, que no sois más que una vía de comunicación con el emperador, al que pretendo poner al corriente de algo muy importante el día en que decida enviar a sus súbditos a las tierras de los que algunos llaman «mexicas» y otros «aztecas». Se enfrentarán a un pueblo culto, guerrero, bien organizado y bien armado, pero de una ferocidad, un sadismo y una crueldad tan solo comparables a la de nuestro nunca bien ponderado Fray Tomás de Torquemada, al que confío encontrarme en el infierno con el fin de patearle el trasero.

En este caso el silencio sí que fue sepulcral y cabría imaginar que una corriente de aire helado atravesaba lentamente la estancia. Que un ser humano, ¡cualquier ser humano!, fuera capaz de decir que le gustaría patearle el trasero al creador de la todopoderosa Santa Inquisición resultaba inconcebible, pero que además lo hiciera un súbdito de la Corona superaba todo lo imaginable.

El marqués tragó saliva y tuvo que buscar apoyo en el aparador

más cercano, puesto que cabría suponer que estaba sufriendo un ataque de ansiedad y le faltaba el aire.

Por su parte, Fray Anselmo, que al igual que Torquemada pertenecía a la Orden de los Dominicos, se había quedado con la boca tan abierta como si estuviera a punto de recibir la Primera Comunión, mientras que el tembloroso Fray Gaspar parecía querer buscar refugio bajo la mesa con el fin de que nadie recordase que había sido testigo de tamaña blasfemia.

Tuvo que ser el propio Cienfuegos quien rompiera el hechizo.

—¿Qué ocurre…? ¿Acaso alguno de los presenten considera que un sádico que jadeaba de placer y babeaba cuando veía a una jovencita ardiendo en la hoguera no se está quemando en los infiernos?

—¡Por favor…!

—¿Os estoy comprometiendo…? Transcribid lo que digo y permitid que sea Su Majestad quien me juzgue.

—Pero es que estos documentos pasarán por varias manos antes de llegar a las del emperador… —le hizo notar a modo de advertencia el marqués.

—¿Y teméis que alguna de ellas decida tomarse la justicia por su mano?

—Entra dentro de lo posible.

—Sin duda, puesto que el mundo, y sobre todo esta corte, se encuentra plagado de fanáticos, pero ningún fanático me hará callar cuando es el mismísimo emperador quien me ordena hablar… ¿Por dónde íbamos?

—Por la crueldad de los ritos aztecas…

—Sin comparación con ningún otro ciertamente, aunque tan solo tienen una cosa a su favor: jamás causan daño a los de su propia sangre, mientras que entre nosotros se diría que disfruta más quien perjudica a un vecino que a un extraño.

—Con frecuencia sois injustamente injusto —le hizo notar Fray Gaspar.

—La razón os asiste; una vez más me disculpo y sigamos a lo nuestro. —Tomó asiento en una butaca, colocó los pies sobre la mesa y añadió, mientras le guiñaba un ojo a Fray Anselmo, que había hecho un claro gesto de desaprobación ante tamaña falta de respeto—: Cansado ya de ocultarme como una lagartija, estaba a

punto de regresar a mi barco y alejarme para siempre de aquel lugar maldito cuando un día de mercado, al que acudían cientos de feriantes, descubrí que en la plaza habían montado una gran jaula en la que exhibían a un ser humano como si se tratara de un mono amaestrado. Se trataba de un negro totalmente desnudo, y por lo que advertí al primer golpe de vista era dueño de un enorme miembro viril que le llegaba a las rodillas, lo cual debía de constituir una de las razones por las que estaba expuesto, ya que las mujeres reían y cuchicheaban mientras que los niños intentaban acertarle en el pene lanzándole piedrecitas.

—Pero habéis dicho que era un pueblo culto, sanguinario pero culto. Y un pueblo culto nunca enjaularía a seres humanos.

—En nuestras ferias pueblerinas proliferan los gigantes, los enanos y las mujeres barbudas, y os aseguro que ninguno de ellos habrá sido nunca tan digno de ver como aquel zagal de cabellera ensortijada en la que podrían anidar dos parejas de torcaces y un badajo que nada tendría que envidiar al de las campanas de la catedral.

—Desmesurado debería ser si os llamó la atención, puesto que es cosa sabida que en lo que se refiere a tales atributos estáis bien dotado.

—Nunca me he quejado; ni yo, ni dama alguna, pero creedme que en este caso sería como comparar «La Pinta» con «La Santa María», tanto en lo que se refiere a eslora como a manga, puntal, y sobre todo desplazamiento. Y siendo tan negro, si le hubieran practicado la circuncisión, con lo que le sobrara de prepucio podría haberse hecho una boina.

—Ahorraos los detalles o no acabaremos nunca.

—La razón os asiste una vez más, y aunque admito que mi primer impulso fue alejarme con la mayor rapidez posible, al alba me despertó la conciencia, que quienes la tienen saben que nunca duerme, y consideré que no volvería a pegar ojo si permitía que aquel infeliz continuara en tan humillante situación. Permanecí oculto por las proximidades y aguardé a que una noche descargara un aguacero de los que por aquellas regiones proliferan y en los que da la sensación de que hasta el Arca de Noé naufragaría. Por suerte los mexicas tan solo poseen cuchillos de sílex u obsidiana con los que tardarían horas en cortar la soga con la que cerraban la jaula,

pero yo contaba con una navaja albaceteña, por lo que en diez minutos saqué al pobre infeliz de su jaula y echamos a correr perdiendo el culo por el camino. Y era cosa digna de ver cómo saltaba sobre los matorrales teniendo que sujetarse con una mano tan gigantesca mortadela.

—No escribáis eso.

—¿Acaso la mortadela no es un manjar digno de figurar en cualquier mesa real?

—No ese tipo de mortadela.

—Pues muchas reinas hubieran concedido un título de nobleza a un súbdito con semejantes atributos… E incluso algún que otro rey.

—¡Dejaos de chanzas, Cienfuegos…! ¿Quién era y cómo había llegado hasta allí?

—Se llamaba Donjosé y, por lo que me contó, formaba parte de la tripulación de una nave contrabandista que había tocado tierra firme en la costa caribeña. La intención de esas naves suele ser la de intercambiar baratijas por oro, plata y perlas, pero por lo visto al ver el interés de los nativos por un hombre de tan peculiares características su capitán no dudó a la hora de venderlo.

—¿Cómo pudo venderlo si era libre?

—Preguntádselo al capitán, si es que lo encontráis. A mí también me gustaría ajustarle las cuentas, aunque en el fondo le estoy agradecido puesto que le debo el haber conocido a uno de los mejores amigos que he tenido nunca, pese a que fue quien me hizo caer en una de las peores adicciones en las que pueda caer un ser humano —permaneció en silencio, pensativo, como si su mente hubiera retrocedido décadas, indiferente a lo que pudieran estar pensando los presentes, y al fin lanzó un sonoro suspiro con el que pretendía demostrar la magnitud de su frustración—: El «xocolhá».

—¿El «xocolhá»…?

—Eso he dicho… —afirmó con la cabeza, como si estuviera admitiendo un terrible pecado—. El auténtico «manjar de los dioses»; la incomparable ambrosía de los aztecas y los mayas. Tan solo pueden consumirlo las clases altas, y se castiga con latigazos, mutilaciones, e incluso la muerte, a los siervos que se atreven a probarlo.

El marqués tomó asiento, apoyó los codos en la mesa y escondió la cabeza entre las manos, al tiempo que mascullaba:

—Cada vez me agobia más la magnitud de vuestros disparates, y me siento como un pelele zarandeado por un huracán de palabrería sin sentido… ¡«Xocolhá»! ¿Y eso qué diantres es y de dónde sale?

—Sale de un árbol que produce unos frutos muy grandes, casi como la cabeza de un niño, y que se encuentran repletos de semillas que se tuestan, se muelen y se manipulan mezclándolas con agua, leche, manteca o jugos de frutas hasta convertirlas en una bebida muy sabrosa y que proporciona una gran energía, aunque cuando la fermentan emborracha. En lo más profundo de la selva esos árboles crecían salvajes y Donjosé era un experto a la hora de convertir sus semillas en una delicia.

—Algo me comentó un jesuita, pero no supo explicarse muy bien… —admitió Fray Gaspar—. Tenía entendido que era una especie de droga.

—Yo no lo llamaría droga, puesto que no se experimenta ansiedad si se deja de tomarla, pero en algunas personas produce un cierto tipo de adicción, mientras que otras la detestan.

—¿Cómo que la detestan?

—No les gusta su sabor, ligeramente amargo, o les produce acidez de estómago. Ocurre como con el vino: hay a quien le apasiona y a quien no, pero con una diferencia: quien se beba una jarra de vino irá de aquí a la esquina dando bandazos, pero quien se beba una jarra de «xocolhá» le dará tres vuelta al palacio a toda carrera.

—Un momento… —intervino Don Bernardo alargando la mano como pidiendo una tregua—. Como no creo que ese diabólico brebaje llegue nunca a este lado del océano, propongo concentrarnos en lo que en realidad importa… ¿Qué poderío militar tienen los aztecas?

—Mucho sin duda, pero está muy dividido, ya que no constituyen lo que pudiéramos considerar una nación, sino más bien un conjunto de «Ciudades Estado» que con frecuencia luchan entre sí. Según Donjosé la más poderosa es Tenochtitlán, que al parecer es gigantesca y casi inexpugnable debido a que se alza sobre los islotes de una laguna.

El Marqués de Peñagrande hizo gala una vez más de sus muchas dudas:

—¿Creéis oportuno incluir en un documento de estas

características una información que tan solo se basa en afirmaciones de terceros?

—¿Conocéis Roma?

—No.

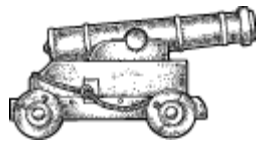
—Pero sabéis que existe porque personas de vuestra confianza os han hablado de ella. El conocimiento se basa en lo que se ve, lo que se oye y la confianza que os merece el informador. Cien veces puse mi vida en manos de Donjosé y nunca me falló. ¿Por qué habría de mentirme respecto a Tenochtitlán?

—Son vuestras memorias, no las mías.

—En efecto; y en ellas Donjosé, en cuyas manos puse mi vida una docena de veces, juega un papel básico.

—Acepto la reprimenda.

—Merecida la tenéis. Cuando llegamos al barco le propuse que abandonáramos aquellas costas permitiendo que la corriente nos empujara lo más lejos posible de tanta crueldad y tanta sangre, pero se negó en redondo. Quería ayudar a quienes le habían ayudado y castigar a cuantos le habían hecho sufrir.



Capítulo IV

Permíteme que te lea algo y que me digas sinceramente si crees que se ajusta a la realidad:

> *«Las filas de indios se presentaban distribuidas en forma de hoz, unas aglomeradas detrás de las otras para dar densidad a aquella gran línea curva. El llano era inmenso, el paraje mismo en que ahora se erige la ciudad de Santiago de los Caballeros, un prado de césped, incrustado aquí y allá de feroces guijarros, y en la lejanía Cristóbal Colón observaba la batalla desde un altozano. El auténtico caudillo de las huestes era Ojeda que, aunque caballero, de hecho dirigía a la totalidad de la tropa.*
>
> *Las bombardas hendieron la muchedumbre india y partieron la clave de aquella especie de arco que hacía su ejército. Mas este era escaso adelanto en presencia de la abigarrada multitud de color de cobre, palpitante sobre la llanura de un crepitar ondulado de rebaño o de superficie movida del mar. Por doquier, el lujo de los penachos de plumas al viento delataba la posición de los caciques y señores. Un horizonte de flechas, casi redondo como el mismísimo horizonte, se abatía y tornaba incansable a abatirse en rededor de la escasa hueste española. Los mosquetes y las espingardas herían a la multitud india, pero era como una maza esgrimida contra un enjambre de insectos.*
>
> *Estaba ya en apuros la victoria cuando Alonso de Ojeda, con la gallardía del rey de los centauros, descendió del altozano a la llanura con los veinte jinetes a su mando. Los indios advirtieron la proximidad de aquellos jinetes con estupor, pues no eran hombres cabalgando bestias; eran el mito vivo. Penetraron en la masa india con la espada siempre delante y los ollares de los caballos espumosos, acompañados de una jauría de perros de presa que no iban en traílla y en cuerda, sino que cada perro*

precedía a un jinete. El caballo y el can eran algo tremendamente desconocido para la indiada; aún más que el estallido de la pólvora.

Se produjo la dispersión de la masa india y la consiguiente matanza de los fugitivos, ya por obra de la infantería castellana, ya de los jinetes que se adelantaban más. Ojeda hirió en la pierna el cacique Canoabó y tornó sin haber sufrido un rasguño. Por algo escribió Fray Bartolomé de las Casas que nunca jamás en su vida fue herido ni le sacó sangre hasta la obra de dos años antes de que muriese…».

—Por lo que yo sé se ajusta a la realidad —admitió Cienfuegos —. No tomé parte en esa batalla, pero he conocido a muchos que sí lo hicieron y todos coinciden en que fue Ojeda quien proporcionó la victoria. Jamás ha existido un hombre de su valor y carisma.

Soledad De La Cueva Espinosa cerró el libro, lo colocó sobre la mesa y mostró la belleza de su bien cuidada dentadura.

—¡Gracias! Mil gracias.

—¿Por qué?

—Mi padre había combatido a sus órdenes durante la conquista de Granada; lo admiraba tanto y hablaba tanto de él que llegué a convertirlo en mi héroe y amante imaginario, aunque en ocasiones me asaltaba la duda; nadie puede ser tan perfecto.

—No lo era, puesto que apenas me llegaba al hombro, pero excepto por ese detalle era el hombre más perfecto que he conocido.

—Casi me muero de un ataque de ira cuando supe que se había liado con la golfa de la princesa Anacaona.

—Anacaona no era ninguna golfa, sino la más hermosa, amable e inteligente de cuantas princesas hayan podido existir en cualquier lugar el mundo. Incluso a mí, estando como estaba tan enamorado de Ingrid, me resultaba difícil resistirme a su fascinación.

—¡La odiaba…!

—Admito que todas las mujeres tienen derecho a odiar a Anacaona… —Cienfuegos hizo una pausa durante la cual se regodeó en observarla con mucha atención de arriba abajo y, tras inclinar varias veces la cabeza en gesto de aprobación, añadió…—: Aunque tú menos que otras.

—Zalamero.

—Lo sería si estuviera intentando obtener algo de ti, y no es el caso. Que reconozca tus méritos no significa que esté dispuesto a compartirlos… ¿Un poco de cochinillo?

—Solo una pata… Me temo que voy a salir de aquí inmaculada pero hecha una vaca, aunque admito que lo estoy disfrutando; es la primera vez que no se lanzan sobre mí como locos intentando subirme la falda y bajarme el escote.

—Cuando lo hacen debes sentirte orgullosa, puesto que al fin y al cabo es la profesión que elegiste. Malo debe ser dedicarse a algo que nadie aprecia.

—¿Como qué?

—Cobrar impuestos.

—Ahí has dado en el clavo, ya ves tú. Mis clientes reciben placer a cambio de su dinero, pero el que paga impuestos tan solo recibe amarguras. Y ahora cuéntame algo más sobre Ojeda.

—De eso nada; tengo que pasarme la mayor parte del día hablando sobre mil cosas y es a ti a quien pagan por entretenerme. O sea que o me cuentas algo que valga la pena o te quedas sin trabajo.

—¿Algo picante?

—Algo divertido.

—¡Veamos…! Divertido fue, aunque las pasé muy putas, la noche en que el conde de Torres Blancas me llevó a su casa aprovechando que su familia se había ido de vacaciones. Decía que quería ver a una auténtica hembra totalmente desnuda sobre una cama ciertamente majestuosa. En eso estábamos, y tan ricamente, cuando se escucharon voces porque la familia volvía debido a que una de las niñas se había convertido en mujer inesperadamente.

—¡Vaya por Dios! Qué inoportuna.

—Me oculté en el desván y allí tuve que quedarme dos días y dos noches, calladita y más tiesa que un ajo porque el pobre conde era un pelanas y su mujer una foca avara, rica y poderosa.

—En cierta ocasión pasé por una experiencia semejante.

—Por suerte el conde era ingenioso; pagó a unos granujas para que introdujera ratas en la casa y llamó a un equipo de exterminadores que la llenaron de humo, por lo que pude salir camuflada. —La descarada muchacha no pudo evitar reírse a carcajadas al añadir—: Al llegar al desván se asombraron al ver el

tamaño de las deposiciones de las ratas.

—Donjosé odiaba con toda su alma a los aztecas, no solo por el sufrimiento que le habían causado, sino sobre todo por la inaudita maldad y sádica crueldad de sus actos. No concebía que unos padres pudieran inculcar a sus hijos aquel execrable placer ante la vista de la tortura, la sangre y la muerte, por lo que estaba decidido a castigarlos y ayudar a unos nativos que siempre le habían ayudado.

—Aclaradme una cuestión que me intriga: ¿por qué un senegalés se llamaba Donjosé?

—No tengo ni la menor idea.

—Pero le conocisteis bien.

—Ya os he dicho que fue uno de mis mejores amigos.

—¿Y nunca se lo preguntasteis?

—No.

—¡Sorprendente…! Continuad.

—Más nos vale. Como iba diciendo, quería castigarlos, en lo que me mostré de acuerdo, por lo que una noche pasamos a cuchillo a tres soldados que cometieron la imprudencia de quedarse dormidos en pleno bosque.

—¿Pretendéis decir que los asesinasteis mientras dormían?

—Si hubieran estado despiertos hubieran ofrecido resistencia, y no era cuestión de andarse con remilgos. Quien va a la caza de hombres indefensos se arriesga a que le cacen indefenso… Tan solo éramos dos contra millones. ¿Alguna objeción?

—Supongo que ninguna.

—Suponéis bien. Los enterramos, pero nos quedamos con sus armas y una semana más tarde prendimos fuego al granero de una ciudad vecina, dejándonos «olvidada» el hacha de uno de los difuntos.

—Astuta maniobra digna de Maquiavelo.

—¿Quién es ese?

—«Era» un italiano más listo que la cría de un lobo y una zorra. ¿Qué pasó a continuación?

—Que se organizó la de Dios es Cristo.

—¡Por favor…!

—¡Perdonad, Fray Anselmo! El resultado fue el comienzo de una guerra entre ciudades que nos encargábamos de alimentar desde la protección que nos daba la selva. Donjosé se entendía muy bien con

los nativos y el día que conseguimos liberar a la hija de un cacique que estaba destinada al sacrificio, la mayoría se pusieron a nuestra disposición. Enseñé a unos cuantos a silbar como gomeros, lo cual nos proporcionaba una gran ventaja en zonas montañosas. No es que fueran capaces de hablar con silbidos, eso hay que mamarlo de niño, pero conseguían transmitir mensajes que desconcertaban al enemigo. También intenté enseñarles a manejar la garrocha por los barrancos, pero uno casi se desnuca y otro se rompió una pierna.

—No todo el mundo tiene alma de cabra. Yo en cuanto me subo a una escalera tengo vértigo.

—¡Qué bobada…! El vértigo es muy fácil de combatir.

—¿Cómo?

—No mirando hacia abajo.

Don Bernardo Olivar, Marqués de Peñagrande, tuvo que hacer un esfuerzo para no arrebatarle el tintero a Fray Gaspar y arrojárselo a la cabeza a quien una y otra vez tenía la virtud de sacarle de sus casillas, pero tras apretar los dientes y acordarse de quién era, retomó la conversación en el punto en que le interesaba:

—¿O sea que os dedicabais a la guerra de guerrillas?

—Era la única posible frente a ejércitos tan bien organizados. Los hostigábamos sin preocuparnos por las consecuencias puesto que nada peor podían hacer de lo que siempre habían hecho. En ocasiones incluso llegábamos a ser más crueles que ellos.

—Difícil tarea.

—No cuando conoces los puntos débiles del enemigo. Aquellos sádicos hijos de mala madre no temían a las serpientes, los caimanes o los jaguares, pero les aterrorizaban los escorpiones, y en cuanto les colocabas uno sobre el pene comenzaban a gritar como locos.

—Comprensible.

—Cuando un escorpión te clava el aguijón en el pene, no solo te lo hincha y amorata, sino que te licua los cojones y te va envenenando de abajo arriba, de tal modo que adviertes como la muerte asciende lentamente…

—¡Por san Pedro, san Pablo y la Virgen María! —protestó una vez más Fray Gaspar de Vinuesa—. Voy a tener que salir a vomitar.

—Pues salid y vomitad porque así estaban las cosas por aquellos lares. Yo también vomité al ver la ensangrentada cabeza de una

niña rebotando de escalón en escalón ante el jolgorio de una multitud enardecida. Y añadiré algo más: capturamos a la mujer de un jefezuelo, una de las que mayor sadismo demostraba, y le introdujimos un escorpión en la vagina.

Fray Gaspar salió al jardín, regresó amarillo, tomó asiento y se sonó los mocos mientras casi sollozaba:

—¡Jamás imaginé que podría llegar a escuchar tal salvajada!

—Admito que implantamos el reino del terror en unos territorios que llevaban siglos bajo el imperio del terror, y que lo conseguimos a base de ir mucho más allá de lo que soñaron al hacerlo.

—La ferocidad no justifica la ferocidad.

Esa noche, tumbado en una inmensa cama de un inmenso dormitorio del inmenso palacio, Cienfuegos llegó a la conclusión de que el infeliz amanuense tenía justificadas razones para lamentarse.

Siempre se había considerado un hombre justo, pero sus años entre los aztecas habían quedado marcados en su mente como un período de desorbitada violencia que nada tenía que ver con la que se había visto obligado a utilizar en otros momentos difíciles de su ya de por sí difícil vida. Matar para lograr sobrevivir era una cosa; matar y disfrutar haciéndolo, otra muy diferente.

Y se veía obligado a aceptar que en ciertos momentos había disfrutado haciendo sufrir a quienes habían convertido el sufrimiento en una fiesta.

Ahora se avergonzaba; en realidad se había avergonzado desde el día en que abandonó el territorio de los mexicas, aunque admitía que mientras permaneció en él se comportó peor que cualquiera de ellos.

El horrendo espectáculo de aquella horda de energúmenos gritando, riendo y aplaudiendo cuando un corazón todavía latente caía sobre las brasas o la cabeza de una adolescente era atrapada en pleno vuelo como si se tratara de una mariposa, había conseguido que afloraran sus peores sentimientos, aquellos que nunca sospechó que pudieran existir y que habían surgido sin control, como si la simple visión de un acto violento desencadenara como reacción otro acto aún más violento.

Siempre se había esforzado por olvidar los tenebrosos tiempos en que se comportó como una bestia cegada por la ira y nunca quiso mencionar a nadie cuanto había visto, dicho y hecho durante

aquella nefasta etapa de su existencia, pero ahora, y por culpa de un solemne juramento, se veía obligado a contar cuanto sabía y se avergonzaba de sí mismo.

¿Quién era el hombre capaz de introducir un escorpión en la vagina de una mujer y dónde se había ocultado hasta aquel día?

¿Y dónde podría volver a esconderse?

Tan solo una idea le consolaba: jamás, en ninguna otra circunstancia, habría hecho nada semejante.

Capítulo V

—La selva y la protección de los nativos nos permitían continuar en la lucha, pero varios de nuestros hombres cayeron en una emboscada y no tardamos en comprender que nos estaban traicionando.

—Mala cosa es esa.

—La peor cuando te estás arriesgando por quienes ni siquiera son de tu familia, tu país o tu raza, o sea que mi primera reacción fue regresar al barco y mandarlo todo a tomar por culo.

—Eso sí que no puede transcribirse.

—Pues poned «A tomar viento».

—Suena mejor.

—Pero que sea viento del norte.

—¿Y eso por qué?

—Porque suele ser más fresco.

—¡Dejaos de banalidades, por favor! —suplicó don Bernardo—. Pasáis de lo más espeluznante a lo más trivial en un suspiro. Se diría que estáis jugando a la rayuela, y que yo sepa no sois Dante Alighieri.

—¿Y qué tiene que ver Dante con esto?

—¿Habéis leído «La Divina Comedia»?

—No.

—Pues leedla y lo comprenderéis.

—¡De acuerdo! Conseguidme un ejemplar y cuando lo haya leído seguiremos. No me gusta hablar de lo que no conozco.

—Continuáis siendo fastidiosamente impertinente, pero no me queda más remedio que soportaros, o sea que volvamos a la línea de salida. Alguien os traicionaba. ¿Conseguisteis desenmascararlo?

—El chamán nos obligó a desnudarnos y acuclillarnos en torno a una hoguera, nos dio un brebaje amargo y al poco aquello era una mezcla de pocilga y gallinero porque se nos habían soltado los

esfínteres y la lengua, parloteábamos sin parar, nadie parecía responsable de sus actos y contestábamos en el acto a cuanto se nos preguntaba.

—¿Una pócima que obligaba a decir la verdad…?

—Que impedía mentir.

—Viene a ser lo mismo.

—En absoluto. Si no conoces la verdad nada ni nadie te puede obligar a decirla. Pero mentir exige un esfuerzo que aquel diabólico brebaje te impedía realizar porque era como si te hubieras quedado sin voluntad propia.

—¡Interesante…! Muy interesante. ¿Por casualidad no tenéis alguna idea de cuáles eran sus ingredientes?

—Si la tuviera no sería por casualidad sino porque me había esforzado en conseguirlo ya que soy consciente de su valía. Pero no; el maldito viejo no soltaba prenda.

—¡Comprensible! ¿Qué pasó?

—Una muchacha no tardó en reconocer que estaba recibiendo regalos del cacique de Teixcal, por lo que la sentenciaron a la muerte más dulce.

—¿Qué clase de muerte es esa?

—La que he dicho, la más dulce. La embadurnaron de miel y la ataron a cuatro estacas en un claro de la selva para que la devoraran las hormigas.

—¡Salvajes!

—¿Salvajes…? Era culpable de la muerte de media docena de valientes que luchaban por salvar a su pueblo. Por muchísimo menos he visto quemar en Toledo a muchachas de su edad. ¿Acaso son las llamas menos dolorosas que las hormigas?

—Si nos enfangamos en un alegato de comparaciones nos estaremos alejando del objetivo de este encargo.

—Las comparaciones forman parte de cualquier tipo de diálogo porque es necesario que exista un punto de referencia.

—Pero es que siempre comparáis con la Santa Inquisición.

—Porque es lo que tengo más a mano, e intento dejar bien sentado que el pueblo azteca es el más bárbaro y sanguinario que he conocido, pero eso no presupone que en muy determinados aspectos no estemos libres de culpa.

—¡Haya paz! —suplicó Fray Gaspar—. Aspiro a no morir de

viejo transcribiendo esta historia, o sea que atengámonos a los hechos.

—Los hechos son que el cacique de Teixcal merecía un castigo, pero resultaba inaccesible puesto que rara vez abandonaba una fortaleza coronada por una pirámide de unas veinte brazas de altura…

—Quien no sea marino no sabrá a qué nos estamos refiriendo…

—Una braza es aproximadamente lo que mido, por lo que para llegar a la cima había que ascender por una escalinata de casi doscientos peldaños y en cada descansillo montaban guardia tres hombres armados. Por suerte conseguíamos información de los nativos encargados de sacar los cadáveres y tirarlos a un barranco que se encontraba a poco más de una legua de distancia. Por ellos pudimos saber que Teixcal pasaba en la cima de la pirámide la mayoría de las noches.

—¿Y eso?

—Era un redomado hijo de puta, pero un magnífico astrónomo.

—¿Estáis pretendiendo decir que los mexicas saben de astronomía?

—Tanto o más que nosotros. Durante un par de meses conservé un libro hecho a base de cortezas de árbol en el que podía verse la bóveda del cielo con incontables estrellas y constelaciones. La verdad es que no entendía muy bien de qué iba todo aquello, pero parecía una especie de calendario.

—¿Y qué fue de él?

—¿Y yo qué sé…? Durante estos años han pasado por mis manos auténticos tesoros; oro, perlas, esmeraldas y diamantes, pero lo cierto es que embarqué hacia el Nuevo Mundo con un taparrabos y desembarqué con lo puesto.

—Eso no es cierto; embarcasteis siendo un muchacho ignorante y desembarcasteis siendo un hombre sabio.

—Confundís los términos, marqués; esos volúmenes contienen una enorme cantidad de conocimientos, pero ni una sola línea de sabiduría.

—Estoy en total desacuerdo, pero no he venido desde tan lejos para discutir, sino para conducir a puerto seguro un barco cargado de auténticos tesoros. ¿Qué pasó con Teixcal?

—Que al fin llegó una noche apropiada, de luna en creciente y

muchas nubes, por lo que…

—¿Por qué ese tipo de noche se os antojó apropiada?

—¡Qué paciencia, Señor…! Porque las nubes impedían que me vieran mientras trepaba por la parte trasera de la pirámide, a la par que me permitían saber cuándo iba a asomar de nuevo la luna, lo cual me daba tiempo a ocultarme.

—A mi modo de ver esa es una clara demostración de sabiduría, pero prefiero evitar discrepancias. Os escucho.

—Poco antes del amanecer llegué a la cima y, tal como suponía, Teixcal ya dormía por lo que le degollé, me puse su sombrero y su poncho, y bajé por las escaleras sin que los centinelas me reconocieran.

—¡Increíble!

—No tanto. Esperaban que alguien subiera, no que bajara.

—Veo que os comportasteis más como gallego que como gomero.

—No os comprendo.

—¿Acaso no conocéis el dicho? «Si te encuentras a un gallego en una escalera nunca sabes si sube o baja».

—No lo conocía, pero me parece acertado; en «La Marigalante» había un par de gallegos que nunca sabías si iban hacia proa o hacia popa. Eran buena gente y trabajaban duro, pero no les entendía ni Dios.

—¿Qué es un poncho?

—Una manta a la que se le ha hecho un corte para pasar la cabeza. Es muy cómodo y te deja las manos libres al estilo de las togas romanas. Los mexicas los hacen de todos los colores, con dibujos y bordados, aunque no les llaman ponchos. Esa palabra es de pueblos de más al sur de los que hablaremos en su momento… Si es que aún me queda voz.

—¿O sea que asesinasteis a Teixcal y os fuisteis así, sin más?

—No lo asesiné; lo ejecuté, que bien merecido se lo tenía. ¿Y qué esperabais…? ¿Que me quedara a que sus esbirros me invitaran a «xocolhá»?

—Un elegante caballero quiere verte.

—¿Quién le recomienda?

La vieja alcahueta dejó sobre la mesa un doblón de oro con la imagen del emperador bien a la vista:

—¡Este!

—Es el que mayor confianza me merece. Hazle pasar.

El «elegante caballero», alto, fornido, de cuidada barba y largas patillas avanzó seguro de sí mismo y se inclinó a besarle la mano como si en lugar de ante una conocida meretriz se encontrara ante una auténtica duquesa.

—Tanto como me han hablado acerca de tu belleza y lo poco que han sido capaces de expresar… —Sonrió encantadoramente al añadir—: Pero les disculpo porque yo tampoco hubiera sabido hacerlo mejor.

—¡Buena lengua, a fe mía…! —se vio obligada a reconocer Soledad De la Cueva—. Confiemos en que sea tan hábil en todos los aspectos.

—No sería por falta de interés, pero por desgracia no va por esos derroteros la razón de mi visita… ¿Puedo sentarme?

—Si te encuentras más cómodo que en la cama…

—Cada mueble tiene su momento y su función. Y este es momento de hablar de negocios.

—Poco entiendo de negocios, pero no me importaría saber a qué clase de negocios te refieres siempre que antes me digas quién eres y de dónde vienes.

—Me llamo Hugo Beria y poco importa de dónde vengo, aunque lo que sí puedo aclararte es que allí hay muchas como esta.

La prostituta de altos vuelos acarició la moneda como si se tratara de un ser vivo.

—Tan solo existe un tacto más suave; el de la piel de mi hijo. Pero la experiencia me enseña que en ocasiones este tacto abrasa, o sea que déjate de monsergas y vayamos al grano. ¿Qué es lo que buscas?

—Información.

—¿Sobre cómo hacer disfrutar a un hombre? De eso entiendo.

—De otro tipo…

—¿Relacionada con mis visitas a palacio?

—Más o menos.

—Deduzco que me estás proponiendo que traicione a un amigo, por lo que te aconsejo que cojas tu dinero y te largues.

—No estoy tratando de obtener secretos militares; tan solo intento evitar que los barcos naufraguen y sus tripulantes mueran.

—Admito que conocer las rutas, los vientos y las corrientes evita que los barcos naufraguen y sus tripulantes mueran, pero esos conocimientos han costado cientos de vidas que no se pueden pagar con doblones de oro… —La dueña de la casa le indicó la puerta con un gesto autoritario—. Y ahora vete, y vete de Sevilla porque si sigues aquí acabarás en la horca.

—¡De acuerdo! Me iré, pero quiero que sepas que tu hijo ha cometido la imprudencia de subirse a un barco, y en estos momentos navega hacia Dios sabe dónde… —Ya en la puerta de volvió para saludarla ceremoniosamente—: De ti depende que vuelvas a o no a saber de él.

—A los caciques les ofendió que un grupo de «salvajes» comandados por un negro y un pelirrojo hubieran cometido la osadía de enfrentarse al poderío azteca ajusticiando a uno de los suyos, por lo que se tomaron muy en serio la tarea de perseguirnos y aniquilarnos allí donde quiera que nos encontrásemos.

—Supongo que no esperaríais otra cosa tras tan descarada forma de comportaros.

—La esperábamos y sufrimos las consecuencias, pero por suerte la diosa fortuna acudió en nuestra ayuda en forma de un fabuloso yacimiento.

—¿Oro?

—Mejor aún.

—¿Diamantes…?

—Mejor aún…

—¿Qué hay mejor que el oro o los diamantes?

—El salitre.

—¿Salitre…? —repitió Fray Anselmo, al que al parecer le costaba trabajo entender de qué demonios iba todo aquello.

—Salitre de primera calidad, y como en las proximidades de los volcanes abundaba el azufre y teníamos todo el carbón que pudiéramos necesitar, lo único que me faltaba era tener en cuenta las enseñanzas de los artilleros y recordar en qué proporción debían mezclarse para que el resultado fuera el deseado.

—¿Estáis hablando de pólvora?

—¿Qué otra cosa surge de la unión de esos tres elementos…? —fue la rápida respuesta acompañada de una pícara sonrisa—. Dediqué cinco largos días a hacer mezclas hasta que acerté con las

proporciones adecuadas, por lo que llené una vasija con pólvora y piedras, aplicándole una mecha fabricada con un cordón impregnado en resina y recubierto de pólvora.

—¿Una bomba casera…?

—Muy elemental pero muy práctica. Era más el ruido que hacía que el daño que causaba pero… ¡Qué ruido! Los nativos echaron a correr y cuando regresaron lo hicieron asegurando que era un gran brujo que había conseguido encerrar al espíritu del trueno y sabía cómo dejarlo escapar cuando quería. Lo que no les gustaba era que después del trueno no cayera agua sino piedras.

—¿O sea que introdujisteis las armas de fuego entre los aztecas?

—De una forma harto rudimentaria, pero bastante eficaz, por lo que una noche en que estaban celebrando que habían realizado una gran matanza les lanzamos una treintena de vasijas de las que casi la mitad no estallaron, pero que causaron una auténtica masacre y una estampida de hombres y mujeres, tan aterrorizados que apenas ofrecían resistencia cuando les abríamos el cráneo con un hacha o les hundíamos una lanza en las tripas.

—Se diría que os regodeáis relatando tales acontecimientos —le hizo notar don Bernardo Olivar—. Y eso me inquieta.

—Si os inclina a pensar que tengo malos instintos os equivocáis. Nunca antes había disfrutado causando daño, pero algo diabólico deben tener las pirámides porque a su sombra los seres humanos se transforman.

—Extraña teoría.

—Pero con una base cierta. A lo largo de casi tres mil años millones de egipcios murieron levantando gigantescas pirámides con el único fin de que reposaran los hediondos despojos de tiránicos faraones, mientras al otro extremo del mundo miles de inocentes son sacrificados por los caciques mexicas. A mi modo de ver las pirámides constituyen la perfecta representación de la tiranía puesto que la totalidad queda aplastada a la mayor gloria de uno solo, llámese faraón, rey, cacique o emperador.

—Por enésima vez os aconsejo que contengáis vuestra lengua.

—Y por enésima vez os contesto que mi lengua, o se mueve libre o no se mueve. Admito que todos estamos al servicio de la mayor gloria de Su Majestad, pero que lo admita no significa que me guste… —Movió de un lado a otro la cabeza señalando los cuadros,

las lámparas y los muebles antes de añadir—: Aquí dentro hay demasiada riqueza que pocos disfrutan, mientras que ahí fuera hay demasiada miseria que muchos padecen. Como solía decir Donjosé: «la mayoría de los palacios no se construyen para los reyes, sino para los palaciegos».

—En eso puede que tuviera razón puesto que pocos reyes hemos visto por aquí últimamente.

—Ni falta que hacen. Cada rey arrastra tras de sí un centenar de lameculos, porque sabido es que en la corte más gana el bufón que el sabio, y en eso los mexicas no se diferencian mucho de nosotros. Uno de esos bufones, una bola de grasa tatuada de los pies a la cabeza, se divertía capando a los que estaban a punto de ser decapitados. Cuando conseguí atraparlo intenté castrarlo pero me resultó imposible; ya lo estaba.

—Ahorradme los detalles de cómo le hicisteis pasar a mejor vida.

—Su ejecución no tiene historia, aunque reconozco que la encaró como si en verdad tuviera un par de cojones. A mi modo de ver los aztecas tienen incontables vicios, pero una gran virtud: no son cobardes.

—¿Y tenéis alguna explicación en cuanto se refiere a su obsesión por la muerte?

—No creo que nadie pueda explicar la razón de tales aberraciones, y yo menos que nadie. Cuando estalló la epidemia y morían como moscas…

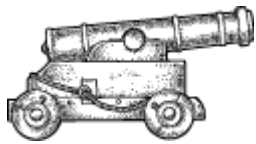
—¿Qué epidemia…?

—La que provoqué sin desearlo. Una noche bajaron bruscamente las temperaturas pese a lo cual me fui a nadar al río, y al día siguiente tenía un poco de fiebre; nada grave, un pequeño resfriado que me obligó a quedarme en cama cuatro días… —Se interrumpió y quedó absorto como si de improviso la importancia de los recuerdos le hubiera dejado mudo y Fray Anselmo, que era quien más cerca se encontraba, hubiera jurado que una lágrima corría por sus mejillas—. ¡Fue espantoso! —añadió al fin—. Comenzaron a enfermar, se lo fueron transmitiendo unos a otros y casi la mitad murieron.

—¡No es posible!

—Lo es. Para mi desgracia lo es. Donjosé también estuvo

postrado una semana, pero al recuperarnos nos encontramos rodeados de cadáveres o moribundos puesto que los que conseguían mantenerse en pie habían huido a lo más profundo de la selva. A partir de ese momento nos consideraron apestados.



Capítulo VI

Esa noche Cienfuegos apenas pudo dormir y buenas razones tenía, puesto que se había visto obligado a hablar de la epidemia y ello le había traído a la mente a la mujer que en aquellos tiempos ya lejanos compartía su vida y al hijo que esperaban.

La había visto morir empapada en sudor, mordiéndose los labios y haciendo esfuerzos por traer al mundo a una criatura que a su vez se esforzaba por salir al mundo que su madre estaba a punto de abandonar.

No lo había conseguido por cuestión de minutos y Cienfuegos aún recordaba cómo los dos corazones dejaban de latir casi simultáneamente.

Primero fue el grande, de latidos acelerados, podría decirse que casi desesperados debido a la angustia propia de una mujer que luchaba hasta el último instante por ser madre, y al poco fue el pequeño, que debió rendirse al advertir que quien se lo había dado todo ya no podía darle nada.

¿Dos vidas y una sola muerte, o dos muertes y una sola vida?

Aquellas eran preguntas que siguió haciéndose durante años y que no quiso hacerle a nadie porque no creía que nadie pudiera darle una respuesta.

Donjosé acudió en su ayuda y cavaron una profunda fosa para que las fieras no perturbaran el largo sueño de una madre y del hijo que aún llevaba en las entrañas.

Los enterraron en el centro de una inmensa plantación de maíz porque, según una tradición local, las raíces de la planta se ocuparían de alimentarlos en el «Más Allá».

Para los mexicas, así como para un gran número de los pueblos de la zona, el maíz constituía la base de su alimentación y sin él jamás hubieran logrado prosperar.

La tierra era generosa, el clima cálido y el agua abundante, pero

probablemente ningún otro cultivo habría conseguido satisfacer a millones de estómagos hambrientos, por lo que cuando llegó el momento de volver a contar sus andanzas, Cienfuegos comenzó diciendo:

—Si entrara en mis atribuciones dar consejos a Su Majestad, uno de los primeros sería hacer traer semillas de maíz y procurar que se aclimatasen a nuestros campos puesto que no he visto nada que rinda tanto con tan escaso esfuerzo.

—Naturalmente que entra en vuestras atribuciones dar consejos, y en realidad lo que estáis haciendo no constituye más que una larga lista de consejos que tan útiles deben ser en la guerra como en la paz. —Don Bernardo Olivar parecía absolutamente sincero al añadir—: Nuestra misión en el Nuevo Mundo no solo debe ser enseñar, sino sobre todo aprender, dado que siempre son más las cosas que podemos aprender que las que podemos enseñar.

—Me alegra oírlo porque esa planta que crece tan alta y tan compacta que permite ocultarse mejor que en el más espeso bosque produce mazorcas con casi doscientos granos cada una, y con esos granos los mexicas hacen harina y tortas parecidas al pan. Cuando se tuestan de un cierto modo estallan y se convierten en lo que llaman «palomitas blancas» que encantan a los niños.

—Se diría que estáis hablando del «maná» que salvó a los judíos en su travesía del desierto.

—Por lo que alguien me contó, el «maná» que caía del cielo eran langostas de las que vuelan que los judíos se comían porque no les quedaba otro remedio. Esto es distinto; cada grano de maíz pesa tres veces lo que uno de trigo y resiste mucho más tiempo almacenado.

Su interlocutor se dirigió ahora a los amanuenses:

—Subrayad cuanto se refiere a ese milagroso maíz porque en verdad considero que tan importante es alimentar al pueblo como extender sus fronteras, y si tan solo la mitad de lo que este hombre asegura es cierto, se convertirá en el alimento del futuro. ¿Qué más podéis decirme de los mexicas?

—Que no conocen la rueda.

—¿Que no conocen la rueda? —repitió un incrédulo Fray Gaspar.

—En realidad ningún pueblo del continente la conoce, y como

los mexicas no tienen caballos, burros, bueyes, ni cualquier tipo de bestia de carga, lo transportan todo sobre sus espaldas. Agobia verlos.

—Pero habéis dicho que más al norte existen inmensas manadas de bisontes.

—A unas quinientas leguas con una selva de por medio, y no creo que los bisontes pudieran aclimatarse a aquel calor y aquella humedad.

—Veo que sois muy perspicaz.

—No es necesario ser perspicaz cuando las cosas están a la vista. Cualquier campesino analfabeto transporta sus ladrillos en una vulgar carretilla, pero esos inteligentes constructores de grandiosas pirámides tienen que cargar los pesados bloques de piedra entre todos.

Don Bernardo Olivar se volvió ahora a Fray Gaspar de Vinuesa:

—¿Cuánto tiempo hace que los egipcios usaban carros de guerra? —quiso saber.

—Calculo que casi tres mil años.

—¿Y los chinos…?

—Otro tanto.

—A menudo me asombra que ese inmenso continente haya surgido de la nada, como por arte de magia, tan admirable en algunos aspectos y tan detestable en otros —se dirigió ahora a Cienfuegos—. Pero lo que sí tengo claro es que me corroe la envida al escucharos, puesto que habéis tenido el privilegio de conocerlo a fondo.

—Os corroe la envidia porque os encontráis aquí, escuchando con un vaso de vino en la mano, y porque la palabra horror no expresa ni la milésima parte del auténtico horror que llegué a experimentar en demasiadas ocasiones. Tal vez alguien invente algún día un lenguaje realmente apropiado, pero de momento no existe, por lo que prefiero continuar con mi historia a partir del día en que decidimos dejar atrás a los mexicas y los mayas.

—Como gustéis.

—Gracias. Fue un alivio hacernos de nuevo a la mar pese a que nos sintiéramos culpables por haber causado una epidemia que estaba diezmando a los nativos sin saber si afectaría de igual modo a sus tiranos.

—¿Os hubiera servido de consuelo?

—Maliciosa pregunta es esa, don Bernardo. En exceso maliciosa. Admito que he matado a muchos hombres y que a algunos muertos podría habérmelos ahorrado, pero la idea de que mujeres y niños murieran porque en cierta ocasión se me ocurrió nadar a deshora me persigue. Y supongo que me perseguirá hasta la tumba.

—No tuvisteis la culpa. Es más; me sorprende que un simple resfriado pueda ocasionar tal desastre, y me ocuparé de consultar con los doctores de la corte sobre la posibilidad de que tales cosas ocurran.

—Dudo que esos doctores puedan dictaminar sobre algo que ha sucedido tan lejos, pero os agradezco la intención. También a nosotros nos afectaban fiebres y malestares que ellos superaban sin dificultad.

—Resulta comprensible que este tipo de cosas ocurran cuando dos mundos tan distintos colisionan —señaló el marqués—. Y pensándolo bien me preocupa que por cada enfermedad que llevemos nos devuelvan otra, aunque eso es algo que únicamente el tiempo podrá aclarar. ¿Por dónde andábamos?

—Dejando atrás a los mexicas y los mayas… —puntualizó Fray Anselmo.

—¡De acuerdo! Nos hicimos a la mar, donde los vientos y las corrientes seguían empujándonos hacia el sur y a menudo teníamos que esforzarnos para impedir que nos alejaran de la costa puesto que no teníamos ni la menor idea de qué tamaño podía tener aquel mar, océano, o lo que quiera que fuese.

—¿Vuestra impresión personal?

—Que es inmenso, al menos en lo que se refiere de norte a sur, pero no creo que ni yo ni nadie pueda deciros cuánto mide de este a oeste.

—Según el Almirante, China debería estar muy cerca.

—Con todos mis respetos, el Almirante se equivocaba de parte a parte. Constantemente consultaba el libro de «Los viajes de Marco Polo», tomando notas en los márgenes e intentando hallar rasgos orientales en cuanto nativo encontrábamos, pero le aseguro que jamás he visto un solo amarillo o unos ojos rasgados en todo el Nuevo Mundo.

—Me lo temía.

—Hay más chinos en Córdoba que allí, por lo que, en mi modesta opinión, y que quede claro que tan solo es una opinión personal, estamos más cerca de Cuba que Cuba de China.

—¡Vaya por Dios!

Capítulo VII

Soledad de la Cueva Espinosa le arrebató el cigarro, le dio una calada, tosió y tras meterse entre pecho y espalda un copazo de coñac que al parecer le estaba haciendo mucha falta, señaló:

—Realmente lo siento porque eres un encanto y lo paso muy bien charlando, comiendo, bebiendo y jugando a las cartas contigo, pero no puedo volver.

—¿Y eso…? Si no te pagan lo haré yo.

—No se trata de dinero, cielo; es el más cómodo y limpio que he ganado nunca.

—¿Un novio celoso?

—En absoluto. Pero alguien sabe que vengo a verte tres veces por semana, pretende que te sonsaque información y tiene retenido a mi hijo, por lo que la única forma de conseguir que le suelte es dejar de venir.

Cienfuegos recuperó su cigarro, comenzó a comer uvas, que iba eligiendo una por una, y por último metió el dedo índice en una tarta de crema y se lo chupó con exagerada delectación.

—¿Por qué tienes que hacer tonterías y marranadas en un momento tan importante como este? —protestó ella.

—Me ayudan a pensar.

—¡Lógico! Los puercos piensan mientras hacen marranadas. ¿Te ha servido para algo?

—Estoy en ello.

—Pues ya me avisarás…

La hermosa meretriz se puso en pie dispuesta a marcharse, pero Cienfuegos la retuvo aferrándola por la muñeca.

—¡Tranquila…! Si dejaras de venir le haría daño al chico porque ya no le serviría de nada y podría implicarlo en un secuestro, pero mientras le proporciones información le tratará bien.

—¿Pero qué clase de información puedo proporcionarle?

—La que me sonsaques.

—Eso sería traición, y yo puedo ser puta pero no traidora.

—No te pongas melodramática, cielo; no te va el papel. Pero si sabes interpretar lo que estoy pensando le vamos a convencer de que el Almirante tenía razón.

—No entiendo muy bien lo que quieres decir.

—Que tan solo existe algo peor que no conocer el camino: avanzar por uno equivocado.

—¿O sea que le proporcionaría datos falsos?

—Pero creíbles…

—¿Como cuáles?

—Aún no lo sé, pero tienen que ser tan falsos como creíbles, y en eso tuve el mejor maestro, el mismísimo Cristóbal Colón, que era un auténtico genio en el arte de las medias verdades y las casi mentiras. Buscaré un cebo que me permita mantenerle entretenido hasta que lo ahorquemos cabeza abajo por pederasta.

La encantadora prostituta dio un ligero respingo visiblemente alterada.

—¿Qué quieres decir?

—Que le daremos lo que se merece por secuestrar niños. Si, como el marqués asegura, en estos momentos soy uno de los hombres más importantes del imperio, justo es que proteja a los míos. Mañana hablaré con él.

Lo hizo, sin la presencia de los amanuenses, y don Bernardo estuvo de acuerdo en que la mejor manera de mantener cerca a los secuestradores era proporcionarles información hasta que mordieran el anzuelo.

—¿Y cuál será el cebo?

—El mismo que utilizaba el Almirante: la posible existencia de un paso entre las islas que conduzca directamente al Cipango.

—Pero sabéis mejor que nadie que ese paso no existe.

—Yo nunca he dicho que no exista… —la corrigió de inmediato el gomero—. He dicho que nunca lo he encontrado, que no es lo mismo.

—Pero lo habéis buscado y, sin contar a los frailes y a mí, que jamás diremos una sola palabra al respecto, sois el único que sabe que existe otro océano.

—Razón de más para hacer creer que, en efecto, existe ese canal.

Y ya va siendo hora de hacer entrar a los escribanos y continuar con nuestro trabajo.

Cuando al poco rato tanto Fray Gaspar como Fray Anselmo asintieron con la cabeza señalando que se encontraban preparados para no perder ni una sola palabra, colocó una vez más los pies sobre la mesa mientras inquiría:

—¿Por dónde íbamos?

—Os habíais hecho a la mar huyendo de las consecuencias de la epidemia…

—¡Gracias! Tal como iba diciendo, los vientos y las corrientes nos empujaban hacia el sur y nos separaban de la costa, lo cual nos obligaba a maniobrar continuamente, preocupados por la idea de alejarnos de tierra firme e internarnos en aguas en apariencia tranquilas pero a nuestro modo de ver amenazantes.

—¿Por qué amenazantes?

—Por su propia tranquilidad. ¿Conocéis el dicho «Del agua mansa líbreme Dios, que de la revuelta me libraré yo»? Habíamos navegado entre tormentas, padeciendo el azote de los violentos huracanes que suelen asolar el Mar de los Caribes, pero aquella silenciosa amenaza era distinta; era como si un cóndor nos estuviese acechando…

—¿Qué es un cóndor?

—Un ave de presa de casi dos metros envergadura. La mayor que existe.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Ni volveréis a oírlo si no me permitís continuar mi relato sin interrumpirme a cada paso. En aquellos momentos lo que nos preocupaba era mantenernos a menos de una legua de la costa a base de maniobrar con el escaso velamen de que disponíamos. En cierta ocasión avistamos una gran ensenada y nos aproximamos con la esperanza de que fuera el dichoso canal que tanto ansiábamos, pero por desgracia tan solo se trataba de la desembocadura de un río plagado de caimanes. ¡Odio a los caimanes!

—¿Y quién no…?

—Las caimanas…

—¡Por favor…!

—Una mañana, cuando nos encontrábamos como de costumbre a una media legua de la costa, surgieron de la espesura dos canoas

ocupadas por una veintena de guerreros que venían hacia nosotros con una actitud tan agresiva que me hicieron recordar a los caníbales, por lo que de inmediato pusimos proa a mar abierto, puesto que siempre resulta preferible morir ahogado que a la brasa.

—¿Pero se trataba de auténticos caníbales?

—Como comprenderá no nos detuvimos a preguntárselo intentando escapar como conejos, pero aquellos galgos tenían más de veinte brazos que remaban a un ritmo endiablado. ¡Y cómo gritaban…! —El gomero se interrumpió con el fin de observar con el ceño fruncido a Fray Anselmo y reclamarle—: ¿Qué os ocurre…? Hace rato que no os he visto escribir ni una palabra.

—Es por la emoción del momento.

—A quien querían comerse era a mí, no a Vos. ¿De qué sirve que me quede ronco si no se transcribe?

—Lo siento.

—Os perdono porque demuestra que soy un buen contador de historias. Peor sería que os hubierais dormido. Como venía diciendo, aquellos energúmenos a los que el fuelle no se les iba por la boca, porque a cada instante los teníamos más cerca, podían ser o no ser «comegente», pero desde luego no eran amigos más que entre ellos. Los que iban en proa aprestaban sus lanzas, por lo que en cuanto se pusieron a tiro les dimos la bienvenida con una de las vasijas de pólvora, lo cual no les hizo la más mínima gracia.

—Es de suponer.

—Unos sangraban, otros gritaban y se organizó tal guirigay que desestabilizaron la canoa, por lo que al poco se encontraban en el agua empujándose los unos a los otros en un desesperado intento por trepar a la embarcación, que acabó por volcarse, con lo que de inmediato hicieron su aparición una docena de tiburones martillo.

—¿Qué clase de tiburón es esa?

—Una muy fea que tiene la cabeza alargada y los ojos en los extremos; una especie de monstruo que en aquellas aguas abunda de un modo sorprendente.

—¿Podríais dibujarlo?

—¡Naturalmente…!

Le pidió prestada la pluma a Fray Anselmo y trazó, con mayor o menor fortuna, la silueta del sanguinario depredador.

El marqués la observó largo rato para acabar señalando:

—La verdad es que resulta estrafalario, pero con los ojos en los extremos de esas protuberancias debe tener una visión completa, hacia arriba, hacia abajo, de frente, de lado y hacia atrás.

—El maldito lo ve todo y te arranca una pierna o un brazo de un solo mordisco, por lo que cuando los de la segunda embarcación comprobaron que el agua se teñía de rojo y sus amigos aullaban dudaron tan solo unos instantes antes de dar media vuelta y volverse por donde habían venido.

—¿Qué les ocurrió a los náufragos?

—Lo que les suele ocurrir a los náufragos: acaban de comida para peces, sean estos grandes o pequeños. ¿O esperabais que los invitáramos a subir a bordo?

—Tal vez un acto de compasión os hubiera proporcionado amigos o aliados.

—En aquellas tierras y aquellas aguas no hay tiempo para el «tal vez», el «quizás» o el «puede ser». Son lugares de «sí» o «no», en los que a menudo tienes que decidir en un pestañeo, por lo que nos alejamos antes de que la sangre nos llegara al casco debido a que si llegaba tendríamos mala compañía durante el resto de la singladura. Esas jodidas bestias perciben la sangre a media legua y le siguen el rastro durante horas.

—¿Cómo podéis saberlo?

—Porque me han seguido a menudo. Dos días más tarde comenzó a diluviar de tal modo que resultaba difícil decidir si había más agua bajo la quilla que sobre la cofa, a babor o a estribor. Era tal la humedad del ambiente que se nos mojó la pólvora, y todo el mundo sabe para qué diablos sirve la pólvora mojada. Nos encontrábamos indefensos ante un posible ataque por lo que a nuestro pesar decidimos alejarnos de una costa, que a cada paso se distinguía más agreste… —Cienfuegos hizo hincapié en el detalle—. Subrayad esa parte, puesto que según mis cálculos aquel era el punto más cercano al Mar de los Caribes.

—¿En qué os basáis para tal afirmación?

—En las apreciaciones de quien llevaba tantos años durmiendo al raso. La única absolutamente fiable es la Estrella Polar, pero hay otras que te ayudan a no perderte. Cuando dejaba de llover miraba al cielo y lo que veía se asemejaba a lo que veía en Cuba, y Donjosé, que mucho había navegado y mucho había dormido al raso, estaba

de acuerdo.

—Pues como no soy quién para discutir de astronomía, continuad.

—Una noche distinguimos luces, desembarcamos en una pequeña ensenada, nos aproximamos con precaución y cuando amaneció comprobamos que se trataba de un pequeño poblado habitado por gentes de apariencia pacífica.

—¿Y cuál es la apariencia pacífica? Porque imagino que los agresivos no se despiertan empuñando armas y amenazando.

—Se ve que no habéis sido grumete a bordo de «La Marigalante»; el contramaestre daba coces incluso dormido. Lo importante era que en aquellos momentos nos encontrábamos agotados, en la embarcación no podíamos encender fuego porque todo estaba empapado y necesitábamos comer algo que no estuviera crudo junto a alguien que no quisiera cortarnos en rodajas.

—Os comprendo porque conozco esa sensación… —comentó Fray Gaspar.

—Pues lo siento por Vos porque es realmente desagradable. Llega un momento en que te da igual lo que te ocurra y necesitas confiar en un sexto sentido que te dicta que aquella gente te recibirá con afecto.

—¿Y lo hicieron?

—Especialmente las mujeres, que quedaron fascinadas por mi barba, pero sobre todo por Donjosé, sobre el que cayeron como moscas. Sus maridos, o lo que quiera que fuesen, se morían de risa.

—¿Se morían de risa viendo como sus mujeres acosaban a un extraño? —se horrorizó Fray Anselmo—. ¡Qué inmoralidad!

—Aquellas son gentes tan liberales como las que encontramos al llegar a las islas del Caribe. Cada cual se empareja con quien le apetece y cuando le apetece sin dar cuentas a nadie… —El gomero hizo una pausa antes de añadir—: Y le garantizo que son más felices que los que hacen un juramento de fidelidad del que no tardan en arrepentirse.

—Es decir, como las bestias.

—Como las bestias no —se apresuró a contradecirle—. La mayoría de las bestias, incluidos los humanos, luchan e incluso matan intentando formar harenes en los que a las hembras no les queda más remedio que someterse al poder del macho más fuerte,

sea o no de su agrado, lo cual provoca que los hijos no sean engendrados con amor sino con asco. Entre los habitantes de las Islas de las Perlas eso no ocurre.

—¿Las Islas de las Perlas? —repitió de inmediato del marqués—. ¿Así se llaman?

—Así las bautizamos, porque apenas te metes en el agua las encuentras grandes como garbanzos, y una muchacha «agradecida por los favores prestados» le regaló a Donjosé una con forma de pera del tamaño de un huevo de codorniz. ¡Jamás he visto nada igual!

—¡Caray con Donjosé!

—Habíamos llegado al Paraíso, sobre todo Donjosé, al que agasajaban como a un marajá, aunque en ocasiones le dejaban extenuado, porque se había corrido la voz y acudían mujeres de otras islas.

—Sigo opinando que no es un tema en absoluto adecuado. Deberíamos limitarnos a señalar que fueron recibidos amigablemente, lo que constituyó un bien merecido descanso en su ajetreada singladura.

—No resultó un descanso, pero sí un ajetreo, aunque admito que era lo que estábamos necesitando, sobre todo por el hecho de sentirnos protegidos. Por lo que pudimos averiguar, de tanto en tanto los atacaban grupos armados que llegaban de tierra firme en busca de perlas y mujeres, pero como los «pahamas» tenían montado un buen servicio de vigilancia, las cosas solían acabar en simples escaramuzas que apenas se cobraban un par muertos por bando.

—¿Tomasteis parte en alguna de ellas?

—No, porque ocurrían en las islas de levante y nos encontrábamos en las de poniente, a las que muy rara vez se aproximaban debido a que sus embarcaciones carecen de quilla y resultan muy inestables. Cuando en cierta ocasión sacamos nuestro barco a tierra con objeto de librarlo de «la broma»…

—¿Qué significa eso «de librarlo de la broma»?

—La «broma» no es ninguna broma; es un gusano de aguas cálidas que se alimenta de madera perforando y pudriendo los cascos de las naves, a tal punto que pueden hundirse cuando menos te lo esperas. Es necesario vararlas cada cierto tiempo y

«despiojarlas» con mucha paciencia matando a los bichos y taponando la entrada de los túneles con resina amarga.

—¿Conocen ese problema nuestros capitanes?

—Supongo que los que han navegado por aguas cálidas, sí. Y si no lo conocen es que no son dignos de mandar un barco de Su Majestad.

—Un planteamiento muy razonable —admitió el marqués—. Sigamos con el tema de la quilla. ¿Qué ocurrió…?

—Que a los «pahamas» les sorprendió mucho, acostumbrados como estaban a construir sus canoas a base de troncos vaciados a fuego. La idea de empezar una nave «al revés», es decir de abajo arriba, los desconcertó, pero muy pronto captaron la idea y me enorgullece asegurar que Donjosé y yo fuimos los introductores de la quilla entre los navegantes de la región. A cambio ellos nos enseñaron otras muchas cosas.

—¿Como qué?

—Los peligros que nos acecharían si decidíamos continuar nuestro viaje por tierra. Hacían dibujos en la arena y nos indicaban que si nos dirigíamos al este acabaríamos encontrando un nuevo mar (excuso decir que ya suponíamos que sería el de los Caribes), pero que las tribus que dominan la región eran extremadamente sanguinarias. Luego nos advirtieron que hacia el sur se extendía un fangal que nadie había conseguido atravesar porque estaba infectado de caimanes y serpientes.

—No eran ciertamente alentadores.

—Pero sí realistas, lo cual resulta muy de agradecer porque os aseguro que dicho lugar acabó resultando un territorio terrorífico en el que tanto los hombres como las bestias desaparecen. Se trata de un lodo tan espeso que no se puede navegar sobre él, pero tan líquido que no se puede caminar sobre él. ¿Me explico…?

Don Bernardo se señaló a sí mismo y a los dos religiosos.

—Supongo que intentamos hacernos una idea.

—Yo ya me la he hecho —aclaró Fray Anselmo—. Debe ser como el puré de lentejas del convento, pero con serpientes en lugar de gusanos.

—Y tan extenso como Andalucía, por lo que empezamos a acariciar la idea de dar por finalizado nuestro peregrinaje y quedarnos para siempre entre aquellas buenas gentes.

—Oído cuanto he oído, yo lo hubiera hecho.

—Porque no tenéis hijos. Sabido es que tiran más dos tetas que dos carretas, pero también lo es que la necesidad de ver a tus hijos te impulsa a acometer empresas harto descabelladas. En ello estaba, rumiando la idea de continuar solo, puesto que Donjosé parecía dispuesto a quedarse, lo cual no podía echarle en cara sabiendo como sabía que nadie lo esperaba en parte alguna, cuando ocurrió algo tan terrible que aún me cuesta asimilarlo… —El isleño permaneció largo rato en silencio, como si estuviera contemplando a través del ventanal una escena que no conseguía borrar de su memoria, por lo que no reaccionó hasta que don Bernardo estalló:

—¡Por todos los Santos! ¿Qué pasó?

—Que una muchacha, la que le había regalado la gran perla, esperó a que Donjosé se durmiera, le abrió la cabeza con un hacha y se ensañó apuñalando el cadáver como si se tratara de su peor enemigo.

—¡No es posible!

—Para mi desgracia lo es. Aquella preciosa criatura, casi una niña de rostro angelical, se había convertido en un demonio que reía y lloraba mientras gritaba a las demás mujeres que no se aproximaran puesto que Donjosé tan solo le pertenecía a ella… ¿Podéis creerme?

—¿Cómo no vamos a creeros cuando la madre del emperador se comportaba de un modo totalmente inapropiado por culpa de los celos y se encuentra encerrada en un convento? —El marqués amenazó con el dedo a los frailes—. ¡No escribáis ni una palabra de esto!

—No pensábamos hacerlo.

—Gracias… —se volvió de nuevo a Cienfuegos, para añadir—: Lo que me estáis contando me reafirma en mi idea de que el amor es el más maravilloso de los sentimientos, pero cuando se lleva a los límites de la pasión desbocada convierte el paraíso en un infierno. Y me sorprende descubrir que lo mismo ocurre en nuestro mundo civilizado que en uno del que nos separan dos mil años.

—Pues me temo que seguirán ocurriendo dentro de otros dos mil.

—¿Qué le hicieron a la muchacha?

—No lo sé.

—¿Y eso…?

—Comprendí que el ambiente se había enrarecido y ya no era el simpático e inofensivo barbudo que les enseñaba a fabricar barcos con quilla, sino uno de los intrusos que habían llegado a perturbar su pacífica existencia.

—¿Por lo que decidisteis marcharos…?

—En cuanto salió el sol, y dudo que nadie se haya sentido nunca tan desamparado como me sentí en aquellos momentos, perdido en un océano ilimitado y sin posibilidad de volver con los míos.

—Se supone que estabais acostumbrado.

—Se supone… Me dejé llevar por el viento y las corrientes puesto que nada más podía hacer, y en ocasiones me sorprendía a mí mismo pidiéndole a Donjosé que aflojara un cabo o fijara el timón. Pasaba mucho tiempo durmiendo y mucho más intentando dormir e incluso intentando no aceptar que estaba despierto. Si os dijera cuánto tiempo pasé en ese estado mentiría, y lo único cierto es que una mañana amanecí varado en un manglar, rodeado por medio centenar de cangrejos que confiaban en que les serviría de almuerzo y acabaron siendo el mío. Eran grandes como mi mano y pronto descubrí que eran lo único bueno de aquel lugar abominable, pues tal como los «pahamas» aseguraron, había llegado al lodazal, y en cuanto avancé veinte pasos comencé a hundirme en una pasta hedionda de la que parecían surgir mil manos que pretendían arrastrarme al fondo.

Tanto el marqués como los amanuenses escuchaban embobados, sin que se les pudiera echar en cara que estaban haciendo dejadez de sus funciones.

—Por suerte la selva era muy espesa, con altos árboles de gruesas ramas a las que pude trepar pasando de una a otra, comportándome más como simio que como humano, pero no tardé en detenerme puesto que una espesa neblina se estaba apoderando del bosque y apenas alcanzaba a verme las manos. Os aseguro que era aún peor de lo que me habían contado, un lugar tenebroso, sin duda el más abominable en que me haya encontrado nunca.

—Pues oído lo que llevamos oído resulta difícil imaginárselo.

—La niebla me había desorientado, llegó un momento en que me fue imposible determinar si el mar se encontraba delante o a mis espaldas y al fin las fuerzas me fallaron.

—No es de extrañar.

—Incapaz de tomar una decisión, corté unas lianas, me até al tronco del árbol e intenté dormir ansiando que al despertar me encontrara en cualquier otra parte, aunque fuera en el fragor de una batalla [1].

Capítulo VIII

—He recibido una información que, según se mire, puede considerarse buena o mala.

—Primero la parte buena.

—Que ningún barco zarpó de Sevilla el día que desapareció el muchacho.

—¿Y la mala?

—Que probablemente el hombre que visitó a su madre ha sido contratado por armadores interesados en saber lo que únicamente Vos sabéis.

—¿Y no hubiera sido más lógico secuestrarme a mí?

—Aquí estáis muy bien protegido y deben suponer que, de tener éxito, toda la información que les proporcionaseis sería falsa.

—En eso aciertan, pero necesito encontrar al muchacho. Tengo demasiadas muertes sobre mi conciencia por ignorante como para tener ahora una por sabiondo.

—Las órdenes de Su Majestad son tajantes: no podéis abandonar el palacio hasta que se haya documentado cuanto sabéis.

—No me parece justo.

—En demasiadas ocasiones los asuntos de Estado no son justos. Y este es un asunto de Estado.

Cienfuegos se vio obligado a aceptar que una docena de países tenían los ojos puestos en las tierras de poniente y cientos de mercaderes soñaban con una ruta más corta que los condujera al oro, las especias, los rubíes y las sedas de Oriente, por lo que frente a tales intereses poco valía la vida del hijo de una prostituta. No obstante, seguía siendo un hombre acostumbrado a enfrentarse a las adversidades, por lo que insistió:

—Me consta que el emperador os ha dado manos libres a la hora de llevar a buen término este asunto, y si pretendéis que cuanto se registre en esos legajos continúe ciñéndose a la verdad o no me

demore en exceso a la hora de proporcionar datos importantes, os aconsejo que me ayudéis a traer de vuelta a casa al muchacho. Mi memoria se debilita con las preocupaciones y el bienestar de ese chico me preocupa.

Su interlocutor lo conocía lo suficiente como para saber que hablaba en serio y que había una gran diferencia entre un relato hecho con buena voluntad y otro a regañadientes.

—¡De acuerdo! —admitió—. Os ayudaré porque también me siento en cierto modo culpable; fui yo quien eligió a su madre para que os hiciera compañía.

—Y bien elegida estuvo, por cierto; es dulce, inteligente y divertida, aunque con las cartas en la mano es una maldita harpía. Me gana siempre.

—No me extraña. Os he visto jugar y sois malo a rabiar.

—No es que sea malo; es que tengo mala suerte.

—¿Mala suerte quien ha sobrevivido a tantas vicisitudes? —le espetó sin el menor miramiento don Bernardo—. Lo que ocurre es que en cuanto tenéis buenas cartas sois como un podenco olfateando una perdiz; se os ensanchan las aletas de la nariz, se os enrojecen las mejillas y lo único que os falta es levantar una pata y estirar el rabo.

—Ahora me lo explico.

—Y tened en cuenta que os enfrentáis a una maestra del disimulo capaz de convencer a un octogenario de que lo quiere por sus encantos y no por su dinero.

—¡Si será mala pécora…! ¿Qué podemos hacer?

—Respecto a ganarle a las cartas, nada.

—¿Y respecto al chico?

—¿Pretendéis que me juegue la cabeza?

—Si es necesario…

Don Bernardo Olivar se maldijo por haber tenido «la genial idea» de proporcionarle a su huésped compañía femenina sin detenerse a pensar que aquel huésped no era de los que solían babear por cualquier mujer, pese a que esta exhibiera el portentoso trasero y los exuberantes pechos de Soledad De la Cueva.

Se había acabado metiendo en un grave problema, por lo que tomando por el brazo al gomero le invitó a dar un paseo por los jardines de un palacio en el que le constaba que existían

demasiados oídos indiscretos.

—Tengo muchos enemigos que ansían mi puesto por su proximidad a Su Majestad, por lo que os suplico que no comentéis ni una palabra de esto —fue lo primero que dijo en cuando se sintió seguro—. En Semana Santa Fray Gaspar y Fray Anselmo se recogerán en sus respectivos conventos para llevar a cabo los consabidos ejercicios espirituales, lo cual nos obligará a hacer un alto en el trabajo. Creo que será nuestra mejor oportunidad para concentrarnos en la búsqueda.

—¿Una semana?

—Una semana. Ni un día más.

—Si ese fue el tiempo que el Señor empleó en crear el mundo, debería sobrarnos a la hora de encontrar a un pobre muchacho.

—Diremos que también os retiraréis a un convento para rendir cuentas por vuestros pecados, aunque conociéndoos imagino que necesitaríais, no una Semana Santa sino todo un Año Santo. Mientras tanto pediré ayuda a los informadores de la Corona, porque me consta que los tiene en todos los ámbitos.

Le sobraba razón, pero pronto se demostró que los informadores de la Corona no podían competir con las informadoras de una hermandad de prostitutas que se había puesto en marcha en cuanto Soledad De la Cueva pidió ayuda.

Que un cliente borracho o agresivo maltratase a un miembro del gremio formaba parte de los gajes del oficio y debía ser su chulo el que le ajustase las cuentas al indeseable, pero que le arrebataran a un hijo con el fin de hacerle chantaje se consideraba inaceptable.

En cada burdel, cada esquina y cada taberna hicieron su aparición ojos y oídos atentos a la presencia de un hombre alto y fornido, de cuidada barba entrecana, voz ronca y un leve acento extranjero.

A los pocos días una tal Jimena Jimeno, más conocida por «La Repetida», comunicó a sus compañeras de oficio que había pasado la noche en una posada de las afueras de Almonte con un cliente que respondía a la descripción del sospechoso y que al parecer había quedado tan satisfecho por el trato recibido que había prometido volver en los próximos días.

Jimena Jimeno era una moza cascabelera, de risa contagiosa, respuestas rápidas y una excelente memoria que le permitía

recordar que su generoso parroquiano, que había dicho llamarse Ramiro, lucía dos profundas cicatrices, una en el torso y otra en la pierna izquierda, tenía unas manos enormes y montaba una yegua castaña.

También demostró ser una magnífica actriz puesto que a los pocos días, en cuanto vio entrar en la posada al llamado Ramiro, se abalanzó sobre él y comenzó a besuquearlo, manosearle y morderle las orejas asegurándole que le haría pasar una noche inolvidable aunque no tuviera dinero.

—¡Si será por dinero…!

Cenaron en una apartada mesa regando el cordero con el mejor vino de la casa y cuando al fin subieron al dormitorio, aquel que unas veces decía llamarse Ramiro y otras Hugo se sentó en la cama y comenzó a quitarse las botas, pero de inmediato cayó hacia atrás totalmente inconsciente.

Su descarada acompañante chasqueó la lengua mientras movía negativamente la cabeza.

—Esto te ocurre por ir de putas en Semana Santa, que debe ser tiempo de ayuno y abstinencia.

De inmediato le abrió la puerta al gomero, que observó al durmiente con gesto de sincera preocupación:

—¿No se te habrá ido la mano?

—Descuida… No moverá un dedo en diez horas, pero se despertará con una resaca de caballo.

Efectivamente; no movió un dedo ni abrió un ojo en casi diez horas, y cuando lo hizo hubiera preferido continuar durmiendo puesto que se encontraba encadenado sobre una colchoneta que apestaba a vómitos.

Y con una resaca de caballo.

Para colmo de desgracias, aquel a quien había pretendido hacerle contar cuanto sabía, se sentaba ahora frente a él dispuesto a hacerle contar cuando sabía.

—¿Dónde está el muchacho?

—¿Qué muchacho?

—Mal empezamos.

A Cienfuegos le constaba que aquel indeseable sabía que si aceptaba haber secuestrado a un menor de edad se le podía acusar de haber intentado abusar de él, por lo que se le colgaría cabeza

abajo en una plaza pública y se le dejaría allí como ejemplo hasta que la carne se le pudriera.

El llamado «pecado nefando» no admitía perdón y optó por dejar a un lado la violencia eligiendo el camino de la persuasión.

—Sé que no te atraen los niños sino las mujeres… —dijo—. De eso no hay duda, y por lo tanto no me gustaría acusarte de haber cometido aberraciones con el chico.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

—Te creo, pero para comprobarlo necesito encontrarlo sano y salvo.

—¡Vete al infierno!

—A las puertas estás y piensa en lo que será agonizar durante días, colgado por las patas y sin poder evitar que todo el que pase te orine en la cara.

—Eres un malnacido.

—Lo que es nacer, nací bien —fue la tranquila respuesta—. La mala leche me vino de conocer a tipos como tú, o sea que puedes elegir entre pasar unos años entre rejas o morir peor que un cerdo.

—¿Cuántos años?

—Eso ya no depende mí, sino del juez.

Se entretuvo en liar un enorme cigarro y lo hizo premeditadamente despacio, observando con gesto impasible el rostro de quien empezaba a comprender que su vida se había arruinado, y que de improviso casi sollozó:

—Nunca he sido un pederasta.

—¡Lo sé! Ya te he dicho que lo sé —le tranquilizó su carcelero, y sonaba sincero—. Y por eso te voy a proponer un trato: si me dices dónde se encuentra el muchacho y quién te contrató, te dejaremos un año aquí encerrado y pasado ese tiempo podrás marcharte a condición de no volver a poner un pie en la península.

—¿Y dónde viviré?

—Eso ya no lo sé, pero al menos vivirás.

Hugo-Ramiro o Ramiro-Hugo pareció comprender que visto el cariz que estaban tomando los acontecimientos el simple hecho de lograr sobrevivir, fuera donde fuera, constituía la mejor de las alternativas.

Ni remotamente se le había pasado por la mente la idea de abusar del chico, pero entendía que algunos no estuvieran

dispuestos a creerle, por lo que se dio por vencido en cuanto su captor lo envolvió en una apestosa nube de humo que le obligó a toser.

—¡De acuerdo! ¡De cuerdo! Está en el sótano de una granja a orillas del arroyo que pasa a poco más de una legua de la posada. Se encuentra bien, aunque muy asustado.

—¿Y quién te ordenó secuestrarlo?

—«La Viuda Ferreira».

—¿«La Viuda Ferreira»? —se asombró el gomero, al que el cigarro casi se le escurrió de entre los dedos—. ¿«La Viuda Ferreira» de Lisboa?

—La misma.

—¡Caray…! Va a resultar verdad eso de que el mundo es un pañuelo. Esa mujer ha sido mi pesadilla durante años, aunque admito que no me cuesta creer que esté involucrada en esto.

—Un mono demasiado curioso cometió la imprudencia de acercarse, por lo que le retorcí el pescuezo y se convirtió en mi almuerzo.

—¿Crudo?

—¿Acaso habéis intentado encender fuego sentado en una rama en un lugar que cuando no llueve diluvia? Me proporcionó las fuerzas necesarias como para trepar al árbol más alto, distinguir el mar y regresar de rama en rama al barco del que se habían apoderado unos cangrejos que no habían aprendido la lección, por lo que tuvieron el mismo fin que los primeros. Como lo que me sobraba era comida y se aproximaba una tormenta que tenía toda la pinta de convertirse en huracán, me apresuré a introducir la nave en un riachuelo, atarla por proa y popa a los árboles más gruesos y encerrarme en ella a encomendarme a san Cristóbal, que, como todo el mundo sabe, es el patrón de los viajeros.

—¿Realmente creéis en san Cristóbal?

—Más que en Dios… Y no pongáis esa cara; no estoy blasfemando. Dios tiene demasiados fieles que proteger, san Cristóbal tan solo a los viajeros, y por el simple hecho de verme aquí debéis aceptar que ha cumplido su cometido.

—Evidentemente.

—Y ese día quizás más que nunca, porque en efecto se trataba de un huracán que, aunque no me agarró de lleno, me dejó la nave

tan maltrecha que tardé cinco días en repararla.

—¿Qué pensabais en esos momentos?

—¡Pero vamos, don Bernardo! ¿A qué viene esa pregunta? Creo que ya os he aclarado que en tales situaciones no se piensa, se actúa, porque si te detienes a pensar acabas dándote por vencido. Malo es que te llegue la muerte, pero peor es que te llegue la muerte por miedo a la muerte.

—¿Por eso os ha respetado durante tanto tiempo?

—Preguntádselo cuando la veáis puesto que yo no pienso hacerlo. Si es su capricho dejarme vivir, respeto y agradezco la deferencia, ya que le han sobrado ocasiones para llevarme. Cuando el viento calmó, aquel maldito lugar parecía haberse convertido en una gigantesca plasta de vaca adornada con los cadáveres de toda clase de bestias, aves y peces. Un auténtico cataclismo.

—Pero por lo que habéis contado ya habíais sufrido otros huracanes.

—Ninguno como aquel, y ninguno que me sorprendiera en un lugar tan dejado de la mano de Dios y en tan miserables circunstancias abrigando el convencimiento de que, tal como me advirtieran los «pahamas», había llegado al fin del mundo.

—¿Y lo consideráis así? ¿El fin del mundo?

—Para los seres humanos sí. Puede que sea el paraíso de las serpientes, los caimanes y los murciélagos, pero un infierno para el resto, por lo que regresé al mar y me dejé llevar por la corriente, tan resignado a sus caprichos como lo pueda estar un reo ante los de sus verdugos… —El gomero hizo una pausa, comenzó a liar un nuevo cigarro ante el espanto de los presentes, pero antes de encenderlo puntualizó, como si fuera un dogma indiscutible—: Al fin y al cabo siempre es preferible que sea el mar y no un hombre quien marque tu destino.

—Supongo que eso dependerá del estado de ánimo del mar… O del hombre.

—Evidente, pero dejando a un lado el huracán, el estado de ánimo de aquel mar era pacífico, por lo que me dejé llevar sin grandes temores hasta que una noche, al mirar hacia el cielo, quedé petrificado. ¡Escribid, escribid, mis buenos frailes, puesto que lo que voy a contaros puede que sea de suma importancia!

—Pues hablad claro y despacio.

—Eso hago, y como iba diciendo, quedé petrificado puesto que de improviso el cielo había cambiado y se distinguían mil veces más estrellas y con mayor claridad, pero la Polar había desaparecido.

—¿Otra vez?

—Otra vez, no, Fray Gaspar. La primera vez que hablamos de ella había nordesteado; ahora había desaparecido.

—¿Y conocéis la razón?

—Quiero suponer que se debía a que había cambiado de hemisferio. Ya había advertido que las horas diurnas eran exactamente las mismas que las nocturnas, señal inequívoca de que me aproximaba a la línea del ecuador, y el hecho de enfrentarme a un cielo tan deslumbrante y diferente me reafirmó en mi idea.

—¿Estáis insinuando que en el hemisferio sur hay más estrellas que en el norte?

—No. Estoy asegurando que «se ven» mil veces más estrellas, aunque me siento incapaz de explicar la razón. Os recuerdo que tan solo soy un testigo que no está obligado a sacar conclusiones. «Doctores tiene la Iglesia…».

—En este caso la Iglesia no tiene doctores, ni tan siquiera enfermeros, puesto que dudo que alguno de sus miembros se haya aproximado a semejantes lugares. Y lo que afirmáis resulta altamente preocupante, puesto que si la bóveda del cielo cambia, todos los estudios que se han hecho a lo largo de siglos no servirán de nada.

—A mí no me sirvieron, pero las noches eran una auténtica fiesta con un mar que parecía una balsa de aceite y millones de estrellas titilando mientras docenas de peces voladores cruzaban como flechas. Os aseguro que si hubiera oído cantar sirenas no me hubiera sorprendido.

—Tenéis un curioso don que os permite pasar con sorprendente naturalidad de narrar los horrores de un infernal pantano a las maravillas de un cielo estrellado. Insisto en que también os envidio por ello, pero sobre todo por poder haber visto ese cielo. ¡Continuad!

—Como comprenderéis, el hecho de saber que había cambiado de hemisferio, que cada vez me encontraba más lejos de mi casa y parecía haberme convertido en el único habitante de aquel nuevo océano, me desconcertaba, y más aún me desconcertó el hecho de

comprobar que ahora la corriente fluía en dirección contraria, de sur a norte, y por si fuera poco me iba alejando de la costa.

—¿Y a qué lo atribuís?

—No soy quién para decirlo, pero es posible que por el mero hecho de atravesar el ecuador los vientos y las corrientes cambien de dirección.

—Esa puede ser una información de gran importancia para los navegantes.

—Lo imagino, y convendría subrayar que debe ser contrastada, pero como la cosa iba a más y corría el riesgo de perderme en aquella inmensidad, me esforcé por volver a tierra, donde los pantanos habían dado paso a una franja desértica de tres o cuatro leguas de anchura de la que nacía una cordillera en la que se distinguían los picachos más altos que existen sobre la faz la Tierra.

—¿Estáis seguro de eso?

—Totalmente. A media noche había cruzado frente a las luces de lo que parecía una gran ciudad, que luego supe que se llamaba Tumbéz, pero el alba me sorprendió, y ya en pleno desierto. Os recuerdo que nací en La Gomera, donde lo primero que veía al despertar era la cumbre del Teide, y os garantizo que varios de aquellos picachos casi lo doblaban en altura.

—¿Cómo os recibieron?

—Nadie salió a recibirme porque aquella franja costera resulta prácticamente inhabitable y la única figura humana que divisé en las alturas se alejó a toda prisa. No obstante, en cuanto alcancé el primer valle me tropecé con gentes hospitalarias y amistosas que se empeñaron en llevarme ante su emperador, el inca Huayna Capac.

—¿Realmente constituyen un imperio?

—El mayor, más poderoso y mejor administrado que haya visto, puesto que su primera ley, y la más respetada, es que ningún súbdito debe acostarse sin haber comido.

—¿Y cómo lo consiguen?

—Compartiendo. No existe el dinero ni la propiedad privada, todo pertenece al inca y este se encarga del reparto, de tal modo que incluso en los más lejanos rincones existe una cabaña con alimentos para que los viajeros puedan pasar la noche sin helarse ni morirse de hambre.

—Ciertamente curioso… Y sorprendente.

—Razones os daré para sorprenderos aún más puesto que al iniciar la marcha advertí que lo hacíamos por una especie de ancha escalinata perfectamente empedrada. Luego supe que existen casi tres mil leguas de dichas escalinatas.

—Pero esa es diez veces la distancia que nos separa de Moscú.

—Si Vos los decís…

—No puedo creerlo.

—Estáis en vuestro derecho, pero mis pobres pies son testigos que avalan tal prodigio puesto que recorrieron buena parte de la dichosa calzada. Los incas son de baja estatura, pero con piernas de acero y una capacidad pulmonar exagerada, por lo que a medida que ascendíamos me asfixiaba, atacado por lo que llaman «anteunccuy», «soroche» o «mal de altura», pero a ellos ni la altura ni las enormes distancias les afectaban.

—Sois muy fuerte —le hizo notar el marqués—. Tanto que ni ese maldito tabaco os afecta. ¿Me estáis hablando de súper hombres?

—Os estoy hablando de gente que por haber nacido en semejante lugar podrían pasearse por la cima del Teide con la misma naturalidad con que lo hacéis Vos por las orillas del Guadalquivir.

—También he oído hablar de ese «mal de altura» que en los Pirineos afecta a algunos viajeros —se atrevió a señalar Fray Anselmo.

—Con todos mis respetos, ya que constituyen una magnífica barrera natural que nos defiende de nuestros enemigos, los Pirineos son como una cagarruta de perro frente a la cordillera de los Andes, que calculo que se extiende a lo largo de más de mil leguas.

—¿Es así como se llama? ¿Cordillera de los Andes?

—Así es como la denominan los incas, porque la palabra «anti» significa «Oriente», por donde sale el sol, que lo hace siempre entre picachos. Algunos doblan en altura al mismísimo Aneto, y me aseguraron que mucho más al sur se alza uno que casi lo triplica, lo que incluso a mí me resulta difícil aceptar.

—Es que resulta difícil aceptar muchas de las cosas que contáis.

—¿En ese caso por qué no clasificáis este disparate como pura fantasía, le dais carpetazo y me permitís volver a casa?

—Porque las órdenes son las órdenes… Seguid con ese viaje.

—Cuando creí que ya no podría dar un solo paso me obligaron a

masticar unas hojas verdes mezcladas con un poco de cal y al instante me sentí reconfortado y dispuesto a seguir adelante pese a que la altura era ya más que considerable.

—¿Una especie de «xocolhá» como el de los mexicas?

—Pero mil veces más potente. Cuando mascas hojas de «la planta sagrada» se te calman el hambre y la sed, se te olvidan el frío o la fatiga y te sientes capaz de enfrentarte a cualquier enemigo. Los incas las consumen a puñados antes de las batallas y no les importa morir. También las utilizan como afrodisíaco.

—¿Y resulta eficaz?

—Mucho.

El interés del marqués pareció incrementarse.

—¿A qué especie pertenece?

—¿Y a mí qué me pregunta…? No soy botánico.

—¿Sabe al menos cómo se llama?

—Ya se lo he dicho: «planta sagrada» o coca.

—¿«Coca»? ¿Así como suena?

—Así como suena.

—¿Se parece a alguna que conozcáis?

—Se parece a cualquier arbusto, pero por lo que yo sé tan solo crece a determinada altura y en determinadas condiciones.

—¡Lástima…!

—Lástima, en efecto, porque quien tuviese aquí esa planta se haría rico. Personalmente tengo que agradecerle que me salvara la vida, puesto que sin ella no hubiera soportado los doce días de viaje hasta Cuzco, a la que considero una de las ciudades más hermosas del mundo.

—¿Más que Toledo?

—En Toledo los techos de las casas no están hechos de hilos de oro trenzados para que simulen paja, ni existe un parque en el que los árboles, las flores, los animales e incluso las personas son de oro o plata con ojos de rubíes o esmeraldas.

—¡Desbarráis…!

—Así será si así lo consideráis oportuno, pero dejando a un lado tan desmesurado derroche de riquezas, los incas poseen palacios y fortalezas construidos con gigantescos bloques de piedra más altos que yo y cincelados de tal modo que se ajustan los unos a los otros sin que ni la hoja de un cuchillo pueda adentrarse una uña entre

ellos. Como ya comenté, tampoco conocen la rueda, que de poco les serviría allí donde todo son escalones, pero han desarrollado una gran cultura adaptada al lugar en el que les ha tocado vivir. Sin duda son los mejores constructores que existen, y no les queda otro remedio, puesto que Pachacamac los acecha a todas horas.

—¿Quién es Pachacamac?

—«El dios que mueve la tierra», el más temido entre los incas debido a que los terremotos son constantes y cada años sus víctimas se cuentan por miles. Creo haber demostrado que no soy un hombre pusilánime, pero cada vez que la tierra temblaba se me paraba el corazón debido a que la sensación de impotencia es absoluta.

—¿Y a qué se debe?

—¿A qué se debe qué?

—Que la tierra se mueva tanto.

—¡Pero bueno, señor marqués…! ¿Qué pregunta es esa? Pretendéis que os explique lo inexplicable. Cuando Pachacamac, que según ellos duerme en las más altas cumbres, se despierta, o simplemente cambia de posición, todo se derrumba. Así es, así os lo cuento, y os repito que no entra en mis atribuciones sacar conclusiones.

—No os pido una conclusión, sino tan solo una suposición.

—Ese informe no debe estar basado en suposiciones sino en certezas… —le hizo notar el gomero con muy buen criterio—. Y cuando, como en este caso, no se dispone de una respuesta correcta, la mejor opción es el silencio.

—Hubierais sido un buen político.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque nunca ha existido un político bueno. Buenos gobernantes tal vez, pero no buenos políticos.

—No comencemos otra vez con discusiones absurdas… —casi suplicó don Bernardo—. ¿Qué ocurrió en Cuzco?

—Que me permitieron descansar cinco días, que falta me hacía, me bañaron restregándome a conciencia y me llevaron al palacio real dejándome solo en una gran estancia sin más que un taparrabos. Por lo que pude saber más tarde, el inca y su hermana, que es a la vez su esposa, me observaban a través de una celosía.

—¿Cómo es eso de que «el emperador y su hermana, que es a su

vez su esposa»? ¿Cometían incesto?

—Los fundadores del imperio, Manco Capac y Mamma Ollo, «Los Hijos del Sol», eran hermanos, y para evitar que cualquier plebeyo pudiera aspirar al trono decretaron que tan solo quienes llevasen sangre totalmente real, es decir, el fruto de la unión de sus propios hijos, tenían derecho a reinar. Así viene ocurriendo durante incontables generaciones.

—Pero eso constituye una demoníaca aberración.

—Que por lo que tengo entendido también se daba entre los egipcios. Los faraones se casaban incluso con sus hijas con el fin de preservar la casta.

—Y así acabaron…

—Si no estoy mal informado, su civilización perduró tres mil años y el cristianismo tan solo lleva la mitad.

—¡No escriban ni una palabra al respecto!

—Como sigamos ocultando cosas esto no será un manuscrito… —protestó Fray Anselmo—. Será un «menuscrito».

—¡Pero bueno!… ¡Hábrase visto qué falta de respeto…!

—Pero tiene razón. Y una cierta gracia. ¡«Menuscrito»! Estoy intentando proporcionarle a Su Majestad información sobre el pueblo más culto, rico y poderoso que existe al otro lado del océano, y pretendéis censurarlo por el hecho de que lo hayan conseguido a base de acostarse entre hermanos.

—Es que sigo pensando que constituye una aberración.

—Y yo os respondo que mayor aberración es que padres, hijos o hermanos se maten entre sí, como ocurre tan a menudo entre nuestros reyes. La lista de magnicidios de estos últimos años llenaría esos estantes, por lo que tendríais que responderme a una pregunta realmente peliaguda: ¿qué es preferible, matar a una hermana o acostarse con ella?

—¡Por Dios…!

—Invocar a Dios no constituye una respuesta; tan solo una evasiva. Se me exige que cuente todo cuanto sé, pero en cuanto hablo de algo que atenta contra vuestro sentido de la moral ponéis el grito en el cielo. Me atrevería a asegurar que os escandalizan más los incestos de los incas que los sacrificios humanos de los aztecas.

—Volvéis a ser injusto.

—Lo admito, y con el fin de no continuar por unos derroteros

que entiendo que os desagraden, os haré una pregunta que siempre me ha intrigado: ¿por qué razón los tres pueblos en los que se momifica o se ha momificado a los muertos son el egipcio, el inca y el canario?

El desconcertado marqués quedó tan perplejo que abrió la boca como buscando aire, y no hacía falta ser un gran observador para comprender que se sentía avergonzado por su ignorancia.

—No sabía que los canarios momificaran a los muertos —admitió muy a su pesar.

—Pues lo hacemos, o por lo menos algunos lo hacen, y se asegura que en el sur de Tenerife existe una cueva con cientos de momias, lo cual tiene cierto sentido ya que Cleopatra Selene, la hija de Cleopatra y Marco Antonio, estuvo casada con el rey Juba de Mauritania.

—No veo la relación.

—Pues la hay puesto que desde Cabo Juby, «El cabo del rey Juba», se divisa Fuerteventura, por lo que resulta sensato admitir que hubo una clara influencia mauritana y egipcia en el archipiélago.

—¡Visto de ese modo!

—Es un modo lógico, pero lo verdaderamente sorprendente es que el imperio incaico se encuentra a miles de leguas de distancia, al otro lado de un océano y un continente. ¿Le veis lógica a eso?

—¿Os complace dejarme en evidencia?

—En absoluto porque os respeto, y nuestros buenos amigos aquí presentes comprenderán que si no sabíais que existe el imperio incaico menos podíais saber que momifique a sus muertos. Y lo cierto es que los incas lo hacen de un modo diferente: se limitan a extraerles el cerebro y las vísceras y permitir que el frío y la sequedad del ambiente haga el resto.

—Dudo que pueda cenar esta noche.

—Si os molestan los detalles morbosos cambiaremos de tema.

—Os lo agradecería.

—¡Bien! Importa que Su Majestad sepa que como los incas están convencidos de que su emperador desciende en línea directa del Dios Sol, su sumisión es absoluta, y a quien lo pone en duda o comete un delito grave le despellejan vivo. El día que vi despellejar a uno por diseñar mal un puente casi me desmayo. —Ante la

incredulidad de quienes le escuchaban continuó—: Los puentes resultan esenciales para las comunicaciones en la sierra, están hechos a base de madera y cuerdas, salvan distancias de hasta doscientos metros y a veces se tarda años en construirlos con un coste de varios muertos. Que ese tiempo, ese esfuerzo y esas vidas se pierdan por un error de cálculo merece un castigo.

—Cualquiera diría que aprobáis semejante salvajada.

—El despellejamiento y que pongan luego su piel a secar al sol como advertencia no, pero los constructores de puentes son elegidos entre los niños más inteligentes, reciben una preparación especial durante años, disfrutan del fabuloso nivel de vida reservado a las élites y son conscientes de que si se equivocan lo pagan con la vida.

—¿Y si el puente se ha visto afectado por uno de esos terremotos?

—En ese caso no se exigen responsabilidades, porque los incas son rígidos pero no injustos, y saben que si Pachacamac ha decidido destruir un puente es para obligarlos a construir otro.

—¡Pues qué gracia…!

—Sin calzadas ni puentes el imperio se desmoronaría ya que su administración depende de que los «chasquis» puedan llevar un mensaje al lugar más remoto en pocas horas. Son corredores entrenados para transmitir un mensaje, palabra por palabra a la siguiente posta, que se encuentra a casi tres leguas de distancia.

—¿Acaso no conocen la escritura?

—No, tal como nosotros la entendemos, pero si el mensaje es importante se ayudan con un «quipu».

—¿Cómo se escribe?

—Tal como suena, «quipu», que significa «nudo». Es una cuerda anudada de forma que quien la recibe puede interpretarla tal como nosotros interpretamos una carta.

—Me resulta difícil hacerme una idea.

—Pues no resulta demasiado complicado. Cada nudo es como una palabra y «El Gran Quipu», que se encuentra en Cuzco, está formado por una gruesa soga que va como desde aquí al final del jardín. De ella cuelgan otras cuerdas de distintos colores y tamaños repletas de nudos de muy diferentes formas que «cuentan» la historia del imperio e incluso determinan la cantidad exacta de maíz, coca o «patatas» que se guarda en cada almacén.

—¿Qué son las «patatas»?

—Unos tubérculos de los que se alimenta la mayoría de la población. Los comen asados o hervidos y también los raspan hasta convertirlos en una masa que tuestan sobre piedras muy calientes.

—¿Y están buenos?

—A mí me encantan, sobre todo las patatas asadas, porque con aquel frío te calientan primero las manos y luego la tripa. Si se me permite el inciso deberíamos traerlas e intentar aclimatarlas como hemos hecho con los tomates.

—Por lo que veo pretende que cambiemos nuestra dieta.

—Más vale cambiar de dieta y que el pueblo coma a continuar con la de siempre y que pase hambre.

—En eso estoy de acuerdo.

—Sigamos entonces. Pasé el invierno en Cuzco y fue una temporada tranquila y agradable durante la cual aprendí el idioma y me adapté a sus costumbres, manteniéndome a distancia de los miembros de la nobleza que no veían con buenos ojos que un extranjero (tal vez un posible espía) se moviera libremente y tuviera trato con mujeres que podían irse de la lengua revelando secretos.

—¿Qué tipo de secretos?

—No lo sé, porque nunca tuve el menor interés en que me revelaran ningún secreto que no estuviera relacionado con su anatomía. Me hice amigo de un curaca, una especie de sacerdote, que me aconsejó que me casara con dos hermanas con el fin de asentarme de una forma definitiva entre ellos, y cuando le señalé que a los cristianos tan solo nos está permitido tener una esposa se sorprendió.

—«¿Siempre la misma, para toda la vida?», inquirió. «¿Y qué hacéis con ella cuando envejece?».

—«También el hombre envejece al mismo tiempo», le respondí.

—«Eso no es cierto», me replicó. «La mujer, por culpa de los hijos y el trabajo, envejece muy pronto. Al igual que se hace adulta más joven, su vida sexual acaba antes, aunque no por eso debe dejar de ser querida y respetada. Cuando ya su energía se agota, debe pasar a convertirse en la dueña de la casa, la suprema autoridad doméstica, pero que acepta, e incluso a menudo agradece, que una esposa más joven venga a ocuparse de atender las necesidades del hombre y ofrecerle nuevos hijos».

—«En mi país nadie conseguiría entenderlo».

—«Por lo que veo os reprimen demasiadas cosas. No me sorprende que os lancéis a la guerra y la conquista de otras tierras. El hombre a quien le esperan muchos hijos y una esposa joven siente mucha más necesidad de regresar a casa que quien se encuentra solo».

—Un poco indecente ese curaca.

—Son costumbres diferentes, pero yo procuré no meterme en líos, hasta que una noche acudió a visitarme una preciosa muchacha que, por sus joyas, sus vestidos y su perfume pertenecía a la realeza.

—Os veo venir.

—¡Me veis venir, me veis venir…! ¿Pretendéis que despreciara a una princesa sabiendo que no existe furia comparable a la de una mujer despechada? Rumy no me llegaba al pecho, pero por su sangre corría todo el fuego de su supuesto padre, «El Dios Sol», y de igual modo debía ser sobrina de Pachacamac puesto que cuando tenía un orgasmo se estremecía la tierra. Y eran uno tras otro.

—Ahorraos los detalles.

—En ello estoy. Como ya he dicho, por aquellas latitudes las horas de luz o de oscuridad son prácticamente iguales, por lo que me pasaba la mitad del tiempo en el paraíso y la otra mitad recuperando fuerzas, lo cual me resultaba cada vez más difícil puesto que no solo la doblaba en volumen, sino también en edad. Triste resulta comprender que una chicuela viene a recordarte que el tiempo pasa para todos.

—Triste en efecto.

—Pero al mismo tiempo maravilloso, hasta que me comunicó que no podría ocultar por mucho tiempo su embarazo, por lo que el emperador me mandaría matar ya que únicamente él podía acostarse con sus hermanas.

—¡La leche!

—¡Señor marqués…!

—Perdón, pero es que no concedéis un minuto de respiro. A ratos os comportáis como un hombre sensato y otras como un auténtico descerebrado. ¿Qué ocurrió?

—Que tuve que abandonar Cuzco y dirigirme al este, a «la región de la lluvia infinita», que era la que tenía más cerca. Los

otros tres puntos cardinales quedaban dentro del imperio por miles de leguas, lo cual significaba que me hubieran acabado atrapando.

—¿Dejando a su suerte a la princesa?

—Me hizo comprender que no corría peligro, porque si su hermano admitía que había quedado embarazada de un hombre que no pertenecía a la realeza estaba aceptando que la divina sangre de los «Hijos del Sol» podía mezclarse con cualquier otra, por lo que no sería en absoluta divina. Era una «ñusta», es decir, una hija de reyes supuestamente virgen; si la castigaban no se quedaría callada y semejante confesión estremecería los cimientos del imperio.

—Una mujer de mucho carácter por lo que veo.

—Una auténtica princesa. Me proporcionó un guía que conocía la ruta y cuatro llamas.

—Aclaradme eso de las llamas.

—Es un animal parecido a un camello, pero de la mitad de tamaño y sin joroba. Produce carne, leche y pieles, pero sobre todo una lana magnífica. Es casi el único animal del Nuevo Mundo que admite que lo carguen, aunque no mucho porque si te pasas con el peso te escupe.

—¡Qué tontería!

—¿Tontería? Un escupitajo de llama llega hasta esa pared, y si te da en los ojos te deja ciego todo el día. Te mira con aire de superioridad como diciendo, «de aquí no me muevo más que muerto». Es el animal más pedante y antipático que he conocido. Las alpacas y las vicuñas se le parecen, pero no son tan cabronas.

—¿Podría dibujarla?

El gomero tomó la pluma, se concentró mordiéndose la lengua, y tardó unos diez minutos en concluir una obra de arte que los tres presentes observaron con innegable escepticismo.

—¿Seguro que es así?

—Me temo que no.

—Ya me parecía a mí.

—Atractivas no son, pero a los pastores deben parecérselo porque a menudo les he visto desahogarse con ellas.

—¿Pretendéis insinuar que practican el bestialismo?

—No lo insinúo; lo afirmo. Violan a las llamas y vicuñas con verdadero entusiasmo pese a que saben que están expuestos a contraer una enfermedad que pronto les dejará impotentes o

acabará matándolos.

—Empezaba a sentir admiración por los incas, pero este comportamiento me decepciona —señaló el marqués—. Continuemos.

—Nuestro primer destino fue el lago Titicaca, donde, según las tradiciones incaicas, Viracocha, Supremo Hacedor, dio por terminada su primera creación del mundo y recomendó a los hombres que se amasen entre sí, que obedecieran y respetaran sus leyes y que fueran temerosos de sus actos. Sin embargo, los humanos pronto se volvieron crueles, salvajes y pecadores, por lo que Viracocha los maldijo, lanzando sobre ellos todos los males y enviando las aguas que transformaron el mundo, que cayeron durante sesenta días y sesenta noches, y de las que tan solo se salvaron sus tres siervos más fieles.

—¿O sea que también entre los incas existe la tradición del diluvio universal?

—Y cierto debió ser puesto que muchas culturas muy disparares se refieren a él. Para los incas, entre Viracocha y los tres justos procedieron a la nueva creación del mundo, y en esta ocasión decidieron dotarlo de la luz que había faltado en un principio ordenando que en la isla llamada Titicaca, y que dio nombre al lago, apareciera cada día el sol para que alumbrara con sus primeros rayos un gigantesco templo de oro.

—¿Otro templo de oro?

—Otro.

—Quienes lean esto afilarán sus armas.

—Pues que vayan adaptando sus pulmones porque el Titicaca se encuentra a mayor altura que el Moncayo, debe tener unas treinta leguas de largo por ocho de ancho, y está totalmente cubierto por cañas, que llaman «totora», que dificultan mucho la navegación.

—¿«Totora»?

—Tal como suena, y los lugareños, que viven en las orillas o sobre las mismas aguas, han llegado a formar una verdadera cultura de la «totora», ya que con ella construyen sus casas, las balsas con las que van a pescar, crían su ganado, fabrican esteras e incluso se alimentan de sus raíces.

—¿Una especie de albufera valenciana?

—Nunca he estado en Valencia, pero lo que sí puedo decirle es

que allí cohabitan dos pueblos muy distintos: los «aymará», que son limpios y trabajadores, y los «uru», que son tan increíblemente sucios y vagos que los incas les han impuesto un tributo especial: «el tributo de la pulga». Cada individuo, sea cual sea su edad o sexo, tiene que entregar mensualmente un canuto lleno de ellas, ya que es la única forma de obligarlos a hacer algo, aunque solo sea buscárselas. Se les puede ver junto a sus chozas, muy tostados por el inclemente sol de aquellas alturas, dejando transcurrir las horas sin hacer absolutamente nada más que ver nacer o ponerse el sol.

—Cierto que habéis tratado con gentes muy extrañas.

—Nunca traté con ellos. Me limité a observarlos de lejos, puesto que si me acercaba me invadirían las pulgas. Por el contrario, sus vecinos, los «aymará» son extraordinarios agricultores. Como por el día el sol abrasa y de noche hiela, cuadriculan sus campos a base de anchos canales poco profundos. Durante el día el sol calienta el agua y por la noche el calor que devuelve evita que las cosechas se hielen.

—Muy bien pensado.

—Pero de poca utilidad para nosotros que carecemos de esas alturas.

—¡Lástima!

—Lástima en efecto. Tras dejar atrás el lago y visto que no podíamos utilizar las calzadas reales, tardamos una semana en atravesar la cordillera, pero al llegar a las estribaciones nos encontramos con que bajo nuestros pies se extendía un mar de nubes que se perdía de vista en la distancia. No había más que cielo y nubes, y fue en ese momento cuando el guía señaló en una dirección y dijo: «Por allí se encuentra la selva de los que cortan cabezas y las reducen al tamaño de un coco, y por allí el desierto seguido de un pantanal infectado de caimanes. Nadie sabe qué puede existir más allá de ese pantanal». Dicho eso dio media vuelta y se fue sin tan siquiera desearme suerte, probablemente convencido de que por mucha suerte que me deseara jamás llegaría a parte alguna.

Capítulo IX

Durante los cuatro últimos años, Isabel de Castro y Costa había perdido seis de sus mejores naves, pero una treintena habían conseguido llegar a su destino y otras tantas se encontraban rumbo a la India o regresando de la India.

Su primer marido le había dejado un hijo y tres barcos, el segundo seis barcos y una hija, y pese a que tanto el hijo como la hija murieron jóvenes y no tuvieron tiempo de darle nietos, cabría imaginar que sus naves se habían dedicado a copular desaforadamente hasta convertir la flota mercante de «La Viuda Ferreira» en la mayor, mejor y más productiva de Occidente.

En los viajes de ida cargaban aceite, vino, grano o productos manufacturados y en los de vuelta a Lisboa especias, sedas o piedras preciosas, pese a lo cual en ocasiones realizaban cortas escalas en la costa africana con el fin de comprar adolescentes destinadas a exóticos prostíbulos en los que también trabajaban muchachas chinas, árabes o ceilandesas.

Por qué razón una mujer con una fortuna incalculable ensuciaba su nombre con el tráfico de esclavos y la prostitución constituía un misterio para quienes no la conocían, pero cuantos la habían tratado sabían que su avaricia no tenía límites y que su sentido de la moral jamás había existido.

Su sueño dorado habría sido que le concedieran un título nobiliario, pero al no conseguirlo por ser hija de lavandera y mulero había decidido resarcirse poniendo a la nobleza a su servicio.

Condes, duques, marqueses, e incluso algún que otro príncipe, solían acudir a sus pantagruélicas cenas sabiendo que con un poco de suerte encontrarían una perla en la sopa o un rubí en la ensalada.

«La Viuda Ferreira» constituía la más pura representación y esencia del espíritu emprendedor de unos portugueses convertidos

en los nuevos fenicios, siempre dispuestos a echarse al mar en busca de mejores mercados o mayores beneficios. Había conseguido hacer llegar sus naves hasta donde ningún fenicio hubiera soñado, pero cuanto mayor era su éxito más se agriaba su carácter, y su mayor placer estribaba en observar cómo sus invitados revolvían en la sopa o escarbaban en la ensalada en busca de uno de sus valiosos regalos.

Disfrutó con el juego como una niña traviesa hasta la noche en que el hijo del embajador francés lanzó sobre la mesa una de sus preciadas perlas haciéndola rodar con gesto despectivo mientras comentaba sin el menor miramiento:

—Deberíais vigilar la higiene de vuestras cocinas, señora. Las perlas deben adornar los cuellos de jóvenes hermosas, no las sopas de ancianas alcahuetas.

El triple insulto, llamarla sucia, vieja y alcahueta, ante tan ilustres invitados, traía aparejada una inmediata sentencia de muerte, por lo que al día siguiente la furibunda anciana ofreció una recompensa de quinientos doblones a quien le trajera la lengua de semejante deslenguado.

El padre del osado muchacho renunció esa misma noche a su embajada y se lo llevó muy lejos, tanto que nadie fue capaz de dar nunca con él en parte alguna.

Y aquel fue sin duda un mes aciago en la vida de la todopoderosa armadora, puesto que cuando aún no se había repuesto del lógico ataque de nervios provocado por el descarado imberbe, recibió la inesperada visita de Su Excelencia don Bernardo Olivar, Marqués de Peñagrande, enviado por el mucho más todopoderoso emperador Carlos V, quien venía a advertirle con exquisita diplomacia, pero con contundente firmeza, que o cesaba en su empeño de hacerse con los mapas y derroteros del Nuevo Mundo, o se la acusaría de secuestro de un menor, lo cual conllevaba que todas sus naves serían abordadas y confiscadas en cuanto abandonaran las aguas portuguesas.

También podía ser acusada de alta traición al estar actuando en contra del acuerdo firmado dieciocho años atrás entre Isabel y Fernando, reyes de Castilla y Aragón, y Juan Segundo de Portugal, que establecía un reparto de zonas de conquista y navegación en el Atlántico mediante una imaginaria línea situada a trescientas

setenta leguas de las islas de Cabo Verde.

Quien desobedeciera lo establecido en el «Tratado de Tordesillas», que pasaría a la posteridad como uno de los más sensatos de la historia, corría el riesgo de acabar en la horca.

«La Viuda Ferreira» sabía muy bien que aquellos que osaron transgredir tales normas habían acabado colgando del palo mayor de sus navíos, por lo que mandó traer una biblia y juró sobre ella que jamás volvería a interesarse por lo que sabía o no sabía el gomero Cienfuegos.

A don Bernardo Olivar le constaba que el juramento de tan redomada bruja, que jamás había creído en Dios ni en María Santísima, no era más que papel mojado, pero se consoló con la idea de que Soledad De la Cueva había recuperado a su hijo y que a la menor señal de reincidencia enviaría a alguien a que le rebanara el cuello a la maldita vieja.

—Sospecho que me he repetido en exceso a la hora de hablar de la soledad que se siente en mitad del océano o de una selva pantanosa, pero tales quejas no significan nada comparadas con la soledad que se siente en la cima de un picacho nevado cuando lo único que tienes ante ti es una infinita sábana blanca que parece estar ocultando un gigantesco cadáver. Tenía la impresión de haber llegado al fin del mundo, al abismo en el que todo rastro de vida concluye, y lo único sensato que podía hacer era dar un paso y lanzarme al vacío.

—No os creo capaz de pensar en el suicidio.

—Será porque nunca os habéis encontrado en una situación tan extrema, y quiero suponer que más mérito tiene quien llegado a ese punto acaricia tal solución pero la rechaza que quien nunca se ha visto empujado al abismo. Y creedme que aquel era demasiado peligroso, porque sin guía y sin las fuerzas que me proporcionaba la coca, cada paso era una apuesta, sobre todo desde el momento en que penetré en la zona de nubes. La lluvia, el frío, el fango y la niebla se convirtieron en mis peores enemigos.

—Aborrezco la niebla.

—Pues imaginaos lo que significa descender durante días envuelto en ella, derrotado sin tan siquiera tener la oportunidad de dar batalla, puesto que no existe peor enemigo que una naturaleza que acosa de todas las formas imaginables. Océanos, selvas,

desiertos, pantanos, montañas… Os aseguro que estaba harto de que me pusieran a prueba como si fuera un caballo al que le van subiendo los obstáculos hasta que acaba desnucándose.

—El símil es acertado.

—Sí, pero ahora, además, trotaba a ciegas. Por suerte la zona estaba plagada de madrigueras de vizcachas, una especie de conejos de las alturas que se dejan atrapar sin problemas y que me proporcionaban las energías que estaba necesitando.

—Dios aprieta, pero no ahoga.

—Pues en ocasiones sería preferible que ahogase porque de ese modo se moriría con la conciencia limpia. Os garantizo que resulta asaz difícil vivir imaginando que en cualquier momento cederás a la tentación y acabarás dando ese paso que te llevará directamente al infierno.

—Al oíros cabría pensar que os criasteis en un convento y no en los barrancos de La Gomera.

—No fue ningún religioso sino Ingrid quien me enseñó que cuando llegue el Juicio Final te pedirán cuentas de tus actos y, que a los Diez Mandamientos les falta el más importante: «No te matarás».

—Bien pensado tenía razón.

—¡Don Bernardo…!

—¡Fray Gaspar…! ¿Acaso no estáis de acuerdo en que atentar contra la propia vida es un grave pecado?

—Totalmente.

—En ese caso propongo que abandonemos tan espinoso asunto, continuemos con lo que nos han ordenado hacer y que nuestro buen amigo nos cuente cómo consiguió descender de la montaña y a dónde fue a parar.

—Descendí a base de fabricarme una larga pértiga con la que iba golpeando el suelo unos tres metros por delante, tal como hacen los ciegos. Con ello evitaba caer por un precipicio y al propio tiempo asustaba a las serpientes, que por allí abundan porque les encantan las vizcachas. Por suerte ni a los pumas ni a los jaguares les gusta vivir en un lugar tan dejado de la mano de Dios, y al cabo de no recuerdo cuánto tiempo desemboqué en un desierto en el que el suelo no era de arena, sino de una especie de harina muy blanca que en cuanto se removía me molestaba al respirar y en el que de

tanto en tanto crecían árboles que olían a tanino.

—¿A qué?

—A tanino; lo que se usa para curtir pieles.

—De nuevo desbarráis.

—¿Alguna vez habéis curtido pieles? —Ante la negativa el gomero añadió—: ¿Entonces cómo podéis saber a qué huele el tanino?

—Acepto la reprimenda.

—Yo he visto curtir pieles y ciertamente el tanino tiene un olor muy característico —intervino Fray Anselmo.

—No, si al final acabarán formando un frente contra mí —se lamentó don Bernardo.

El escribiente se limitó a alargarle la bolsa en la que guardaba sus documentos.

—Oled. Eso es tanino.

—Lo tendré presente por si algún día paso por semejante lugar, aunque lo dudo.

—Haréis bien en no ir porque es ciertamente inhóspito, aunque no tardé más que un par de días en alcanzar la orilla de lo que podría considerarse un mar de agua dulce, que constituía el paraíso de las aves, con islotes en los que abundaban todo tipo de animales, especialmente cerdos salvajes de hocico prominente así como pequeños avestruces que se pasaban la mayor parte del tiempo cazando serpientes. Resultaba divertido ver cómo se las tragaban y les iban descendiendo por el cuello.

—¿Había nativos?

—Todos en puros cueros, tal como Dios los trajo al mundo, y se llaman a sí mismos «guaraníes», que en su lengua significa guerreros. Y a fe que lo son porque les he visto combatir y resultan ciertamente temibles.

—¿Contra quién combatían?

—Entre ellos mismos. Conmigo siempre fueron amables, aunque resultaba bastante molesto que las mujeres se pasaran el tiempo tirándome de los pelos de la barba o de los sobacos incluso en los momentos de mayor intimidad.

—¿También dejasteis hijos por aquellos lares?

—¿Quién puede saberlo si las mujeres yacían con quien les apetecía y a los hombres no les importaba?

—¡Qué inmoralidad!

—Dejad de ver la moralidad desde vuestro punto de vista, padre, o nos haremos viejos discutiendo. Son cazadores nómadas, capaces de caminar durante horas con el agua por las rodillas o remar durante días sin un minuto de descanso, porque como ya he dicho el pantanal es un mar de agua dulce, pero sin horizontes, donde la vegetación es casi tan densa como en plena selva.

—¿Y por qué luchaban entre sí si es un lugar tan rico en toda clase de animales y no competían por las mujeres?

—Debido a una vieja disputa, evidentemente absurda, que derivó en que los miembros de una tribu prefiriesen las garzas blancas, y los de otra los ibis rojos, por lo que los primeros se esforzaban en matar a los ibis rojos y los segundos a las garzas bancas.

—¡Qué estupidez…!

—¿Por qué se os antoja estúpido si en nuestra civilizada Europa nos esforzamos en matar, no por el color del plumaje de un ave sino por el color de una bandera? Al fin y al cabo, el color del plumaje lo eligió la naturaleza, mientras que el color de la bandera lo eligió un mentecato.

—De nuevo os aproximáis a los límites de lo permitido; las banderas son el símbolo de…

—Ahorraos la lección. Lo que yo aprenda sobre símbolos no le salvará la vida a nadie, mientras que lo que yo enseñe sobre las tácticas de lucha de los mejores guerreros que he conocido, sí.

—De acuerdo. Sigamos.

—Yo había ido a parar al grupo que prefería los ibis rojos, lo cual me molestaba porque me gustan más las garzas blancas, pero sabido es que en situaciones semejantes no caben los remilgos, por lo que disparé a cuanta garza se puso a tiro y, como soy bastante bueno con el arco, mis protectores estaban tan satisfechos que decidieron llevarme a conocer «El Origen del Mundo».

—¿Y eso qué significa?

—Que según ellos iba a ser el primer

no-guaraní

en visitar el lugar que los dioses habían elegido para que la vida empezara sobre la faz de la Tierra.

—¿Y valió la pena?

—¿Que si valió la pena…? —repitió el gomero—. Estuvimos remando durante diez o doce días por un dédalo de islotes y canales en los que la vegetación era tan densa que en ocasiones las piraguas se atascaban y teníamos que volver atrás y dar un gran rodeo, siempre atentos a los caimanes, porque en cuanto te descuidabas se te llevaban una mano. Fue un viaje endiablado y en penumbras porque la mayor parte de las veces los rayos del sol no conseguían atravesar las hojas de los árboles, lo cual contribuía a desorientarme, pero quienes me guiaban no lo hacían con la vista, sino con el oído.

—¿Y cómo es eso?

—A menudo se detenían a escuchar, y cierto es que los sonidos proliferaban con tanto pájaro y tanto mono, pero no eran esos ruidos lo que les interesaba, y tuvo que ser una noche, cuando la selva se encontraba en absoluta calma, cuando al fin percibieron el rugido que venían buscando. Al día siguiente alcanzamos un río caudaloso, lo remontamos a base de mucho esfuerzo, y al girar un recodo apareció ante mis ojos lo que en verdad podría considerarse «El Origen del Mundo».

Cienfuegos permaneció muy quieto, como regodeándose en sus recuerdos, que en este caso eran ciertamente inolvidables, y tan absorto se encontraba que al fin tuvieron que llamarlo a capítulo rogándole que continuara con su historia.

—¿Os importaría aclararnos de una vez qué es lo que visteis?

—Vi lo que los guaraníes llaman «Y guazú», «Agua Grande», una catarata de casi media legua de ancho y cincuenta brazas de alto por la que caía tanta agua en un minuto como la que pueda caer en nuestro país durante todo un año.

—¡No posible!

—Lo es; se trata de un río increíblemente caudaloso que de repente se precipita por un abismo en forma de herradura, y las gotas de agua consiguen que se forme un arcoíris de lado a lado en lo que constituye el espectáculo más grandioso que haya visto. Y por lo que os llevo dicho sabéis que he visto muchos.

—Razón tiene el emperador en pediros que contéis vuestra historia. ¿Qué pasó entonces?

—Que al cabo de tres días mis amigos decidieron regresar a sus hogares, pero yo preferí quedarme a disfrutar de aquel lugar

inigualable, sabiendo que si pretendía volver a casa tendría que hacerlo en dirección contraria, es decir, en busca del Atlántico.

—¿Teníais alguna noción de a qué distancia se encontraba?

—Gracias a Dios, no.

—¿Cómo que Gracias a Dios? —se desconcertó una vez más Fray Anselmo—. ¿Qué incongruencia es esa?

—Ninguna. En ocasiones resulta preferible desconocer la verdad, puesto que en caso de conocerla nos negaríamos a afrontarla. Lo único que sabía era que todos los ríos acaban en el mar, y como sabía que al oeste se alzaba una infranqueable cordillera, llegué a la conclusión de que dirigiéndome al este pronto o tarde llegaría a mi destino.

—¿Y cuánto duró ese «pronto o tarde»?

—Unos tres meses.

—¿Sin incidencias?

—¿Incidencias…? Era una de esas selvas en las que un hombre únicamente tiene dos opciones: sobrevivir o volverse loco, y aunque ahora me encuentro aquí, y razonablemente cuerdo, tuve la desgracia de toparme con uno de esos locos que me amargó la vida. Nunca pude saber si era o no guaraní, pero lo cierto es que de pronto aparecía en lo alto de un árbol y me lanzaba unos pedruscos que de haberme acertado me habrían enviado al diablo, porque mi canoa apenas sobresalía un palmo del agua ya que estaba pensada para un pantanal y no para un río. Cuando saltaba a tierra a buscarlo corría como un diablo y trepaba por los «matapalos» como un mono.

—¿Qué son los «matapalo»?

—Unos árboles que van creciendo alrededor de otros, alimentándose de su savia hasta que acaban por estrangularlos.

—¿Árboles parasitarios?

—Auténticos hijos de puta enmarañados en los que aquel loco se ocultaba, y no supe nada de él hasta que al cabo de un par de días volvían a llover piedras.

—¡Qué manía…! ¿Cómo conseguisteis libraros de él?

—Burlándome.

—Explicaos.

—Al cuarto día llegamos a una zona fangosa en la que no había piedras, por lo que me lanzaba cocos y unas nueces que allí son

como puños, pero con las que le resultaba difícil acertarme, por lo que lo me hacía reír y yo le sacaba la lengua, lo cual pareció ofenderle sobremanera ya que un buen día desapareció.

Capítulo X

—Ver el océano me devolvió la confianza que admito que había empezado a perder. Era el Atlántico, de eso no me cabía duda, pero me seguía encontrando en el hemisferio sur, por lo que continuaba sin poder confiar en las estrellas. Y algo había aprendido muy bien: en el mar tu principal enemigo es el mar, por lo que lo que tenía que hacer era abandonar la diminuta canoa en la que había llegado hasta allí y construir una embarcación capaz de hacerle frente.

—¿Estáis hablando de una embarcación capaz de atravesar el Atlántico? ¡Qué insensatez!

—¿Y qué otro remedio me quedaba? Me encontraba en un lugar tranquilo, con caza y pesca abundante, pero el gran problema estribaba en que tan solo disponía de hachas de piedra, por lo que me veía obligado a trabajar con árboles de maderas blandas. Sabía que no eran los más apropiados para semejante travesía, pero confiaba en que por lo menos aguantaran una singladura. —El gomero se apoderó de una manzana, la frotó contra la manga de su jubón y la mordió mientras mostraba una ancha sonrisa—: Y además disponía de un material con el que no había contado anteriormente.

Sabiendo como sabía jugar con los tiempos y con la curiosidad continuó mordisqueando la manzana hasta que Fray Gaspar no pudo aguantar más e inquirió:

—¿Qué clase de material es ese?

—La resina de un árbol a la que los guaraníes llaman «caut-chú», que significa algo así como «leche pegajosa». Y realmente lo es, pero cuando se calienta se vuelve tan maleable que sirve para sellar grietas y calafatear embarcaciones.

—Me vendría muy bien para las goteras de mi celda… —masculló entre dientes Fray Anselmo.

—Podéis jurarlo. Esa es otra de las «plantas milagrosas» del Nuevo Mundo que podrían facilitar mucho la vida en este Viejo Mundo.

—¿Pero se trata de una planta o de un árbol?

—¡Pero vamos, señor marqués…! No seáis tan meticuloso. Me estoy refiriendo a plantas, árboles, raíces, frutos, tubérculos, resinas o cualquier otra cosa de las que aquí carecemos y allí abundan. Creo que si este informe realmente llega a manos del emperador entenderá que lo que se debe hacer es complementar las carencias de un continente con las abundancias del otro.

—Llegará a sus manos. De eso me ocuparé personalmente.

—Pues tendréis que compraros un buen caballo porque tengo entendido que es un culo inquieto que hoy está aquí y mañana en Flandes.

—¡Más respeto!

—Todo el respeto del mundo, pero hay quien dice que duerme mejor en una diligencia que en una cama. Debe ser porque su aya lo mecía demasiado en la cuna.

Don Bernardo Olivares, buen caballero y fiel vasallo dispuesto siempre a dar la vida por su emperador, se armó de paciencia, que era de lo único que podía armarse.

—Empiezo a sospechar que las próximas navidades las pasaremos en una mazmorra, puesto que ni Su Majestad ni nadie de su entorno dará por buena semejante sarta de disparates —dijo—. Pero una vez aceptado nuestro destino me gustaría que me explicaseis cómo diantres se construye una nave capaz de cruzar un océano sin más que hachas de piedra.

—Con buena voluntad, mucho tiempo, mucha experiencia y algo de ingenio. La voluntad y la experiencia las tenía, el tiempo me sobraba y cosa es sabida que la necesidad aguza el ingenio. Cada vez que me enfrentaba a un problema en apariencia irresoluble, me tumbaba a meditar, hasta que llegué a una lógica conclusión: con los pocos medios de que disponía no podía construir una piragua; tenía que construir dos.

—Me molesta sobremanera vuestra forma de intentar confundirme. Es más, la encuentro fuera de lugar.

—No intento confundiros, sino mostraros la realidad. A la orilla del río encontré dos árboles casi idénticos, los derribé y los empujé

hasta la playa, donde a base de fuego y hacha los convertí en piraguas. Luego, y utilizando lianas, las cubrí con pieles de ocelote, danta o mono, sellando las junturas con
«caut-chú»,
de tal modo que se convertían en cámaras de aire insumergibles.

—Jamás se me habría ocurrido.

—Porque no os encontrabais en una situación tan apurada.

—¿Y por qué dos si estabais solo?

—Porque todas las canoas, incluso las insumergibles, suelen volcar en cuanto las golpea una ola, pero si van unidas a otra se convierten en un catamarán y no zozobran con facilidad. Las junté con gruesas ramas de aproximadamente braza y media, con lo que me quedó una plataforma en la que podía almacenar odres con agua, cocos y alimentos para un mes, porque lo que me sobraba era carne de cerdo y sal con la que conservarla.

—¿Qué tiempo empleasteis en esa tarea?

—Calculo que medio año.

—¿Medio año sin ver a nadie?

—Mejor aún; sin que nadie me viera hasta que amaneció un día de calma chicha en el que el mar parecía una balsa de aceite, que era lo que necesitaba para botar aquel armatoste al agua, que se mantuviera en equilibrio y me diera la oportunidad de estibar la carga. Tal como sospechaba, una de las piraguas era más pesada que la otra, pero en tierra me había resultado imposible calcular hasta qué punto. Tuve que emplear toda la mañana en distribuir los bultos y afianzarlos con lianas, y toda la tarde en colocar en su sitio un mástil y una vela.

—¿De dónde sacasteis la vela?

—De tres amables jaguares que me prestaron sus pieles.

—¡Diantres! No me cansaré de deciros que sois increíble.

—Ni yo de escucharlo.

—¡Un momento! —suplicó Fray Gaspar volviéndose a Fray Anselmo—. ¿Habéis escrito eso…? —Ante el gesto afirmativo acercó el documento—. Pues permitidme que lo copie porque me he quedado en lo de «calcular hasta qué punto».

—A veces os comportáis como un niño —lo reprendió el marqués.

—Es que se me duerme la mano.

—Pues será lo único que se os duerme.

Le respondió un sordo reniego, por lo que Cienfuegos decidió intervenir:

—Haya paz. ¿Sigo o no sigo?

—¡Seguid!

—¿Está la mano en condiciones? ¡Pues bien! No tardé en llevarme una desagradable sorpresa; la corriente me empujaba hacia el sur, y como la experiencia me ha enseñado que cuanto más cerca de la costa más fuerte suele ser la corriente, comencé a remar hacia el este con intención de alejarme de tierra firme.

—Empiezo a creer que «Los Trabajos de Hércules» fueron una niñería frente a los vuestros.

—Con una notable diferencia: Hércules era hijo de Júpiter y yo ni siquiera conocí a mi padre, o sea que me tocaba remar si no quería congelarme, porque allí cuanto más al sur más frío hace.

—Resulta comprensible al tratarse de otro hemisferio. En este, cuanto más al norte, más frío hace.

—Sobre todo en Burgos —intervino Fray Anselmo—. Pasé un año como escribano de la catedral y casi cuelgo los hábitos.

—Y vos, Fray Gaspar, ¿nunca habéis pensado en colgar los hábitos?

—Solo una vez, y por culpa de una mujer.

—¿Os enamorasteis?

—No. Era la cocinera del seminario y nos daba tal bazofia que a punto estuve de marcharme.

—Siempre he oído decir que el hambre y el frío tienen mucho que ver con las vocaciones religiosas.

—No pienso escribir eso.

—Yo tampoco.

—Sigamos entonces con lo que importa porque a veces esto parece más una taberna que un palacio. ¿Cuánto tiempo remasteis?

—Mucho. No puedo recordar cuánto, tal vez un mes, pero no tuve grandes problemas porque llovía a menudo, abundaba la pesca y tenía carne salada para dar y regalar. Por fin una noche avisté unas luces, encendí fuego e hice señas. Se trataba de un barco portugués y les conté que era el único superviviente de una carabela que había zarpado de La Gomera con destino a Santo Domingo.

—¿Nadie sospechó que veníais del Nuevo Mundo?

—Para hacerme el tonto no necesito mucho esfuerzo, y era más asumible la mentira que la verdad puesto que me habían encontrado relativamente cerca de las Canarias y en el borde de «La Ruta de los Alisios». Me trataron con todo el afecto y respeto que merece un náufrago, pero me advirtieron que no me quedaba más remedio que faenar como uno más hasta que llegáramos a la India.

—¿A la India…? —se horrorizó Fray Gaspar.

El gomero asistió como si aquella fuera una pesada broma del destino.

—Hasta la mismísima India, puesto que se trataba de un viaje sin escalas. Tendría que trabajar muy duro, pero la paga y la comida eran buenas porque la armadora del barco, «La Viuda Ferreira», tenía fama de proxeneta y esclavista pero trataba a sus tripulantes a cuerpo de rey.

—¿O sea que hubo una época en que estuvisteis trabajando para la vieja?

—¡Y tanto que trabajé! Como ya os dije, el mundo es un pañuelo, pero durante todo el tiempo que duró la travesía no se me escapó una sola palabra que les hiciera sospechar que había puesto los pies fuera de Canarias. Me comportaba como un auténtico gomero, silbando más que hablando, pero pronto advirtieron que tenía muy buena vista y no me asustaban las alturas, por lo que me pasaba la mayor parte del tiempo sentado en la cofa charlando con Jairciño, un gaviero al que le encantaba subir a hacerme compañía cuando vigilaba por si aparecían piratas.

—¿Qué clase de piratas?

El aludido le dirigió una mirada de conmiseración a Fray Anselmo.

—Los piratas no son de una clase u otra, padre; son piratas. Los hay blancos, negros, amarillos e incluso a cuadros, pero cualquiera que sea su color, su nacionalidad o su credo, lo único que pretenden es dejarte en paños menores y echarte a los tiburones. Lo bueno de aquel viaje era que a los piratas de la zona no les apetecía asaltar barcos cargados de aceite o trigo; preferían abordarlos a la vuelta, cuando cargaban seda, esclavas o canela.

—Tontos no eran.

—En absoluto, y como tan solo contábamos con cuatro cañones y dos culebrinas frente a navíos muy bien armados, las

posibilidades de supervivencia dependían de la habilidad de los capitanes, aunque en ese aspecto no teníamos queja; la viuda contrataba siempre a los mejores.

—A veces tengo la impresión de que en cierto modo la admiráis —le hizo notar el marqués.

—Es que se trata de una mujer tan despreciable como admirable, y en aquellos momentos mi vida dependía de su buen criterio y su excepcional capacidad organizativa. Si hubiera sabido que viajaba en uno de sus barcos no hubiera dudado en torturarme para que le contara cuanto sabía del Nuevo Mundo, pero por suerte no tenía forma de saberlo.

—¿Creéis que la tortura os hubiera hecho hablar?

—Quien asegure que es capaz de soportar cualquier tipo de tortura miente porque la imaginación humana a la hora de causar daño no conoce límite.

—¿Cómo se llamaba el barco?

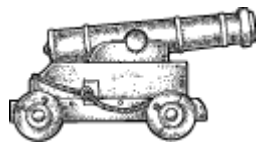
—«San Esteban». Todos sus barcos tienen nombres de santos.

—Vergonzoso cuando los dedica a la prostitución y el esclavismo. ¡Continuad!

—Cuando llegamos al Cabo de Buena Esperanza, el capitán aguardó justo hasta el atardecer para doblarlo, y lo hizo con el fin de alejarse lo más posible de la costa en plena noche, pero me sorprendió que no lo hiciera directamente hacia la India, sino con rumbo sureste, alejándose de su punto de destino.

—¿Y esa incongruencia…?

—Evitaba la corriente en contra que desciende por la costa de poniente africana. Al tercer día viró a babor y nos condujo directo a Goa.



Capítulo XI

—¿Qué os pareció La India?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabéis? ¿Estuvisteis allí o no estuvisteis?

—Sí y no.

—¿Pretendéis sacarme de quicio?

—En absoluto. Fondeamos en Goa, pero yo había sido acogido en condición de náufrago, y tal como marca la costumbre podía continuar a bordo hasta que decidiera en qué puerto deseaba quedarme. Pero en cuanto desembarcara tan solo podría volver en condición de pasajero, y como la jodida vieja no admitía pasajeros en sus barcos me encontraría a miles de leguas de mi casa, por lo que me libré muy mucho de poner un pie en tierra.

—¿O sea que conocéis mejor que nadie un continente pero peor que nadie otro?

—Es un curioso modo de decirlo, pero acertado. Y además Goa no me pareció en absoluto interesante; llovía a mares y había demasiada gente hablando a gritos y con grandes aspavientos.

—Siempre soñé con ser misionero en la India… —comentó Fray Anselmo.

—Aún estáis a tiempo.

—Cuando se ha vivido en el Alcázar de Sevilla con tres comidas diarias los sueños cambian.

—Si todos los frailes fueran tan sinceros la Iglesia sería muy diferente, padre.

—Dejemos a la Iglesia en paz con el fin de que ella nos deje en paz a nosotros —intervino el de Peñagrande—. ¿Qué ocurrió a continuación?

—Que una noche nos subieron a los botes, nos obligaron a remar en silencio con el fin de sacar el barco a mar abierto y al amanecer ya estábamos lejos de la costa, aunque estornudando a

mansalva.

—¿Y por qué estornudabais?

—Porque aparte de las sedas y las perlas, las bodegas iban hasta los topes de canela, clavo, pimienta, incienso, nuez moscada, y sobre todo unos pimientos rojos que huelen muy fuerte y que si te atreves a probar te dejan la lengua en carne viva.

—Los he probado.

—¿Y…?

—Se me saltaron las lágrimas.

—Pues imaginaos lo que es viajar con eso bajo cubierta y con el balanceo de una nave inestable. Cada vez que teníamos que afianzar la carga subíamos llorando. Desde aquel viaje aborrezco la comida picante.

—Resulta comprensible.

—Fue una travesía realmente «olorosa», la única que recuerde en que en el sollado apenas se notaban los pedos. Según el contramaestre, que era perro viejo en estos trances, el contenido del «San Esteban» valía treinta veces lo que el propio barco, así que lo que importaba era poner agua por medio empujados ahora por la corriente africana que habíamos evitado a la ida. Al amanecer arriábamos velas, dejando únicamente las imprescindibles para gobernar la nave.

—¿Y eso?

—«Las velas cantan» destacando en el horizonte, y los piratas suelen estar muy atentos a esa melodía. Cuando ya habíamos sobrepasado Madagascar fondeamos frente a un poblado en el que el capitán compró dos muchachas nativas destinadas a los prostíbulos de Lisboa, pero tampoco me arriesgué a bajar a tierra.

—¿Pretendéis hacernos creer que habéis estado a tiro de piedra de dos continente sin poner los pies en ninguno de ellos?

—Podéis creerme o no, señor, marqués, pero ya conocéis el dicho, «la curiosidad mató al gato». Y yo estoy vivo.

—No cabe duda de que sois un personaje asaz peculiar.

—Si dicha peculiaridad se encuentra relacionada con la necesidad de seguir respirando, os doy la razón. ¿Puedo continuar?

—¡Por favor!

—Encogía el corazón ver a aquellas pobres criaturas acurrucadas entre los sacos y aterrorizadas ante la presencia de una veintena de

malencarados hombretones ansiosos por abusar de ellas, pero todos sabían que quien osara tocarlas acabaría como pasto de los tiburones. «La Viuda Ferreira» conocía muy bien la diferencia entre ofrecer a sus distinguidos clientes adolescentes vírgenes o usadas.

—Deberíamos habernos dejado de pamplinas y haberle cortado el gaznate cuando tuvimos ocasión.

—También yo me he arrepentido a menudo, pero si nos dedicáramos a hablar de cuanto nos hemos arrepentido en esta vida no nos quedaría tiempo para más. Lo bueno que tuvo aquella travesía es que al doblar el Cabo de Buena Esperanza una corriente similar a la que nos había empujado hacia el sur nos empujaba ahora hacia el norte.

—¿Estáis seguro de eso…? —intervino Fray Gaspar.

—Completamente.

—Conviene recalcarlo porque puede ser de gran importancia para los derroteros y las cartas de navegación…

—Por eso hablo de ello, y convendría que lo ilustrarais con un mapa; por la costa de levante de África fluye una corriente que se dirige hacia el sur y por la de poniente una que se dirige al norte.

—Queda subrayado y en su momento será ilustrado.

—Fueron días y semanas infernales, avanzando a duras penas con la mar en calma, poco viento y un calor cada vez más insoportable, porque nos acercábamos al trópico, por lo que al fin ocurrió lo inevitable.

—¿Una rebelión a bordo?

—¡Peor aún…!

—¿Un crimen?

—¡Peor aún!

—¡Por todos los diablos! Dejad de haceros el gracioso. ¿Qué ocurrió?

—Que mi buen amigo Jairciño, que trepaba por las jarcias como un simio y se paseaba por las alturas como si encontrara en la cocina de su casa, se enamoró perdidamente de la más hermosa de las muchachas, y muy pronto quedó claro que ella le correspondía.

—¡Vaya por Dios! ¡Ya la hemos liado!

—¡Y tanto! Jairciño y Syrié estaban hechos el uno para el otro aunque el color de sus pieles fuera distinto, y cada uno de ellos era como la representación de lo mejor de su raza, por lo que si

llegaban a unirse traerían al mundo criaturas perfectas.

—Pero un barco atestado no es un buen lugar para romances.

—El peor imaginable. Una tarde que me encontraba en la cofa advertí como de improviso la otra muchacha echaba a correr y saltaba por la borda, por lo que de inmediato grité… ¡«Hombre al agua»!

—¿Por qué ¡«Hombre al agua»! si era una mujer?

—Sería porque jamás había oído gritar ¡«Mujer al agua»!

—¡Qué cosas!

—Fuera como fuera viramos en redondo, pero la maniobra con una mar encrespada y una tripulación crispada resulto farragosa por lo que cayó la noche sin que consiguiéramos encontrarla. El resultado fue que el capitán ordenó encadenar a Syrié.

—¿Cómo se llamaba ese capitán?

—¿Y eso que más da, don Bernardo? ¿Qué más da? Todos cumplían órdenes o perdían el mando y debe resultar muy difícil comandar otro barco si has sido expulsado de la flota de «La Viuda Ferreira». Por lo que se comentó a bordo, el capitán tendría que pagar de su bolsillo lo que había costado la muchacha, y suerte tendría si no obligaban a pagar «lo que hubiera producido» en diez años de servicios en un burdel.

—¡Jodidos portugueses!

—Menos insultos y más escribir, Fray Gaspar. Y sobre todo menos puntualizar, porque lo que hacen los portugueses con muchachas africanas no se diferencia en mucho de lo que hacen nuestros compatriotas con muchachas cubanas.

—La Corona ha dictado órdenes muy estrictas respecto a la esclavitud.

—«Lo que el emperador grita en Toledo, en Cuba resuena como si se tirara un pedo». Aprendeos el dicho y tened muy presente que cualquier ordenamiento que favorezca a los nativos pierde la mitad de su fuerza por el mero hecho de atravesar el océano. Y que cualquier ordenamiento que favorezca a los invasores dobla su fuerza en la otra orilla.

—¿En verdad nos consideráis «invasores»?

—No está en mi ánimo involucrarme en una nueva discusión que a nada conduce. En aquellos momentos lo que me preocupaba era ver a una maravillosa criatura encadenada y a un buen amigo a

punto de estallar, lo que hubiera significado que le propinaran cien latigazos y lo colgaran del palo mayor hasta que el cuerpo se le desprendiera de la cabeza.

—¿Y qué podíais hacer?

—De momento calmarlo, lo cual constituía de por sí una labor titánica que no le deseo ni a mi peor enemigo. A cada momento estaba temiendo que se armara como un nuevo «Amadís de Gaula», pero no contábamos a bordo con lanzas, brillantes armaduras o caballos con los que enfrentarnos a malvados secuestradores de hermosas doncellas. Tan solo contábamos con dos mugrientos machetes y un perro pulgoso.

—¿Habéis leído «El Amadís de Gaula»?

—No hace mucho.

—¿Y qué opináis?

—Que alguien debería ponerle coto a tanto disparate y escribir algo sensato, porque se diría que el mundo tan solo está poblado por valientes caballeros andantes y preciosas princesas que huelen a rosas, cuando todos sabemos que lo que abundan son muleros que apestan a ajo y mozas de taberna que hieden a entrepierna.

—Una vez más sois injusto incluso con Vos mismo puesto que en lo que se refiere a Soledad De la Cueva os habéis comportado como un auténtico caballero andante.

—El auténtico caballero habéis sido Vos; yo me he limitado al papel de escudero. Y como continuemos tirándonos flores el uno al otro vamos a dejar esos rosales en barbecho.

—Permitamos que sigan como están. ¿Qué ocurrió luego?

—Que tuvimos suerte, porque hicieron su aparición unos piratas guineanos tan cutres que daba pena verlos, y el simple hecho de dar la voz de alarma, cargar cañones, dispararles y ver cómo ponían los pies en polvorosa calmó los ánimos de Jairciño hasta que llegamos al punto que consideré idóneo para llevar adelante nuestro plan.

Capítulo XII

—Estábamos ya en aguas canarias y nos las ingeniamos para que la noche que cruzábamos frente a Fuerteventura estuviéramos los dos de guardia, yo al timón y él en las velas, por lo que pudimos librar a Syrié de sus cadenas, sacar el «Manual de Derroteros» de la jaula, echar uno de los botes al agua y desaparecer.

—¿En mar abierto?

—Más vale mar abierto que barco cerrado y al amanecer nos encontramos a la vista de un islote en el que únicamente habitaban focas.

—Son focas monje a las que algunos conocen como «lobos de mar» —puntualizó don Bernardo, feliz por dar muestras de su erudición al respecto—. Por eso se llama «Isla de Lobos».

—Como quiera que sea, focas o lobos de mar, al sur de ese bendito islote, que Dios tenga en su gloria, descubrimos una ensenada muy cerrada en la pudimos hundir el bote cargándolo de rocas.

—¿Hundir el bote? —se sorprendió Fray Anselmo—. ¿A qué viene semejante disparate?

—En realidad no lo hundimos; tan solo lo sumergimos lo justo para que no pudiera verse porque, tal como suponíamos, el «San Esteban» hizo su aparición esa misma mañana.

—Al capitán no le debió hacer ninguna gracia perder a dos esclavas y dos tripulantes en el mismo viaje —aventuró Fray Gaspar.

—Menos gracia le hacía perder el «Manual de Derroteros» que desvelaba los secretos de navegación de los barcos de la viuda. Sabía que le costaría el mando o la cabeza, por lo que fondeó en el canal que separa el islote de Fuerteventura y mandó a su gente a amenazar a cuantos lugareños encontraran con cortarles la lengua si no hablaban.

—Peor hablarían si les cortaban la lengua.

—Es una forma de expresarse, y os suplico una vez más que no seáis tan tiquismiquis. Estaban tan cerca que de día teníamos que permanecer en la costa de levante, moviéndonos solo por las noches, y al atardecer oíamos cantar al marmitón, que tenía una voz preciosa y tocaba muy bien la guitarra.

—¿Qué es un marmitón? —quiso saber Fray Anselmo.

—Un ayudante de cocina.

—Nunca lo había oído. ¿Debemos aclararlo o Su Majestad lo sabrá?

—Poned ayudante de cocina y no me toquéis las narices.

—¡Perdón!

—Excuso decir que Jairciño y Syrié daban rienda suelta, ¡y muy, muy suelta!, a su pasión, pero a mí aquel sol me estaba secando el cerebro y las rocas destrozando los pies, por lo que empezaba a maldecirme por haberme metido en tal aprieto.

—¿No mandaron a nadie a registrar el islote?

—Dos veces, pero es muy agreste con el cráter de un volcán de difícil acceso y varias cuevas, por lo que no nos costaba mucho ocultarnos. El gran problema estribaba en que se nos había acabado el agua, aunque logramos aguantar cinco días.

—¿Cómo se puede sobrevivir cinco días sin agua? —quiso saber Fray Gaspar.

—Con leche.

—¿Y de dónde sacabais la leche?

—De las focas.

La desconcertante respuesta dejó sin habla a los tres hombres que escuchaban y que necesitaron un tiempo para rehacerse de la sorpresa. Al fin don Bernardo inquirió:

—¿Queréis hacernos creer que habéis sobrevivido a base de leche de foca? —Ante el gesto afirmativo añadió—: ¿Y cómo es?

—Algo salada pero bastante buena. Y muy alimenticia.

—¿Y cómo la conseguíais?

—Mamando.

—¿Mamando directamente de la foca?

—Resulta relativamente sencillo porque al no tener depredadores en tierra duermen como troncos y si te acercas reptando te puedes pegar a las ubres.

—¡Qué asco!

—La verdad es que resultaba bastante molesto porque antes tenías que frotarte contra una cría para que te impregnara de su olor.

—¡Inaudito! He oído muchos disparates en mi vida, sobre todo viniendo de Vos, pero juro sobre la tumba de mi abuela que este los supera a todos.

—Si la gente de tierra adentro se alimenta de leche de vaca, cabra e incluso camella, no veo por qué la gente de mar no se pueda alimentar de leche de foca, que contiene más grasa y es más nutritiva.

El razonamiento era justo y así lo tuvieron que admitir quienes habían escuchado tan peregrina explicación.

—¿Y qué comíais?

—Pulpos, lapas, almejas, cangrejos o los pequeños peces que quedaban atrapados en los charcos cuando bajaba la marea. Todo muy afrodisíaco, para mayor gloria de Jairciño y gran alegría de Syrié, pero comprendí que no podíamos continuar jugando más tiempo al gato y al ratón, por lo que una noche me eché al agua, nadé en silencio y corté los cabos de las anclas del «San Esteban».

—¿Acaso no tenía cadenas?

—«La Viuda Ferreira» había calculado que treinta brazas de cadena pesaban el equivalente a quince sacos de canela y que para fondear con seguridad un barco se necesitan dos anclas, así que, según su modo de ver, las cadenas sobraban.

—Caro le costó.

—Muy caro porque al poco la nave comenzó a desplazarse empujada por el viento de una isla que es famosa por sus vientos, y antes de que sus tripulantes tuvieran tiempo de hacerse con la embarcación, se encontraron montados sobre unas rocas y con tres vías de agua que les inundaban las bodegas.

—¿Hubo víctimas…?

—Cuando un barco naufraga en plena noche estrellándose contra un arrecife de rocas puntiagudas no se suele preguntar si hubo víctimas, sino si hubo supervivientes. Recuerde la vieja canción: «Marinero no le temas al mar, teme a la roca; el mar mece tu cuerpo, la roca lo destroza».

—¿Y los hubo?

—¿Supervivientes…? Creo que cuatro, pero no estoy seguro. Lo que nos importaba era alejarnos de allí cuanto antes, por lo que reflotamos la barca, bordeamos Fuerteventura y pusimos rumbo a Gran Canaria, donde nos presentamos a las autoridades como náufragos del «San Esteban», lo cual en cierto modo era cierto.

—¿Se hicieron investigaciones?

—¿Sobre el naufragio de un barco portugués que transportaba esclavas…? No muchas.

—¿Y eso?

—El gobernador conocía la fama de la viuda y prefirió no meterse en honduras. Syrié y Jairciño encontraron un cura que los casó, y como él llevaba seis años navegando con una buena paga y pocos gastos, contaba con los ahorros suficientes como para montar una posada.

—¿Y en cuanto a Vos?

—¿En cuanto a mí? Tras tantas idas y venidas había regresado al punto de partida, por lo que decidí acercarme a La Gomera con el fin de visitar la tumba de mi madre, pasarme un par de semanas recorriendo los riscos y barrancos en los que me había criado y bañarme en la laguna en la que conocí a Ingrid.

—A eso se le llama nostalgia.

—Suele ser la peor compañera de viaje de todo el que se ve obligado a abandonar su tierra, pero en esta ocasión fue muy gratificante. Sin embargo, de vuelta a la península las cosas volvieron a complicarse cuando comenzó a correr el rumor de que «La Viuda Ferreira» había perdido uno de sus mejores navíos con todo su cargamento, pero que los culpables de tamaño desaguisado no habían sido una feroz tormenta ni unos implacables piratas, sino un gaviero portugués, una esclava africana y un náufrago español que nadie sabía de dónde había salido porque en ningún informe constaba que un barco español se hubiera hundido en el lugar y la época en que había sido recogido por el «San Esteban».

—La mentira tiene las patas cortas.

—No serían tan cortas cuando me llevaron hasta la India, pero lo cierto es que la maldita vieja, que era más lista que los ratones coloraos, interrogó a los supervivientes, comenzó a atar cabos y llegó a la conclusión de que yo podía ser un auténtico náufrago, pero eso era lo único que tenía de auténtico, y por lo tanto puso

precio a mi cabeza.

—¿Vivo o muerto?

—Mejor muerto.

—¿Qué precio?

—Mil doblones.

—Mucho habíais progresado. El vizconde tan solo había ofrecido diez.

—Si hasta las cabezas de ajo suben de precio, tanto más las humanas. Pero lo preocupante no era eso, sino que también había puesto precio a las de Jairciño y Syrié, lo cual significaba que nunca podrían vivir en paz.

—¿También vivos o muertos?

—Mejor muertos, lo cual tan solo me dejaba una solución; nadie intenta cobrar una recompensa cuando sabe que nadie le va a pagar dicha recompensa.

—¿Estáis intentando decir que pensabais matar a la viuda?

—No estoy intentando decirlo, don Bernardo; lo estoy diciendo. Sabéis qué clase de bicho era, cuánto veneno destilaba y que no respetaba la vida ni la libertad de nadie. Por suerte no me asociaba con el gomero que llevaba años buscando para que le revelara secretos del Nuevo Mundo y en este caso lo único que quería era venganza por el tema del naufragio. Pero se trataba de tres vidas contra una… —Cienfuegos hizo una corta pausa antes de corregirse a sí mismo—: En realidad eran cuatro porque Syrié estaba embarazada.

—Eso cambia las cosas… —masculló Fray Gaspar—. Un nonato no tiene por qué pagar las culpas de sus padres.

—¿A qué clase culpas se refiere, padre? ¿A amarse desde el momento en que se vieron o a casarse en cuento encontraron un cura?

—¡No empecemos…!

—No sigamos. Aquí hace media hora que nadie escribe una maldita palabra, o sea que lo único que hacemos es gastar el aire de un palacio en el que el aire debe costar muy caro a juzgar por las estatuas y los cuadros. ¡Escribid…! Escribid, mis buenos escribanos, que mi única preocupación era cortarle el cuello a una vieja alcahueta, y que me juzguen los que lo lean el día de mañana.

—Les ruego que lo vuelvan a hacer fielmente a partir de ahora…

—les rogó el marqués—. Aunque sin mencionar que estoy de acuerdo en lo de cortarle el cuello a la vieja.

Isabel de Castro y Costa, que con el paso del tiempo acabaría siendo más conocida por el sobrenombre de «La Viuda Ferreira», se quedó sin habla en el momento en que recibió una carta a la que le acompañaba la copia de una página del «Manual de Derroteros» del «San Esteban».

En la carta, lógicamente anónima, le advertían que, o se retractaba en su intención de acabar con la vida de tres inocentes, o en el plazo de dos semanas se pondrían a la venta cien ejemplares del derrotero con sus correspondientes mapas.

Sabía muy bien que si semejante amenaza se llevaba a término ello significaría no solo su ruina, sino su descrédito, su encarcelamiento y probablemente su ejecución.

Que capitanes franceses, ingleses, holandeses o venecianos pudieran tener acceso a un pormenorizado informe sobre los vientos, las corrientes, los refugios o los bajíos peligrosos con que se encontrarían en la larga travesía que conducía de Portugal a la India constituiría una catástrofe de incalculables dimensiones.

Los barcos españoles no se atreverían a participar en el festín dado que su emperador lo impediría por las nefastas consecuencias que acarrearía para ambos países el hecho de no respetar el Tratado de Tordesillas, pero los armadores de media Europa se lanzarían sobre el manual con el mismo ímpetu con que se lanzan las gaviotas sobre un banco de sardinas.

Constituiría el fin de un monopolio y un duro descalabro para los intereses de cuantos portugueses se habían asentado en tres continentes con un gran esfuerzo y un alto coste en vidas humanas.

Y todo por su culpa.

Las ordenanzas indicaban que los manuales debían permanecer encerrados en una pequeña jaula de hierro a la que únicamente el capitán tenía acceso.

En caso de encontrarse en peligro por el posible asalto de piratas o naves enemigas, la jaula debía ser lanzada al mar con el fin de que se hundiera con rapidez, y si por cualquier circunstancia el barco zozobraba, el agua apenas tardaría unos minutos en diluir la tinta de las anotaciones y los mapas.

Todo había sido muy bien organizado teniendo en cuenta

infinidad de factores, aunque sin tener en cuenta el más frecuente: el fallo humano.

Y en este caso su fallo había sido, como de costumbre, la avaricia.

Sabía muy bien que el «San Esteban» regresaría de Goa cargado de riquezas, por lo que no tenía ninguna necesidad de involucrarse en el feo negocio de la esclavitud.

Mil veces se lo habían advertido, pero siempre había hecho oídos sordos a tales consejos permitiendo que los capitanes añadieran un extra en forma de adolescentes nativas.

Pero el caprichoso destino había querido que una de esas adolescentes nativas se convirtiera en el detonante de un conflicto de incalculables proporciones.

Que el amor, la pasión, el deseo, la lujuria o como quiera que se llamase, estuviera degenerando en cataclismo se le antojaba inaceptable.

Y ridículo.

Por lo que le habían contado, todo había empezado por culpa de una hermosa esclava africana y un apuesto gaviero portugués, y desde luego ni el uno ni la otra tenían cabida en el manual de instrucciones de su flota mercante.

Tampoco la tenía un supuesto náufrago que nadie sabía de dónde había salido puesto que para que existiera un náufrago tenía que existir un barco, y al parecer ese barco nunca había existido.

¿Cómo era posible que un hombre apareciera en plena noche flotando en una balsa en mitad de un inmenso océano y justo en la ruta de sus naves?

¿Y cómo era posible que permaneciera a bordo durante meses sin que nadie supiera nada de él, aparte de que había nacido en La Gomera?

Para una mujer acostumbrada a que todo saliera a su gusto, el dinero fluyera a sus arcas y hasta la nobleza le rindiera pleitesía, tamaño cúmulo de acontecimientos negativos constituían una desagradable sorpresa y tenía la «virtud» de desconcertarla.

¿Con qué animo se sentaría a la cabecera de la mesa sabiendo que era la culpable de la ruina de sus invitados?

¿Y con qué ánimo asistirían sus invitados, si es que asistían?

Probablemente jamás le concederían la oportunidad de

organizar un nuevo banquete con aderezo de perlas y rubíes.

Releyó una y otra vez la carta con manos cada vez más temblorosas, y al fin, y en contra de sus «principios básicos», decidió que había sido derrotada y retiró la oferta de recompensa.

Continuó no obstante con sus prósperos negocios y el tráfico de esclavos, hasta que casi nueve años más tarde, el veintiséis de enero de mil quinientos treinta y uno, un violento terremoto seguido de un destructor maremoto arrasó Lisboa, hundió todos los barcos que se encontraban en el puerto y convirtió su palacio en un amasijo de cascotes.

Tardaron tres días en encontrar su cadáver y la enterraron en una fosa común.

Capítulo XIII

—¿Dónde se encuentra ahora ese «Manual de Derroteros»?

—En lugar seguro.

—¿Y cuándo pensáis entregármelo?

—Nunca.

Tanto don Bernardo Olivar como los frailes quedaron inmóviles, observando estupefactos al gomero como si consideraran que aquella fuera la mayor blasfemia que nadie pudiera haber dicho.

—¿Nunca?

—Nunca. Tan solo se lo entregaría al emperador en persona, y en ese caso le estaría haciendo un flaco favor.

—¿Os importaría explicaros?

—Siempre que no se escriba sobre ello, porque Su Majestad no debe saber nada de esto.

—Su Majestad tiene derecho a saber todo cuanto ocurre en su imperio —le hizo notar en un tono casi amenazante Fray Gaspar de Vinuesa.

—Pero si llegara a tener conocimiento de que uno de sus súbditos está en posesión de tan comprometedor documento, se vería obligado a entregárselo al embajador portugués, ofreciéndole todas clase de disculpas y sin poder garantizarle que no se han hecho copias, lo que pondría en peligro unos acuerdos que especifican que no podemos entrometernos en asuntos que estén a menos de trescientas setenta leguas al este de Cabo Verde mientras los portugueses no se entrometan en nuestros asuntos al oeste de esa línea.

—En eso puede que tengáis razón.

—No es que tenga razón; es que me limito a repetir que está rubricado por doña Isabel de Castilla, don Fernando de Aragón y don Juan de Portugal, teniendo en cuenta, además, que los dos primeros son abuelos de nuestro emperador. ¿Os apetece

involucrarlo en semejante enredo?

—¡No, por Dios…!

—Pues dejemos ese asunto como está.

—La prudencia aconseja dejarlo, pero al hacerlo nos enfrentaremos a una curiosa situación: no solo sois el hombre que mejor conoce nuestros derroteros, sino el que también conoce los derroteros portugueses. Y siendo español, esto último podría considerarse en cierto modo ilegal.

—¿Y qué pretendéis que haga? ¿Destruir unos documentos que contienen una información valiosísima? He pasado la mayor parte de mi vida discutiendo y matando, pero he aprendido que resulta mucho más practico dialogar y comerciar.

—Acabareis pareciendo portugués —le hizo notar Fray Anselmo.

—¿Qué tiene de malo ser portugués si eso te hace mejor? También deberíamos aprender de esos judíos conversos a los que el populacho llama «marranos» y a los que le encanta quemar en la hoguera pero a los que corre en demanda de ayuda cuando se encuentra enfermo. El día que la sabiduría supere al fanatismo, al racismo y a los nacionalismos empezaremos a vivir mucho mejor.

—Vuestra habilidad para adentraros en terrenos pantanosos no conoce límites —masculló el religioso.

—Es posible; pero al expulsar a los judíos desperdigamos por medio mundo unos conocimientos que nos estaban haciendo mucha falta tras haber ganado la última batalla contra los moros. Tesoros en forma de libros, fórmulas o manuscritos centenarios, y cuando una madre ve que su hijo se muere prefiere la visita de un «marrano» que acuda a curarlo que la de un obispo que venga a administrarle la extremaunción.

—¡Ya está bien! —se vio obligado a intervenir una vez más don Bernardo—. ¡Ya está bien! A menudo me pregunto cómo es posible que hayáis salido sano y salvo de tantos peligros, pero cuando veo hasta qué punto sois capaz de enredarlo todo, lo comprendo. El tema de los judíos y los conversos es altamente delicado y poco tiene que ver con el asunto que nos ocupa.

—Sí tiene que ver, porque entre los que nos tuvimos que quedar en el Fuerte de La Natividad había cinco a los que no se les concedió la oportunidad de salvarse por el mero hecho de ser judíos. Uno de ellos permaneció a mi lado día y noche,

limpiándome una herida infectada y obligándome a beber sus brebajes hasta que me bajó la fiebre. Era un hombre valiente, pero le horrorizaba la idea de caer en manos de los caníbales y que su cuerpo no fuera enterrado según sus ritos.

—Supongo que eso nos ocurre a todos, seamos judíos, cristianos o musulmanes.

—Murió durante el ataque final al fuerte, y aunque no se lo comieron los caníbales, tampoco lo enterramos, por lo que se lo comieron los zamuros.

—¿Qué es un zamuro?

—Un buitre como los de aquí, pero más pequeño. Y más feo.

—Me niego a aceptar que pueda existir algo más feo que un buitre de Sierra Morena. ¿Pero por qué no lo enterraron?

—Éramos dos para enterrar a treinta y siete sabiendo que los causantes de la masacre regresarían, por lo que hicimos lo único que podíamos hacer: huir.

—Debe ser muy duro pasarse la vida huyendo.

—Más duro debe ser pasarse la vida en el mismo lugar sin saber que lo que existe más allá del horizonte.

Se abrió la puerta e hizo su aparición un joven de barbilla prominente y gesto demasiado adusto para su edad, que tomó asiento al otro lado de la mesa, al tiempo que mascullaba:

—¡Buenos días!

El gomero, que fumaba con los pies reposando sobre una silla y una copa de vino en la mano, se limitó a devolver el saludo molesto por el hecho de que un rapaz malencarado viniera a incomodarlo durante su bien merecido descanso.

Estaba harto de hablar como una cotorra y de que le obligaran a recordar momentos desagradables de una vida plagada de momentos desagradables, cuando a lo único que aspiraba era a olvidar los rostros y las voces de aquellos a los que había visto morir o se había visto obligado a matar.

El intruso hizo un gesto hacia la columna de humo e inquirió en un castellano macarrónico y a duras penas inteligible:

—¿Debería probarlo? Me han asegurado que ayuda a pensar.

—Si tenéis algo importante en que pensar…

—En demasiadas cosas; demasiadas para mi gusto, pero no puedo evitarlo.

—¿Mal de amores?

—¡Qué más quisiera yo…!

—¿Problemas familiares?

—Muchos.

—Pues en eso no puedo ayudaros.

—Ya me habéis ayudado bastante y os agradezco los consejos.

—Perdón, pero no os he entendido.

—No me sorprende. Son pocos los que consiguen entenderme.

Fue en esos momentos cuando Cienfuegos cayó en la cuenta de que estaba hablando con un joven de un acusado prognatismo que intentaba disimular con una corta barba rojiza, por lo que saltó del asiento postrándose de rodillas.

—¡Perdón, Majestad! ¡Perdón por mi estupidez!

Aquel de quien un embajador italiano había dicho… «Es de estatura mediana, mas no muy grande, ni pequeño, blanco, de color más pálido que rubicundo; el cuerpo bien proporcionado, bellísima pierna, buen brazo, la nariz un poco aguileña, pero poco; los ojos ávidos, el aspecto grave, pero no cruel ni severo; ni en él otra parte del cuerpo se puede inculpar, excepto el mentón y también toda su faz interior, la cual es tan ancha y tan larga que no parece natural de aquel cuerpo; parece postiza, donde ocurre que no puede, cerrando la boca, unir los dientes inferiores con los superiores; los separa un espacio del grosor de un diente, donde en el hablar, máxime en el acabar de la cláusula, balbucea alguna palabra y por eso no se le entiende muy bien»… respondió en tono amable:

—No tenéis por qué pedirme perdón por nada puesto que habéis demostrado sobradamente ser un fiel vasallo, y por desgracia los fieles vasallos no abundan. ¿Es cierto que os habéis negado a entregarme los derroteros portugueses?

—Lo hice pensando en vuestro bien.

—Y os lo agradezco porque la primera obligación de un hijo es respetar las decisiones de sus padres, y los míos decidieron que prevaleciera la paz sobre la guerra. Bueno, en realidad lo decidieron mis abuelos, pero todo queda en familia. ¡Y sentaos por Dios! No me gusta hablarle a una cabeza inclinada.

—No puedo ponerme a la altura de Vuestra Majestad.

—¿Acaso pretendéis que sea yo quien me arrodille? Dejaos de monsergas que estamos solos. He leído vuestros informes y hay

muchas cosas que me llaman la atención y otras que me preocupan. ¿Existe o no existe un canal entre las islas?

—Definitivamente no.

—¿Luego es cierto que la Tierra es mucho más grande de lo que Colón hizo creer a mis abuelos?

—Nunca intentó engañarles; él era el primer equivocado.

Siguieron una larga ristra de maldiciones masculladas en alemán, al cabo de las cuales el hombre de la barbilla en exceso prominente se apoderó de lo que había quedado del cigarro y lo olisqueó con manifiesto desagrado.

—Os prohíbo fumar en mi presencia. Y ahora, decidme: ¿Qué es lo que más os llamó la atención del Nuevo Continente?

—Difícil pregunta, Majestad.

—No he venido hasta aquí para hacer preguntas fáciles —chasqueó impacientemente los dedos—. ¡Rápido…!

—Quizás las manadas de bisontes, quizás los templos aztecas, quizás los jardines de oro del Cuzco, quizás la altura de la cordillera o quizás la gran catarata.

—Son demasiados «quizás».

—Es que es demasiado continente.

—Tal vez algún día pueda ir a conocerlo, pero de momento tengo que preocuparme de asuntos más enojosos, porque hay quien considera que soy demasiado joven para cargar con tantas responsabilidades y tantas coronas, por lo que aspiran a librarme de alguna de ellas… ¿Vos que opináis?

—Con respecto a la juventud nadie puede negarlo puesto que salta a la vista, y con respecto a las responsabilidades, corre por vuestras venas tanta sangre de soberanos responsables que es de suponer que alguna habréis heredado.

—No me gusta esa respuesta. Os prefiero cuando os comportáis de un modo tan irreverente que desquicia al pobre marqués, que a pesar de todo os aprecia mucho.

—Aprecio compartido.

—Pues procurad no hacerle tantas perrerías y evitad las alusiones a la Santa Inquisición, porque si alguno de sus fanáticos decide tomar cartas en el asunto nadie podría ayudaros. Ni siquiera yo.

—Mantendré la boca cerrada.

—Más os vale… Y ahora, decidme: por lo que he podido sacar en limpio de vuestros informes, los aztecas son muy poderosos pero están divididos, mientras que los incas no.

—Así es, Majestad. Y además están mucho más cerca. Partiendo de Santo Domingo vuestros barcos podrían arribar a sus costas en una semana.

—¡Alto ahí…! —le interrumpió el recién llegado alzando la mano—. No tengo la menor intención de enviar mis barcos a enfrentarse a quienes no constituyen una amenaza.

—¡Pero forman parte de vuestro imperio!

—Demasiado extenso a mi modo de ver… —De nuevo hablaba entre dientes y más en alemán que en castellano, por lo que su interlocutor tenía que estar muy atento pese a que, por su larga relación con Ingrid, entendiera bastante bien el idioma—. Sería una insensatez buscarme nuevos enemigos lejos cuando tengo tantos viejos enemigos cerca. El Imperio otomano se extiende por el Mediterráneo y pronto alcanzará nuestras costas, por lo que el dilema es simple: o nos dedicamos a cristianizar paganos al otro lado del océano o a impedir que los turcos nos islamicen a este lado del océano. ¿Qué haríais Vos?

—En La Gomera hay un dicho: «Cerrar la casa antes de salir de caza».

—Muy acertado. Si ese Nuevo Mundo del que con tanto entusiasmo habláis lleva siglos esperándonos, aún puede esperar unos años más.

—¿Y si otras potencias intentan adelantarse?

—En ese caso las aplastaría, pero aunque ese enorme continente forme parte de mi herencia no gastaré ni un maravedí en conquistarlo. —Hizo una larguísima pausa, sin prisas, sabiendo que podía permitirse el lujo de alargar su silencio cuanto le viniese en gana y al fin señaló—: Sin embargo concederé títulos de adelantado, gobernador, alcalde, regidor, e incluso virrey, a quien lo intente por su cuenta y riesgo. Los títulos son baratos; tan solo se necesita un pergamino.

—Nunca se me habría ocurrido.

—Porque no habéis sido educado para estos negocios, ni nadie os ha concedido la potestad de otorgar títulos. Que sean los banqueros, los nobles, los comerciantes, los aventureros o la propia

Iglesia los que se empeñen en tan ardua tarea porque yo me conformaré con la quinta parte de sus beneficios.

—Muy generoso por vuestra parte, porque los terratenientes suelen exigir a sus arrendadores la mitad de sus ganancias.

—Lo cual siempre lo he considerado un abuso al que algún día, cuando las coronas estén suficientemente asentadas sobre mi cabeza, pondré coto. No obstante, no es lo mismo ceder tierras en Extremadura o Andalucía, donde los únicos enemigos son el sol y la sequía, que en selvas ocupadas por salvajes dispuestos a defender lo que es suyo. ¿No os parece?

—Muy cierto.

—Hay otras muchas cosas en esos informes que me han llamado la atención, sobre todo en lo que se refiere a nuevos alimentos y a esa planta que confiere una extraordinaria energía. ¿Cómo se llama?

—Coca.

—Pues si además de su acreditado valor, mis «Tercios» contaran con semejante ayuda, no habría turco que se nos resistiese. Esos endiablados sarracenos utilizan opio, que por lo que cuentan produce excitación sexual incluso después de muertos ya que tras las batallas se suelen encontrar cadáveres con el falo erecto.

—Pero eso presenta un grave inconveniente —le hizo notar el gomero—. Si quienes consumen opio se vuelven adictos y acaban convirtiéndose en guiñapos humanos, no quiero ni imaginar en lo que se convertirían los adictos a la coca.

—Lo habéis visto entre los incas.

—La tienen muy controlada y con severos castigos. Tan solo los miembros de la nobleza pueden consumirla por placer o como afrodisíaco, pero siempre dentro de unas normas.

—¿O sea que desaconsejáis su uso?

—Totalmente.

—¿Y con respecto al «xocolhá»?

—Eso no es una droga, señor; es un capricho.

El nieto de Maximiliano de Habsburgo, de quien había heredado el trono imperial, y de los Reyes Católicos, de quienes había heredado la Corona de Castilla, incluidos los dominios de Navarra y las Indias Occidentales, así como la Corona de Aragón, que comprendía los reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Valencia,

Mallorca y el Condado de Barcelona, se rascó pensativamente la barba mientras comentaba:

—Supongo que también yo tengo derecho a algún capricho. Si me lo traéis y me gusta, os nombraré «Conde de Xocolhá».

—¿Me estáis insinuando que debo volver al país de los mexicas?

—No es una insinuación; es una oferta por si os apetece ser conde.

—Con todos los respetos, señor, me importa un bledo ser conde. Es más, creo que lo aborrecería.

—¿Ni aunque incluyera tierras, un castillo, siervos y una asignación económica?

—Lo del castillo, las tierras y la asignación económica no parece mala idea, pero sin títulos ni siervos. Creo que me echaría a reír cuando me llamaran «Señor Conde de Xocolhá».

—Muy serio no suena desde luego. Y en cuestión de castillos ahora andamos escasos. Tendría que ser un palacete, pero volvamos a lo que importa. ¿Hasta qué punto serán importantes las armas de fuego en el nuevo mundo?

—En un primer momento lo serán, puesto que causan pánico y desconcierto, pero a la larga no son demasiado eficaces porque en lo que un arcabucero recarga su arma un indígena le ha lanzado cinco flechas envenenadas. Y además en un clima tan húmedo y con tanta lluvia la pólvora falla con excesiva frecuencia. Me inclino más por las ballestas.

—Lo tendremos en cuenta. Servidme una copa. Y rellenad la vuestra.

Mientras lo hacía Cienfuegos no podía apartar la vista de un muchacho, al que si le colocaran sobre la cabeza todas las coronas a las que tenía derecho le romperían el cuello, al tiempo que se preguntaba si lo que estaba ocurriendo era verdad o era el efecto del vino que estaba sirviendo.

Si no fuera por el hecho de que tan inconfundible rostro aparecía en todas las monedas aceptaría que estaba siendo víctima de una broma tramada por el maquiavélico marqués o por la endemoniada Soledad.

Llenó las copas y tras beber un primer sorbo y secarse una gota que le corría por la barba, el dueño de medio mundo inquirió:

—¿Qué puedo hacer con vos? La lógica me dicta que debería

cortaros la cabeza o encerraros en una mazmorra para que no podáis contarle a nadie más cuanto sabéis.

—En ciertas ocasiones la lógica no suele ser lo más lógico.

—Cierto. Y me considero una buena prueba de ello porque lo lógico sería que alguien con más sabiduría y experiencia ocupara mi puesto, pero aquí estoy y sin saber qué hacer. Y si no soy capaz de decidir lo que tengo que hacer con uno de mis súbditos, dudo que sepa lo que tengo que hacer con el resto. —Señaló la puerta—. Pedidle a don Bernardo que pase. Quizás se le haya ocurrido alguna idea brillante.

Pero al pobre marqués no se le había ocurrido ninguna idea —ni brillante ni opaca— en cuanto se refería al destino del gomero ni al de la montaña de legajos que se habían ido acumulando durante aquellos meses. Tal como expresó de la forma más sencilla posible, se había limitado a cumplir órdenes suponiendo que su soberano sabía por qué lo estaba haciendo.

—Lo sabía… —admitió el mencionado—. Lo sabía porque mi obligación es saber lo más posible en cuanto atañe a mis reinos y súbditos, pero admito que tal exceso de información me está desbordando. Quizás la solución sería cortar una cabeza que sabe demasiado —masculló mientras se ponía en pie y abandonaba la estancia—. Pero solo un poco.

—¿Cómo ha dicho? —quiso saber don Bernardo, cuyo alemán no era muy fluido.

—Ha dicho que tal vez la mejor solución sería cortarme un poco la cabeza —le aclaró Cienfuegos.

—Esa traducción no puede ser correcta; las cabezas se cortan o no se cortan.

—Empiezo a pensar que tiene un extraño sentido del humor, algo germánico pero bastante macabro.

Capítulo XIV

—He decidido retirarme.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser…? Del oficio. Me he cansado de ponerle buena cara a cuanto rijoso entra por esa puerta, y quiero que mi hijo no se avergüence de su madre.

—Me parece la mejor idea que has tenido en años, pero ¿de qué vas a vivir?

—Tengo algunos ahorros y ampliaré el negocio.

—¿Qué negocio?

—El de ropa.

Cienfuegos la observó sorprendido.

—No sabía que fueras modista.

—Y no lo soy, pero me di cuenta de que a Sevilla llega mucha gente del norte decidida a embarcarse hacia un continente donde hace aún más calor que aquí, por lo que esa ropa no va servirles de nada. Se la compro, les vendo otra más ligera, mando lavar la que he comprado y la revendo en los mercadillos del Norte.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—Hasta hace poco aquí las chicas pobres solo podíamos ser putas o fregonas, y yo ya he sido ambas cosas, pero con tanto trajín y tanto barco se ofrecen grandes oportunidades, por lo que hay que estar muy a atenta a los loros.

—¿Qué loros…?

—Los que traen los marineros. Le compras su loro a un marinero por veinte maravedís y se lo vendes a una segoviana por doscientos. A las segovianas les encantan los loros.

—¿Y eso por qué?

—¿Y yo qué sé? Tal vez porque su vecina tiene uno, o tal vez porque sus maridos hablan poco. Por un buen papagayo pagan el doble.

—Creo que estás mal de la cabeza, pero te echaré de menos.

—¿Por qué me vas a echar de menos? Seguiré viniendo a verte porque resulta más rentable ganarte a las cartas que vender loros… —Sonrió ampliamente al añadir—: Cuando te conocí dijiste que nunca te acostabas con meretrices o con mujeres que no quisieran acostarse contigo… ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Pues ya no soy meretriz sino mujer de negocios.

—¿«Mujer de negocios…»? ¡Liante es lo que eres!

—Llámalo como quieras, pero me apetece acostarme contigo.

—¡Escucha, cielo! Aunque me hagas trampas a las cartas te considero una buena amiga, y los amigos se conservan toda la vida, mientras que las amantes solo suelen durar un par de meses. O sea que mejor seguimos cada uno en su cama y el ángel de la guarda en la de todos.

—Creo que te odiaré por esto. Creo que incluso te mataré, porque en alguna parte he leído que no hay rencor más profundo que el de una mujer despechada.

—Tú no eres una mujer despechada; tienes unos pechos preciosos y muy generosos… —se corrigió—. Bueno, de generosos nada puesto que cobras por tocarlos. Y ahora déjate de bobadas y saca la baraja.

Se enfrascaron en una apasionada partida de «doblete» en la que abundaron las maldiciones y las risas hasta que se escucharon unos discretos golpes en la puerta e hizo su aparición un cariacontecido don Bernardo, que tras saludar, sentarse y servirse una copa, que apuró de un solo trago, señaló:

—Lo siento, Soledad, pero únicamente Cienfuegos puede oír lo que le tengo que decir…

—¡Secretos, secretos! En este palacio hay más secretos que pulgas. ¡Y mira que hay pulgas…!

Salió refunfuñando, y cuando hubo cerrado a sus espaldas, el gomero comentó:

—Ha decidido dejar el oficio.

—La felicitaré por ello, pero espero mejor ocasión porque el asunto que me trae es harto delicado, tanto, que no me siento capaz de llevarlo a cabo.

—Siempre es preferible una renuncia a tiempo que un fracaso.

—A condición de que te permitan renunciar, que no es el caso.

—¿Y cuál es el caso?

—Que preocupado por vuestros informes, el emperador ha ordenado que recalculen el tamaño de la Tierra, y al parecer han llegado a la conclusión de que efectivamente es casi un tercio mayor de lo que se pensaba, lo cual quiere decir que ese océano que recorristeis de norte a sur debe ser enorme de este a oeste.

—¿Lo cual vendría a significar que China, Japón y las islas de las especias siguen estando en el quinto infierno?

—¡Exacto!

—¿Y que resultará más practico seguir utilizando la ruta de los portugueses que ir a través de un nuevo continente que se ha convertido en una barrera a la que habrá que añadir un nuevo océano?

—¡Exacto!

—¡Pues que intente llegar a un acuerdo con los portugueses…!

—¡No conocéis al emperador…! Bueno, sí lo conocéis, pero no lo suficiente. Se le ha ocurrido una idea en la que por desgracia nos veremos seriamente implicados…

—¡Dios nos coja confesados…!

—¡Y comulgados!

—Os ruego que no me digáis cuál es porque se me arruga el ombligo de pensarlo.

—Abrir un canal a través del istmo.

—Me lo temía. ¿Pero qué tenemos que ver con todo esto? No somos ingenieros ni cartógrafos.

—Me ha nombrado «Administrador General del Canal Interoceánico», con la promesa de ser nombrado duque si llevo a buen puerto tal empeño. En cuanto a Vos, habéis sido nombrado «adelantado» con la obligación de encontrar el lugar más idóneo para hacerlo.

—¿Es que se ha vuelto loco?

—¡Esa lengua…!

—El único lugar que recuerdo sin grandes accidentes geográficos se encuentra en el territorio de los mexicas, y calculo que debe haber al menos ochenta leguas, tal vez cien, entre uno y otro océano. ¿Tenéis idea de lo que significa cavar una zanja semejante en un territorio abiertamente hostil?

—Ni la más mínima, pero Su Majestad no nos ha ordenado que la hagamos, sino que estudiemos si puede hacerse.

—Eso me tranquiliza… ¿Con qué medios contamos?

—¿Medios? ¿A qué os referís con eso de «medios»?

—A barcos, dinero, ingenieros, tropas…

El Marqués de Peñagrande se tomó con calma el acto de extraer de su faltriquera un pergamino y extenderlo sobre la mesa de tal modo que pudiera leerse claramente.

—Lo único con lo que contamos es con este documento por el que los posibles accionistas deducirán de sus impuestos cuanto hayan invertido en el proyecto.

—¿Y eso puede hacerse?

—Todo lo que diga Su Majestad puede hacerse porque lo dice Su Majestad. Aparte de eso, quienes inviertan cantidades importantes recibirán títulos nobiliarios; desde simple caballero a marqués.

—Me admira su capacidad de sacarle dinero a un pergamino, y no sabría determinar si es un rácano o un genio.

—Haré como que no os he oído, pero idos preparando porque dentro de un mes dispondréis de un barco con su correspondiente tripulación.

—¿O sea que cuando confiaba en que se me concediera un merecido descanso me obligan a volver a las andadas?

—Más o menos.

—Pero ya no soy el veinteañero que lo soportaba todo. A menudo me crujen los huesos.

—Los huesos os crujen porque lleváis meses sin salir de palacio siendo como sois un hombre inquieto. En el país de los mexicas dejasteis muchos amigos…

—Enfermos por mi culpa —le recordó.

—No fue vuestra culpa; fue la naturaleza humana, puesto que no podemos pretender que quienes han nacido y se han criado en ambientes muy diferentes reaccionen de igual manera ante una enfermedad. Sospecho que se convertirá en un grave problema en los tiempos venideros, tanto para los de aquí como para los de allá, porque por desgracia los barcos que transportan oro también transportan ratas.

—Harto elocuente vive Dios, pero seguimos en las mismas: ¿de que servirá que encuentre ese imaginario paso si resultará imposible

abrir un canal?

—Servirá para que la historia reconozca que fue nuestro emperador el primero en comprender que ese canal resulta indispensable si pretendemos que el mundo progrese. Luego, cuando se compruebe que es factible, serán sus descendientes los encargados de abrirlo.

—¿Y yo qué culpa tengo?

—Ninguna, pero como administrador del Canal Interoceánico he recibido un segundo encargo: traer semillas de maíz y «xocolhá» con el fin de que arraiguen aquí. ¿Creéis que puede hacerse?

El gomero retrasó la respuesta en un intento por recordar cuanto había visto y oído hacía ya tanto tiempo, pero acabó admitiendo que de poca ayuda podía ser al respecto.

—¿Y yo qué sé? —dijo—. No entiendo de esas cosas, pero lo que sí sé es que son tierras muy calientes en las que llueve durante semanas, y no creo que en toda la península exista un lugar semejante.

—Os acompañarán un jardinero y un botánico porque se trata de una expedición comercial en la que lo que se busca no es la conquista ni la confrontación sino el intercambio.

—¿Intercambio? ¿Y qué les daremos a cambio de sus semillas?

—Rosarios.

—¿O sea que volvemos a lo de siempre?

—No —se apresuró a negar el marqués—. No es por una cuestión religiosa, sino porque nos hemos dado cuenta de que a los indígenas les encantan los rosarios. Se divierten pasando las cuentas como hacen los sacerdotes cristianos y los ulemas mahometanos, o se los cuelgan del cuello exhibiendo la cruz pese a no estar bautizados.

—Esos «indígenas» se portaron muy bien conmigo y ahora pretende que les engañe con unos rosarios que sin la bendición de un cura no constituyen más que simples baratijas. No creo que se crearan como mercancía destinada al intercambio comercial, sino para rezarle a Dios, y por lo tanto me niego a participar en semejante mascarada.

—Ahora sois vos el tiquismiquis, pero por suerte la paciencia se ha convertido en la armadura que me libra de vuestra nefasta influencia. ¿Qué podríamos proporcionarles a cambio de esas

semillas?

—Cuchillos albaceteños y espadas toledanas.

—Que algún día podrían utilizar contra los nuestros.

—Pero que de momento utilizarán contra los mexicas, y estoy convencido de que cuando lleguemos preferirán unirse a nosotros que a quienes llevan siglos convirtiendo su vida en un infierno. ¿Qué haríais si hubierais visto saltar la cabeza de vuestra hija por una escalinata?

—Aliarme con el mismísimo Lucifer.

—Pues en esas estamos; la frase «El enemigo de mi enemigo es mi amigo» se entiende por igual en cualquier idioma, y tened en cuenta que en esas selvas luchan mejor los nativos con nuestras armas que nosotros con las suyas.

—No seré yo quien os discuta sobre algo de lo que sabéis mucho y yo muy poco. Jamás me he visto obligado a empuñar un arma.

—Agradecédselo al Señor, puesto que en la escala de sufrimientos el «no matar» es el peldaño previo al «no morir», y se me revuelven las tripas al pensar que me obligan a volver a un lugar en el que pronto o tarde tendré que matar.

—No necesariamente, aunque me temo que esta es una discusión que no nos lleva a parte alguna. Órdenes son órdenes y lo único que podéis hacer es elegir el barco y la tripulación.

—Me gustaría contar con Alonso de Ojeda y con Donjosé, o sea que me tendré que apañar con lo que encuentre.

En las tabernas del puerto proliferaban los fantoches de voz engolada y espada fácil, pero también abundaban auténticos marinos que habían atravesado el océano en más de una ocasión.

Estos últimos solían ser hombres rudos, de los que abrían la boca más para beber que para hablar, y siete de ellos no tardaron en mostrarse de acuerdo en formar parte de una singladura sin destino determinado pero por la que les pagarían diez veces más de lo que tenían por costumbre.

Capítulo XV

—Te agradecería que te llevaras a Currito.

—¿Cómo se te ocurre implicarlo en una aventura que incluso a mí me acojona? No puedo decirte a dónde vamos ni cuál es nuestra misión, pero te aseguro que va a resultar harto problemática.

—Lo supongo, pero ese hijo de puta, y que conste que me refiero a mí, lleva agua salada en las venas, y si no embarca contigo lo hará con cualquier otro; incluso con un pirata… ¡Por favor!

Cienfuegos resopló como un toro acosado; le gustaba un muchacho que había demostrado ser valiente y decidido, pero no le apetecía cargar con la responsabilidad de tener que devolverlo sano y salvo cuando sabía que su destino era el país de los aztecas.

Tendrían que dirigirse directamente a sus costas, sin escalas y sin comunicar absolutamente a nadie los objetivos de su viaje, no solo por una elemental prudencia, sino porque si confesaban que iban a buscar un punto por el que abrir un canal interoceánico los tomarían por locos.

—Lo que en verdad me molesta de este enredo —le había confesado al marqués— es saber que cuando me encuentre en lo alto de una pirámide azteca y a punto de que me arranquen de cuajo el corazón, el emperador ya se habrá olvidado del canal, el maíz y el «xocolhá».

—Os equivocáis porque sus secretarios toman buena nota de cuanto hace, dice, promete o amenaza —fue la rápida respuesta—. Y esté donde esté dedica los sábados a repasar dichos informes debido a que considera los domingos días de ayuno, abstinencia y meditación. Eso sí, los lunes sale del toril como un morlaco enfurecido.

—¡Esa lengua!

—Me la morderé esta noche como señal de penitencia, pero ahora la necesito. ¿Tenéis ya vuestra tripulación?

—Algunos quieren cobrar por adelantado para dejarles el dinero a sus familias, lo cual se me antoja lógico dado que es posible que no vuelvan.

—Habilitaré los medios. ¿Habéis tomado ya una decisión respecto al hijo de Soledad?

—¿Qué me aconsejáis?

—Yo lo llevaría. Si tiene que morir más vale que sea entre amigos que entre piratas. Os conozco y sé que cuidaréis de él.

—Haré lo que pueda.

—¿Habéis elegido el barco?

—El mejor.

«La Golondrina», una nao que había demostrado en infinidad de ocasiones ser la más rápida de su tiempo, partió tres días más tarde llevando a bordo a dieciocho hombres curtidos y un muchacho algo alocado, todos ellos al mando de un capitán malagueño que se desayunaba, almorzaba y cenaba con anís, con lo cual conseguía que jamás se le escapara un pedo, pues era cosa sabida que el anís constituía el mejor remedio contra las flatulencias.

Que una bebida alcohólica de tanta graduación jamás afectara su capacidad siempre había sido un misterio, pero lo cierto era que nadie le había visto ni tan siquiera tambalearse, y cuantos habían navegado bajo su mando acataban sus órdenes sabiendo como sabían que siempre sabía lo que hacía.

Con tal barco y tal capitán, al cabo de veintiséis días de haber soltado amarras en Sevilla largaron anclas frente a una hermosa playa flanqueada de palmeras tras las que se distinguía una espesa selva.

Al poco hicieron su aparición dos hombres y una mujer que portaban arcos y flechas, y que tras observar con interés lo que se les antojaba «una enorme cabaña flotante», tomaron asiento en la arena dispuestos a esperar el devenir de los acontecimientos.

El malagueño ordenó lanzar un bote al agua y pusieran a punto los cañones.

—Es su turno —dijo—. Yo ya he cumplido.

El gomero admitió que era su turno, por lo que minutos después ponía el pie en la playa indicando a los remeros que se alejaran de la orilla.

Los nativos permanecían impasibles, pero en cuanto se aproximó

unos metros, la mujer se puso en pie, corrió hacia él y comenzó a gritar:

—¡Donjosé, Donjosé! ¿Dónde está Donjosé?

Se esforzó por recordar cuanto sabía de un dialecto que había aprendido mientras libraban una guerra de guerrillas contra los aztecas, y estaba claro que mientras él se dedicaba a aprender idiomas el senegalés se había dedicado a dejar una inconfundible huella de su paso por el mundo.

—Murió —dijo.

—¡Qué pena…! Mi hijo ya no podrá conocer a su padre.

—Serán muchos los niños que no podrán conocer a su padre… —comentó uno de sus acompañantes—. Pero era un buen hombre. Y un valiente. ¿Por qué has vuelto?

Contra lo que el gomero imaginaba no pareció sorprenderse cuando le explicó que en su país había gente que pretendía abrir una zanja que uniera los dos océanos.

—Los aztecas podrían hacerlo —admitió—. Resulta más fácil que levantar pirámides y fortalezas, pero me parece estúpido unir dos océanos. No son más que agua… ¡Y salada!

Resultaba del todo imposible intentar explicar en un dialecto, en el que en ocasiones ni siquiera se entendían, cuáles serían los ingentes beneficios que se obtendrían en el caso de que tan ambicioso proyecto pudiese llevarse a cabo, por lo que optó por aparcar de momento el tema, invitándolos a subir a bordo.

Declinaron la invitación alegando que pronto caería la noche y tenían que regresar a sus hogares, pero prometieron regresar al día siguiente trayendo a un joven guerrero que aseguraba conocer el camino más corto para llegar al otro océano, aquel en el que cada tarde se ocultaba el sol.

En cuanto el gomero reembarcó el capitán ordenó levar anclar y alejarse hasta perder de vista la costa, y dado que el mar estaba en calma puso la nave al pairo.

Era un hombre prudente que confiaba en sus dotes de marino, pero no parecía confiar en nada más.

—¿Qué piensa hacer? —quiso saber cuando se encontraron a solas.

—Comprobar que ese guerrero dice la verdad, aunque me consta que la dice puesto que he estado en ese otro océano. Lo que en

verdad importa no es que exista, que sé que existe, sino a qué distancia se encuentra.

—¿Y cuánto tiempo estaréis fuera?

—Supongo que un par de semanas, tal vez tres.

—Será un viaje peligroso.

—El único peligro estriba en toparse con los mexicas, pero los nativos saben cómo evitarlo y yo aprendí de ellos.

—¿Qué debo hacer mientras tanto?

—Intercambiar nuestros cuchillos, espadas y ballestas por semillas de maíz o «xocolhá». También resultaría interesante abastecerse de las semillas de unos pimientos rojos que les hacen la competencia a los de la India porque pican a rabiar.

—Aborrezco la comida picante.

—Yo también. Me produce almorranas.

—¿Qué hago con el muchacho? ¿Le dejo desembarcar?

—Siempre que no haya peligro, porque sería una crueldad haberle traído hasta aquí y no dejarle pisar el Nuevo Mundo.

—Le agradezco que me lo permita porque es un buen chico. Y conocí a su padre. Navegamos juntos en el «San Benito» hasta que el día en que estábamos calafateándolo fallaron los puntales y el barco se le vino encima rompiéndole una pierna. De ahí vine la frase, «Le cayó el Sambenito».

—Bromeáis.

—Con respecto a lo de la frase sí, pero lo cierto es que salió muy malparado, perdió facultades y en la siguiente singladura una ola se lo llevó por delante. Este oficio es muy duro.

—¡A mí me lo vais a decir…!

—¿Me lo vais a decir o no?

Cienfuegos comenzó a liar un cigarro, consciente de que eso ponía nervioso a don Bernardo, pero no estaba dispuesto a que sus prisas le amargaran el día.

El marqués era el culpable de que hubiera tenido que realizar lo que confiaba que fuera su último viaje al Nuevo Mundo y por lo tanto tenía que mostrarse paciente con quien se había visto obligado a pasar por incontables penalidades.

—¿Están listos los escribanos? —inquirió a punto de encender el cigarro—. Su Majestad debe tener un conocimiento exacto a la hora de tomar decisiones.

Tanto Fray Gaspar como Fray Anselmo hicieron un gesto de asentimiento, pero aun así aguardó un cierto tiempo, con la mirada fija en el jardín, antes de añadir:

—Aquel muchacho conocía perfectamente el terreno, por lo que en seis días me condujo de uno a otro océano por la ruta más directa evitando tropiezos con los mexicas.

—¿Seis días?

—A un ritmo endiablado y por plena selva. Supongo que cualquier persona normal emplearía el triple, pero el agotador viaje me sirvió para afianzarme en la idea de que no existe posibilidad alguna de abrir un canal entre los dos océanos.

—Lo daba por hecho.

—Pues podríais haberme ahorrado muchos problemas; me rompí este dedo y me quedé en los huesos.

—Os ha venido bien perder peso; estabais fondón.

—Haré oídos sordos puesto que lo que tengo que añadir es importante; aquel es, sin lugar a dudas, el punto más estrecho y menos accidentado del continente, y por lo tanto lo lógico sería abrir un camino por el que pudieran transitar las bestias de carga e incluso los carromatos.

—¿Por tierras dominadas por los aztecas?

—Se puede vencer a los aztecas, pero no se puede vencer a la naturaleza especialmente hostil que se encuentra más al sur. Mi idea es que nuestras naves lleguen a ese punto y desembarquen sus pasajeros y mercancías, que volverían a embarcarse en otras naves que los estarían esperando en la orilla opuesta.

—¿Una especie de «apeadero» con puertos en ambas costas?

—Más o menos.

—Parece muy sensato aunque algo complicado, teniendo en cuenta que no sabemos a qué distancia se encuentran China y Japón.

—Por lejos que se encuentren, nuestros barcos navegarán respetando los acuerdos de Tordesillas y podrán recorrer la costa oriental del nuevo continente, puesto que me juego cien doblones a que no existe otro punto más accesible para cruzar de mar a mar… —se dirigió a los frailes al insistir—: Recalcad que considero que esta es la mejor aportación que puedo hacer a la Corona.

Se fue a la cama convencido de que aquella era la única solución

a la hora de salvar el gigantesco obstáculo que separaba los dos océanos, aunque admitiendo que nadie la tendría en cuenta puesto que nadie más tenía pleno convencimiento de la magnitud de dichos océanos.

Grande fue su sorpresa cuando le despertaron para comunicarle que Su Majestad le estaba esperando.

En efecto, aquel joven adusto y a menudo ininteligible que al parecer no descansaba nunca le aguardaba en un pequeño despacho a prueba de oídos indiscretos, y lo primero que hizo fue tamborilear con los dedos de la mano izquierda sobre una serie de documentos que se encontraban sobre la mesa.

—¿Es cierto esto? —quiso saber—. ¿Estáis convencido de que se puede abrir una ruta transitable a través del territorio de los mexicas?

—Si no lo estuviera nunca me habría atrevido a exponerlo, Majestad. Es una región selvática, pero sin grandes alturas ni ríos profundos.

—Repleta de enemigos.

—Y de amigos. Comprendo vuestra política de no querer abrir frentes a tanta distancia, pero dadas las circunstancias no queda otra solución si pretendemos comerciar con el extremo oriente sin provocar un conflicto con los portugueses. Y si en caso de perder una guerra con los mexicas nos bastará con regresar discretamente, puesto que carecen de naves con las que perseguirnos, pero si la perdiéramos con los portugueses al día siguiente los tendríamos ondeando su bandera en lo alto de la Torre del Oro.

Llovieron casi ininteligibles palabrotas absolutamente impropias de un soberano, por muy joven que fuera, le siguieron una serie de reniegos y por fin una furibunda pregunta:

—¿Os he dicho en alguna ocasión que tenéis la rara virtud de irritarme?

—Me temo que sí.

—¿Y no os preocupa?

—Ya no.

—¿Y eso?

—Quien vive acostumbrado a oír halagos pronto acaba sabiendo dónde está la verdad o no llega muy lejos. Y Su Majestad ha llegado muy lejos.

—Yo no he llegado lejos; me han llevado las circunstancias, pero admito que tenéis razón; deberá ser un virrey incompetente quien pague con su cabeza si sufre una derrota frente a los mexicas… ¿Qué opináis de un tal Hernán Cortés?

—No lo conozco.

—Pues no os perdéis nada porque tengo entendido que es un mujeriego, un borrachín y un crápula, aunque por lo visto ha conseguido financiación para intentar la aventura. ¿Os importaría enviarle una carta con algunos consejos? No debéis mencionar que yo os lo he pedido, pero me ocuparé de que llegue a sus manos.

—Siempre a vuestras órdenes.

—Y ahora hay otra cosa que también me preocupa —hizo hincapié al añadir—: ¡Y mucho! Leyendo vuestro relato se llega a la conclusión de que la parte sur del Nuevo Mundo es mucho más ancha que la del centro.

—Estoy convencido.

—¿Y será posible que se aproxime a menos de doscientas setenta leguas de Cabo Verde?

—Supongo que sí.

—Eso significaría que, según el dichoso y sempiterno tratado, los portugueses tendrían derecho a colonizar una parte de esa digamos… «prominente barriga».

—Eso me temo.

—O sea que voy a tenerlos hasta en la sopa. Y lo que me preocupa no es que estén en todas partes, sino que son muy disciplinados, lo que no puedo decir de los españoles pese a que la mitad de mi sangre sea española. No me gusta ser pájaro de mal agüero, pero sospecho que cuando nuestro imperio se divida en cien pedazos el suyo continuará unificado [2].

—¿Y de quién será la culpa?

—¿Acaso os estáis atreviendo a insinuar algo?

—A estas alturas ya no insinúo, Majestad; afirmo. Aquellos que hayan arriesgado su vida consiguiendo fortuna sin ayuda de su soberano se plantearán serias dudas a la hora de tener que elegir entre la una o el otro. Por el contrario, aquel que sabe que cuanto tiene se lo debe al respaldo real, seguirá siendo fiel al rey que le respaldó. Los rimbombantes títulos nobiliarios que os gusta firmar sobre relucientes pergaminos no siempre solucionan todos los

problemas.

—¿Sabéis lo que decía mi abuelo? «Más vale cabeza pensante en puesto importante que en cesto sangrante».

—Así llegó donde llegó.

—¿Y qué hago con la vuestra?

—Cualquier cosa menos mandarla a un cesto.

—Será cuestión de pensarlo, pero os mentiría si os dijera que no se os presenta un futuro bastante tenebroso, aunque lo cierto es que os he tomado afecto y casi me atrevería a decir que os considero un amigo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Que gobierno sobre millones de seres humanos que hablan al menos cincuenta idiomas y docenas de dialectos, por lo que si me permitiera el lujo de tener amigos correría el riesgo de concederles privilegios, lo cual resultaría ciertamente injusto. Mis obligaciones deben estar por encima de mis sentimientos.

—Comprendo que a vuestra edad penséis de esa manera, pero supongo que el tiempo os hará cambiar de parecer.

—Eso espero, porque cambiar de parecer según las circunstancias es una forma de inteligencia, mientras que permanecer siempre fiel a las mismas ideas es propio de zoquetes dado que es posible que tales ideas ya no sean apropiadas. ¿Cuánto tiempo creéis que podré gobernar…? ¿Veinte años? ¿Quizás treinta?

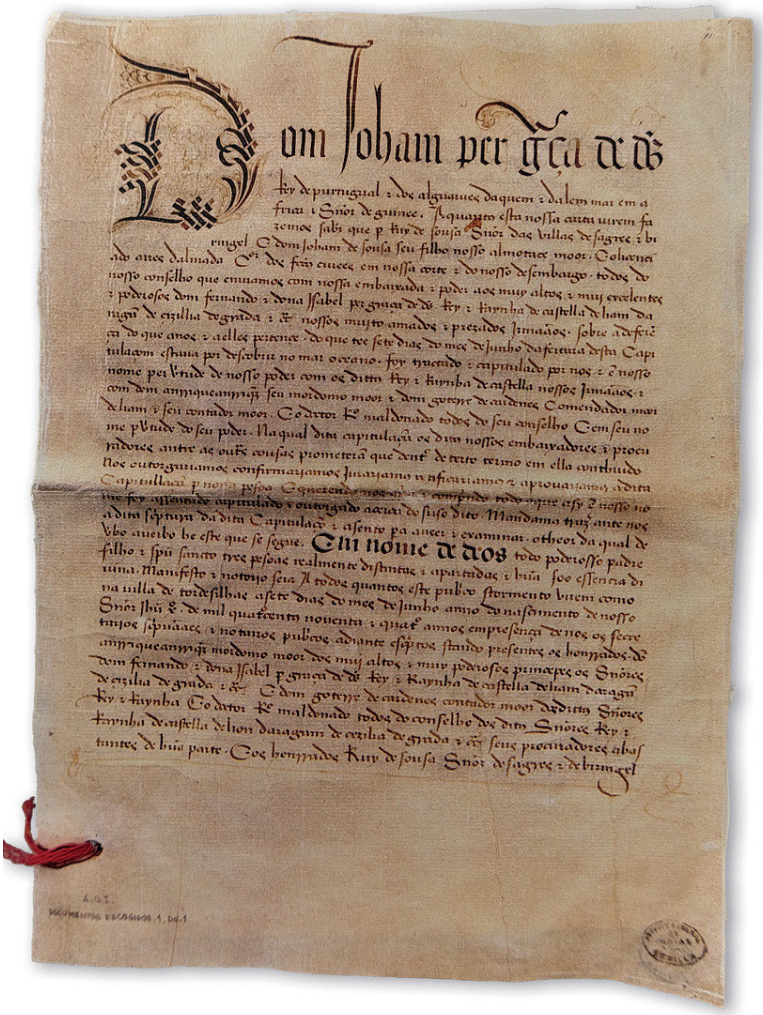
—Espero que más…

—¡Dios me libre! Digamos treinta, y en ese espacio de tiempo, viviendo en una época en la que acabamos de descubrir que la Tierra no es plana sino redonda y un tercio mayor de lo que imaginábamos, los cambios serán tan profundos que el gobernante que no sea capaz de verlos no será digno de gobernar… —El hombre de la indescriptible mandíbula alzó las manos con las palmas hacia arriba como si lo que iba a decir fuera una verdad incuestionable—: Y a mí no me queda más remedio que gobernar como le pese a quien le pese.

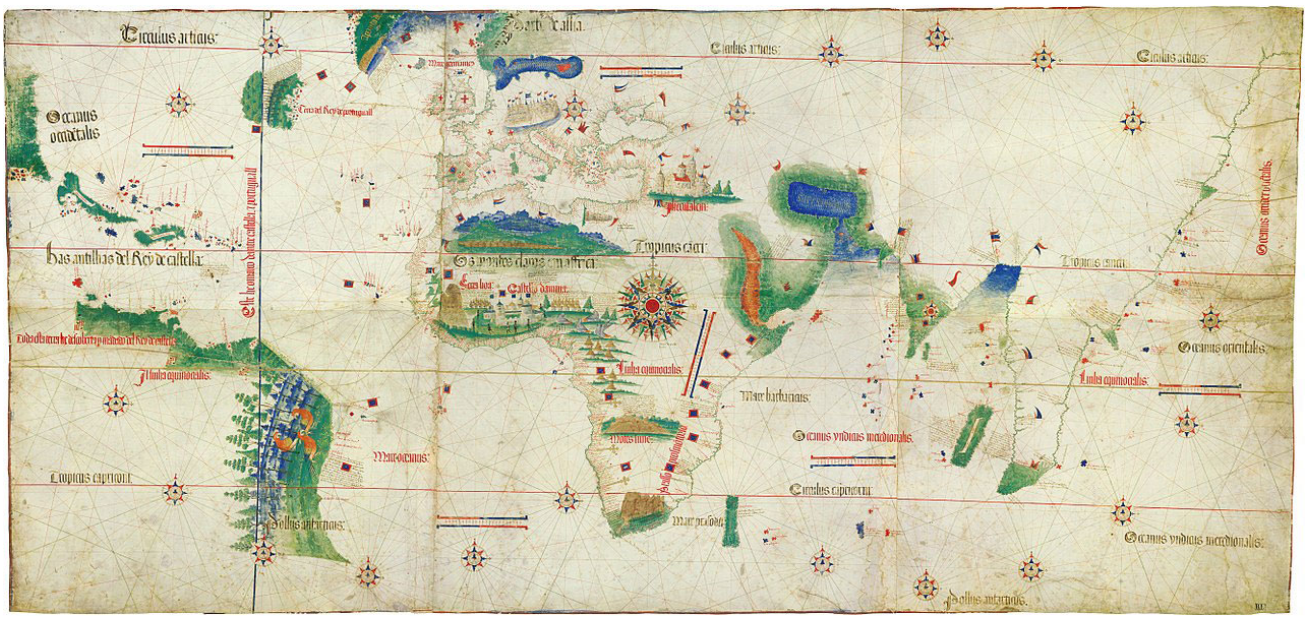
Madrid, enero 2021

Anexo

El Tratado de Tordesillas



Tratado de Tordesillas



Planisferio de Cantino

El Tratado de Tordesillas fue un compromiso suscrito en la localidad de Tordesillas —situada en la actual provincia de Valladolid, en España— el 7 de junio de 1494 entre los representantes de Isabel y Fernando, reyes de Castilla y de Aragón, por una parte, y los del rey Juan II de Portugal, por la otra, en virtud del cual se estableció un reparto de las zonas de navegación y conquista del Océano Atlántico y del «Nuevo Mundo» (América) mediante una línea situada a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. En la práctica, este acuerdo garantizaba al reino portugués que los españoles no interfirieran en su ruta del Cabo de Buena Esperanza, y los portugueses no lo harían en las recientemente descubiertas Antillas.

En su Historia de España, Ramón Menéndez Pidal calificó el Tratado de Tordesillas como el primer tratado moderno de la historia europea pues, por primera vez, al lado de los diplomáticos que llevaban las conversaciones había dos grupos de peritos que le asesoraban técnicamente.

El Tratado de Tordesillas tuvo como antecedente al Tratado de Alcáçovas, firmado el 4 de septiembre de 1479 entre los reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón y el rey Alfonso V de Portugal, con el que se selló la paz que puso fin a la guerra de sucesión castellana. Además, el pacto contenía otras cláusulas concernientes a la política de proyección exterior, en un momento en que castellanos y portugueses competían por el dominio del Océano Atlántico y de las costas de África. La Corona de Castilla recibió las islas Canarias mientras que el Reino de Portugal obtuvo el reconocimiento de su dominio sobre las islas de Madeira, Azores y Cabo Verde, y sobre Guinea, y en general, sobre la costa africana, «todo lo que es hallado e se hallare, conquistase o descubriere en los dichos términos, allende de que es hallado ocupado o descubierto».

Antecedentes

Colón esperaba encontrar la costa de Cipango (Japón) exactamente en la ubicación actual de las Antillas.

Las naves partieron de Palos de la Frontera el 3 de agosto de 1492 y se dirigieron a las islas Canarias. El 16 de septiembre las embarcaciones alcanzaron el Mar de los Sargazos y el 12 de octubre llegaron a la isla de Guanahani, en el archipiélago americano de las Bahamas. Colón siguió con su periplo por el Mar Caribe llegando a Cuba el 28 de octubre y a La Española el 6 de diciembre. El 24 de diciembre la «Santa María» encalló en las costas de La Española y con sus restos se construyó el Fuerte De La Natividad.

La expedición emprendió el regreso el 16 de enero de 1493 y unos días más tarde una tormenta separó las dos naves. «La Pinta», al mando de Pinzón, llegó a Bayona (Galicia) a finales de febrero y anunció a los reyes Isabel y Fernando el descubrimiento. «La Niña», en la que viajaba Colón, hizo escala el 17 de febrero en la isla portuguesa de Santa María, en las Azores, y el 4 de marzo recaló en Lisboa, tras 7 meses y 12 días de viaje.

Para afirmar la soberanía castellana sobre los territorios recién hallados por Colón, Isabel y Fernando solicitaron ayuda al papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia). El papa emitió cuatro bulas, conocidas como «bulas alejandrinas», fechadas entre mayo y septiembre de 1493. En ellas estableció que pertenecerían a la Corona de Castilla las tierras y mares al oeste del meridiano situado a 100 leguas al oeste de las Azores y Cabo Verde. Se decretaba la excomunión para todos aquellos que cruzasen dicho meridiano sin autorización de los reyes de Castilla.

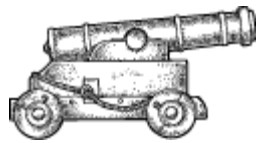
Portugal quedaba excluido en la práctica de las empresas americanas, toda vez que la línea imaginaria de demarcación trazada por designio papal lo relegaba a las costas africanas, quedando el «Nuevo Mundo» de forma privativa para el rey y la reina de Castilla y de Aragón.

Finalmente los delegados de ambas monarquías alcanzaron un acuerdo que se plasmó en un tratado, firmado el 7 de junio de 1494, el hoy denominado Tratado de Tordesillas. Los originales del tratado se conservan en el Archivo General de Indias en Sevilla (España) y en el Archivo Nacional de la Torre do Tombo en Lisboa (Portugal).

La gran diferencia con la demarcación establecida en las bulas pontificias fue que la parte oriental de América del Sur, el extremo este de Brasil, quedaba ahora adscrito al área de acción de Portugal, lo que posibilitó el sometimiento a su soberanía cuando en 1500 Pedro Álvares Cabral arribó a las costas brasileñas.

Teniendo en cuenta que se estaba desarrollando el segundo viaje de Colón, se acordó también que si hasta el 20 de junio de 1494 los navegantes de Castilla y Aragón descubrían alguna isla o tierra firme entre las 250 y 370 leguas de polo a polo desde Cabo Verde, debían quedar para los reyes españoles, lo cual no ocurrió ya que Colón no se acercó a Sudamérica en sus primeros dos viajes.

El Tratado de Tordesillas no señalaba una línea como círculo máximo meridiano, solo una recta desde el Polo Norte al Polo Sur. No se conocía entonces el concepto de antípoda ni de hemisferio contrario, pero años después ambas partes intentaron usar el tratado para delimitar sus zonas de influencia en Asia. Los mapas de la época muestran las distorsiones provocadas por este error trazando una raya que solo pasaba por los polos en el meridiano de origen, como por ejemplo, en el Planisferio de Cantino [3] de 1502, que es la más antigua representación portuguesa conocida en la que aparece la línea de Tordesillas. La línea de demarcación estaba situada a mitad de camino entre el cabo San Roque, punto extremo nordeste de América del Sur, y el estuario del río Amazonas, aproximadamente a los
42°30′O,
y se distorsiona dejando en el hemisferio portugués toda Groenlandia, Terranova y parte del Labrador. Por el sur se interna más al occidente en Sudamérica dejando el cabo de Santa Marta al oriente. El error de dibujar los mapas con base en los rumbos magnéticos, que era el conocimiento existente al firmar el tratado, fue favorable a los portugueses, que ampliaron así sus territorios en Brasil [4].



ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA RIAL (Santa Cruz de Tenerife, Canarias, 11 de octubre de 1936) es un novelista, periodista e inventor español, autor de más de cien libros.

Ex corresponsal de *La Vanguardia* y de Televisión Española, es uno de los autores contemporáneos más leídos en España y en el mundo.

Notas

[1]
N. d. A.
: Le región pantanosa y selvática situada en la frontera entre Panamá y Colombia sigue constituyendo quinientos años después uno de los territorios más inaccesibles del planeta. La Carretera Panamericana que atraviesa de norte a sur el continente, desde Alaska a Argentina, con un recorrido de casi cincuenta mil kilómetros, tan solo se interrumpe en el temido «Tapón del Darién», de poco más de cien kilómetros. El fango, la lluvia, la niebla, las serpientes y los caimanes impiden cualquier progreso. < <

[2]
N. d. A.
: Al emperador, que gobernó durante treinta y ocho años, le sobraba razón; en el Nuevo Mundo los portugueses fundaron Brasil —que aún continúa siendo una nación única, unida y poderosa—, mientras que los españoles trocearon su imperio en una veintena de países que continuamente se enfrentan entre sí. < <

[3] Ver mapa reproducido en las guardas de este libro. < <

[4] Fuente: Wikipedia. < <

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Anexo